

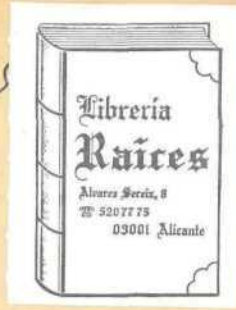
# EL CAPITÁN DE LA "DJUMNA"

por E. SALGARI



LA NOVELA DE AHORA.—Publicación  
semanal.—3.<sup>a</sup> época.—Año IV.—Núm. 102.

Carmen R.



# LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

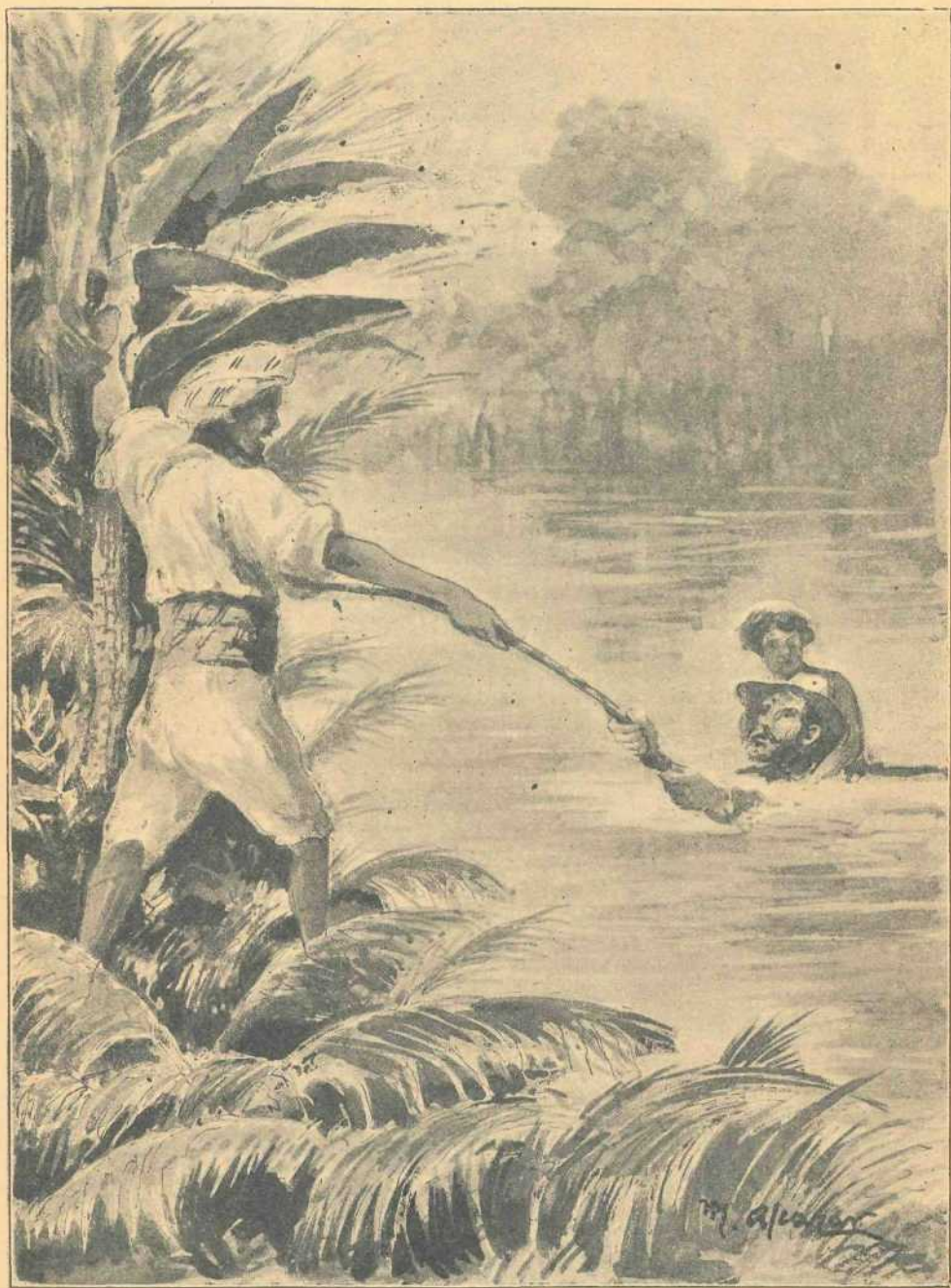
---

TERCERA ÉPOCA

---

102

---



...arrancó una larga y sólida rama y se la alargó rápidamente á Alí.

EMILIO SALGARI

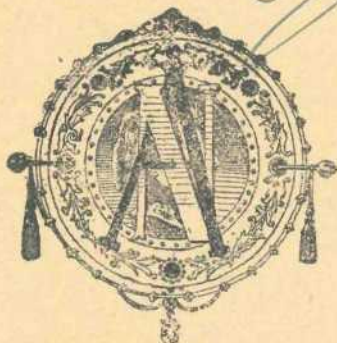
CBU/6-23

# EL CAPITÁN

## de la DJUMNA

AVENTURAS

*A Garcia*



DONACION DE
<i>Carmon Riv</i>
<i>Brioso - Villanueva</i>

Reg. ED(CBU) 31425

U.A.M.  
BIBLIOTECA  
DE EDUCACION

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA FERNANDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EN EL AÑO 1876

Calle de Valencia, núm. 28



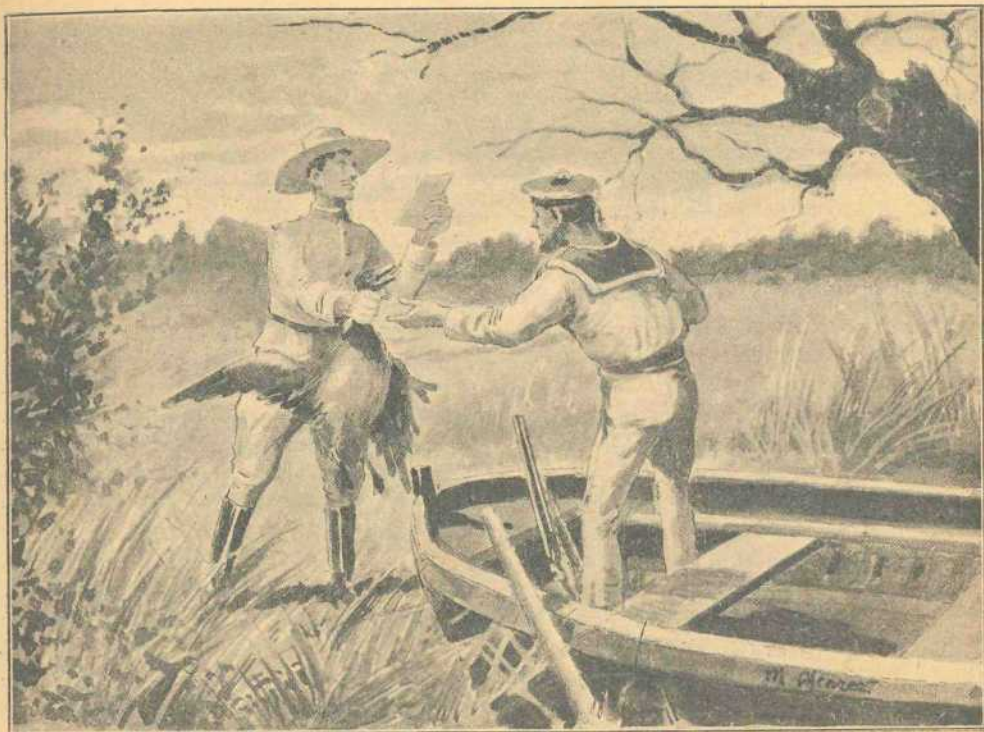
---

Esta obra es propiedad.  
La presente edición se publica debidamente autorizada.

---

---

Establecimiento tipográfico de los Hijos de F. Marqués. — Manzanares, núm. 11.



## EL CAPITAN de la DJUMNA

### PRIMERA PARTE

#### I

#### LOS PATOS EMIGRANTES

Un Sol ardiente, abrasador, se reflejaba sobre las amarillentas y tibias aguas de la profunda bahía de Puerto-Canning, que exhalaban pútridos miasmas, los cuales solían ocasionar con harta frecuencia fiebres tremendas, mortales para los europeos no aclimatados, y, lo que es peor aún, el cólera, tan fatal para las guarniciones inglesas de Bengala.

Ni un soplo de brisa marina mitigaba aquel calor, que debía de llegar á más de 40 grados. Las hojas grandes, y plumosas de los cocos, de majestuoso aspecto, dispuestas en forma de cúpula, las del *pipal*, las del *nium*, las de las palmeras, y aquellas otras largas y sutiles del

bambú, caían con tristeza, como si el Sol las hubiera privado bruscamente de su jugo.

Además, el silencio que reinaba sobre aquellas aguas y sobre aquellas islas fangosas que se extendían hacia el golfo de Bengala era tan triste, que causaba una profunda impresión. Parecía que todo había muerto en aquella apartada región de la más rica y vasta provincia de las posesiones inglesas de la India.

Sin embargo, á pesar de la lluvia de fuego, no obstante los miasmas que se desprendían de aquellos bajos fondos, donde se pudrían enormes masas de vegetales, una pequeña chalupa cubierta por un toldo de lienzo blanco navegaba con lentitud y con cierta precaución por entre las islas y los bancos de arena y barro.

Iba tripulada por dos hombres: uno de ellos, sentado en la proa, sostenía una escopeta de dos cañones, y el otro, en la popa, manejaba suavemente un par de remos indios, conocidos con el nombre de *pagayas*.

El primero era un mocetón alto, un poco grueso, de carnes blanquísimas, con los ojos azules, bigote rubio, frente espaciosa y labios bermejos.

Llevaba un traje de tela blanca, cuyas mangas adornaban los galones de teniente, y se cubría con un ancho sombrero de paja.

El otro era un hombre como de cincuenta años, bajo de estatura, pero membrudo, con luenga barba ya blanquecina, frente rugosa, piel bronceada y líneas duras, angulosas.

Sus ojos, de color oscuro, no se apartaban del joven, como si quisiera adivinar todos sus pensamientos, mientras sus callosas manos movían las pesadas *pagayas* como si fuesen de papel.

Vestía como su compañero; pero en las mangas no mostraba ningún distintivo. En lugar del sombrero de paja, llevaba una gorra de marinero.

Aquellos dos hombres, insensibles al calor como las salamandras, seguían avanzando por en medio de las islas, islotes y bancos, pero siempre con cautela.

—¿Ves?—preguntó de pronto el mocetón volviéndose hacia el remero.—¿Ves, Harry?

—Sí, señor Oliverio; pero están fuera de nuestro alcance: los ha asustado usted mucho estos últimos días.

Una sonrisa se dibujó en los labios del teniente.

—Será el calor quien los aleja de las islas, Harry—dijo.

—Y también su escopeta: desde hace ocho días no hace más que disparar contra todos los pájaros de la bahía.

—Es la única distracción que ofrece Puerto-Canning. Si tuviera quien me acompañase, dejaría en paz á las aves y me dedicaría á la caza de tigres. Dicen que abundan en Raimatla y en Jamera.

—Cierto, señor Oliverio; pero es preferible que sus amigos continúen en el puerto de William. Los tigres son muy peligrosos, y si le sucediera á usted cualquier cosa, me mataría el dolor.

—¡No temas, viejecito mío! Los tigres no son tan peligrosos como se cree, y tengo vivos deseos de hallarme frente á frente con uno. Cuando hace tres meses salimos de Gales, creía yo que al venir de guarnición á la India tendría ocasión de matar uno, por lo menos, á la semana.

—Le digo á usted, señor Oliverio, que esas

bestias dan mucho miedo. Cuando navegaba con su padre de usted, cazamos más de una en Ceilán, y puedo asegurarle que son unos animales terribles.

—¡Pobre padre...!

—¡Calle, señor Oliverio, si no quiere ver al viejo cuartel-maestre Harry llorar como un niño! ¡Vaya...! ¡Mire allí los ánaes brahminicos! ¡Apostaría una rupia contra un penique á que ya conocen nuestra barca!

Una bandada de grandes volátiles parecidos á nuestros patos, pero con plumaje de azulados y brillantes reflejos que hasta entonces habían permanecido casi escondidos entre las anchas y flotantes hojas de los *jhils*, plantas acuáticas semejantes al loto, se había levantado volando rumorosamente hacia un grupo de islotes de desierto.

—¡Qué! ¿Voy á regresar esta tarde á Puerto-Canning sin cobrar una sola pieza?—añadió el muchacho.—¡Entonces, perderé mi reputación de cazador.

—Todavía no, señor Oliverio—respondió Harry, que escudriñaba con la vista un islote cuyas orillas estaban bordeadas de plantas de arqueadas ramas.—Allí abajo nos tomaremos el desquite.

—¿Dónde?

—Allá. ¡Mire!

El teniente dirigió la mirada hacia el punto indicado por Harry, y descubrió, rígidos bajo las ramas, una fila de blancos seres, bastante altos y que permanecían inmóviles.

—¿Son pescadores?—exclamó.

—¡Sí, con alas!—repuso riendo el viejo Harry.

—¿Con alas? Son hombres, viejecito mío.

—No, señor Oliverio.

—Son tan altos como un hombre.

—Pues son *arghilahs*, conocidos también con el nombre de "aves auxiliares".

—Los he visto á cientos pasearse gravemente por las calles de Calcuta en busca siempre de carroñas; pero á esta distancia más parecen hombres que aves.

—No es difícil confundirlos.

—¿Y qué quieres que haga con esas aves monstruosas que viven de carroñas?

—No le aconsejo que las mate, pues los indios son capaces de soltarnos un tiro.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, señor Oliverio; porque creen que en el cuerpo de esos animalitos se hallan las almas de los sacerdotes de Brahma. Pero si nos acerca-

mos, verá cómo detrás de los *arghilahs* se alzan algunos hermosos patos, que son cosa deliciosa.

—Avancemos, pues, con mucha prudencia. ¡Me gustan los patos!

Harry empuñó las *pagayas* y empujó lentamente la embarcación hacia el banco, procurando no hacer ruido.

Los *arghilahs* se distinguían perfectamente á doscientos metros de distancia. Eran unos treinta y permanecían alineados con mucha gravedad: hundían la cabeza en su buche monstruoso y se sostenían sobre una sola pata, como acostumbra cuando se hallan en reposo.

Estos volátiles, que los indios llaman también filósofos, tienen una estatura verdaderamente gigantesca; su altura pasa de metro y medio, y algunos, desde el pico á las patas, miden dos metros y treinta centímetros, así como de ala á ala suelen alcanzar cuatro metros.

Semejan cigüeñas gigantes; pero son sucios, repugnantes, con su cabeza calva y roñosa perforada por dos ojos pequeños y bermejizos, con pico enorme en forma de embudo, y su buche violáceo que sirve de antecámara á un estómago que no deja atrás al de avestruz.

Su espalda se halla cubierta de plumas grisáceas y rígidas, mientras una pluma blanca y bastante larga les recubre el vientre y el pecho. Presentan el cuello casi desnudo, calloso, algo violáceo, semejante al del cóndor de los Alpes.

Sus patas son larguísimas, amarillentas, armadas de unos artejos de cierta robustez.

En Bengala son abundantísimos, sobre todo en la ciudad, donde cumplen la misión de limpiar las calles de inmundicias. Hacen de barrenderos; pero el estercolero es su estómago. ¡Y qué estómago! Todo desaparece dentro de aquel pico monumental, que se abre como un abismo sin fondo. Barreduras, carroñas de animales, ratones, cuervos enteros, huesos, que pasado cierto tiempo devuelven otra vez; hasta se han encontrado en su buche gatos enteros mal digeridos, y tortugas de tierra de diez pulgadas de longitud.

Estos pajarracos, absortos en su laboriosa digestión y medio adormecidos, parecía que aún no se habían dado cuenta de la aproximación del barco. Solamente de vez en vez alguno de ellos emitía una especie de rugido melancólico como el que lanzan los osos. De pronto alzaron la cabeza bruscamente, extendieron su largo cuello, desplegaron las desmesuradas alas, y se levantaron majestuosamente haciendo un ruido

extraño y produciendo una rápida corriente de aire.

Casi súbitamente de detrás de las matas se alzó una bandada de otros pájaros parecidos á los ánades; pero que diferían de ellos en tener el cuello más largo, las alas adornadas con manchas negras y la cabeza con un rizo á modo de cresta.

El teniente apuntó con presteza y disparó los dos tiros, mientras el viejo Harry decía con aire de satisfacción:

—¿Ve usted cómo no me había equivocado? Los patos contaban con la vigilancia de los *arghilahs*.

Dos aves cayeron en el agua, heridas de muerte por el plomo del cazador. Recogieron una, pero la otra, aunque estaba gravemente herido, pudo atravesar el barco, y fué á caer en un islote cubierto de verdura.

—No quiero perder aquella pieza—dijo el teniente:—me parece mejor que ésta.

—Vamos á buscarla—repuso Harry;—y cogiendo de nuevo las *pagayas*, hizo que el barco diese la vuelta al banco, acercándolo á la orilla de la isla.

El teniente saltó á tierra, no sin haber cargado antes la escopeta, sabiendo que en aquellas islas hay muchos y peligrosísimos reptiles, y comenzó á buscar entre el césped. Á los pocos minutos descubrió el pato. Lo cogió por las patas, y se disponía á regresar á la embarcación cuando, con gran sorpresa suya, vió que de debajo de un ala le caía un pequeño envoltorio sujeto con una fibra vegetal muy reluciente, como si estuviera cubierto por una envoltura de seda.

—¿Qué es esto?—exclamó con asombro.

—Examinó el paquete con viva curiosidad. Era un trozo de tela mojada, un pedazo de ese algodón que usan los indios, cuidadosamente sellado, con una substancia pegajosa, y que pesaba muy poco.

Lo tocó con los dedos, y observó con estupor creciente que contenía algo rígido, como un papel doblado muchas veces ó una cartulina.

—¡Harry!—exclamó.

El anciano barquero saltó á la orilla, diciendo:

—¿Qué desea, señor Oliverio?

—Tú que has viajado mucho por la India en compañía de mi padre, ¿sabrías decirme si los indios hacen de los patos el mismo uso que nosotros de de palomas mensajeras?



—Nunca, señor.  
 —¿Ni tampoco los birmanos ni los arracamenenses?  
 —Tampoco, estoy seguro.  
 —¿Emigran los patos?  
 —Todos los años.  
 —¿Estas aves pueden venir de muy lejos?  
 —Ó de las islas del Sur.  
 —Mira lo que tenía este pato.  
 —¡Un paquete!  
 —Con documentos tal vez.  
 —Ábralo, señor Oliverio: no sabemos nunca...

Vencido por la curiosidad, el teniente abrió el legajo con suma precaución, y cayeron varias hojas de papel, ya amarillentas y un poco húmedas.

Las recogió en seguida, y las abrió con cuidado temiendo romperlas. Se hallaban cubiertas de una escritura firme, pero algo basta, hecha con una tinta verdosa. No todas las palabras estaban completas, pues quizás la humedad había deteriorado el manuscrito; pero, aún así, con paciencia podía reconstruirse todo.

—¿Qué será esto?—se preguntaba el teniente cada vez más sorprendido.—¿Cómo se encontrarían estos documentos bajo el ala de aquel pato?

—Y es letra inglesa—decía el viejo Harry.—¿Qué compatriota nuestro habrá escrito esas hojas? ¡Veamos!

El teniente pasó rápidamente las hojas, que eran cinco, y al final leyó:

"Alí Middel, comandante de la *Djumna*. Departamento marítimo de Bengala.."

—Sin duda, se trata de un anglo-indio—añadió el teniente.

—Lea usted, señor Oliverio: acaso nos enteremos por esos papeles de alguna historia terrible.

—Volvamos á la canoa, Harry. El Sol nos abrasa vivos, y puede darnos una insolación.

Alejáronse del islote y regresaron á la chalupa, sentándose ambos en el banco de popa, que era el más resguardado.

El teniente encendió un cigarrillo y después comenzó la lectura de los raros documentos, mientras Harry le escuchaba con atención.

En el encabezamiento de la primera hoja se leía, escrito con caracteres clarísimos en lengua inglesa y en bengalí:

"Para el virrey de Bengala, ó para el presidente de la *Young-India* de Calcuta.."

—¡Ó para el presidente de la *Young-India*!—exclamó el teniente.—¿Qué es esto de la *Young-India*? ¿Lo sabes tú, Oliverio, que has vivido tanto tiempo en este país?

—Es una poderosa asociación formada por los *babús* más ricos de Bengala; es decir, por la gente burguesa que se propone como único fin la civilización de la raza india.

—Continúo:

"No sé si estos documentos llegarán á la India ni si cuando se lean viviré todavía, pero por lo menos, servirán para castigar á los infames que han causado la pérdida de mi *grab* la *Djumna* y de mi tripulación.."

—La *grab*, ¿es alguna embarcación?

—Sí; una nave pequeña con tres palos y con la popa bastante alta.

"Salí de Diamond-Harbour el 7 de Agosto de 1816 con carga de cochinilla para Singapur, confiándome el presidente de la *Young-India* una caja de oro *chagavadi* y de rupias de oro por valor de diez mil libras esterlinas, para entregar al señor James Fulton, domiciliado en la antedicha isla.

"Llevaba conmigo en calidad de marineros doce hombres: tres misorianos, siete malabares y dos bengalíes. Los diez primeros habían navegado ya conmigo, sin que nunca me hubieran dado motivo de queja; pero los dos últimos se embarcaban por primera vez, é ignoraba que antes hubieran formado parte de la secta infame y rapaz de los fakires saniassos..."

—¿Quiénes son estos saniassos?—preguntó el teniente interrumpiéndose.

—Una secta de bribones—dijo Harry.—Ya sabe usted que en la India hay varias clases de fakires, hombres que se hacen pasar por santos, y á quienes venera el pueblo supersticioso. Los saniassos son ladrones que explotan la superstición popular, y se apoderan de cuanto les place sin que nadie ose echárselo en cara: pero no se contentan con eso: á menudo se reúnen en grandes cuadrillas, y entonces saquean violentamente los poblados. Siga usted, señor Oliverio.

«Pronto me arrepentí del embarco de aquellos dos traidores—continuaba el documento.— No sé cómo la tripulación se había enterado de que llevaba conmigo aquella caja que contenía diez mil libras esterlinas, pues por precaución había hecho creer que estaba llena de cobre.

«Desde aquel momento debieron de pensar los dos antiguos saniaños en apoderarse de la preciosa caja y deshacerse de mí y de los marineros más adictos á mi persona.

«En varias ocasiones sorprendí á los saniaños en conversación con mis malabares; pero como no tenía ninguna sospecha, no hice caso de ello.

«El séptimo día de navegación ocurrió á bordo un acontecimiento que me hizo entrar en sospechas. Los tres misorianos, que eran fieles á toda prueba, amanecieron muertos en sus hamacas: sus facciones aparecieron alteradas por el espanto; la piel del rostro presentaba aquí y allá manchas amarillentas, y tenían el vientre enormemente hinchado.

«Tengo motivos para creer que aquellos desgraciados habían sido envenenados, y no dudo en imputar este crimen á Hungse y Garrovi, los dos saniaños.»

Aquí terminaba la parte legible de la primera hoja, que era la más extensa. La parte inferior aparecía casi en blanco: debía de haberse mojado en alguna de las inversiones que el pato emigrante hizo en el mar durante su viaje, y no había bastado para precaverla la materia resinosa que cubría el paquete. Sólo se veían algunas letras y algunos rasgos indescifrables.

Oliverio dobló con cuidado la hoja, y emprendió la lectura de la segunda. La primera frase carecía de sentido, y debía de ser continuación del período corroido por el agua marina.

«...Vigilo constantemente, y si descanso algún rato, tengo siempre la precaución de esconder las pistolas debajo de la almohada.

«Ya no me cabe duda: Hungse y Garrovi tratan de corromper á los malabares; y mucho me temo que ante el miedo de seguir la suerte de los misorianos, y tentados por la codicia, acaben por volverse contra su capitán.

«La *Djumna* sigue avanzando por el Océano Indico, ¡y la tierra está tan distante de nosotros...!

«Pienso en mi hermanito, que se queda solo en Scrampur. ¿Volveré á verle? Empiezo á dudar; pero confío en Dios.»

La segunda hoja terminaba aquí, pues el agua

había hecho desaparecer las últimas líneas. Las otras hojas parecían fragmentos del diario de á bordo, maltratadas y rotas, pues tenían el margen cortado con mucha irregularidad. La parte superior era legible, pero hacia el final faltaban varias líneas.

En la tercera leyó Oliverio:

«16 Agosto. La *grab* no debe de hallarse muy lejos de las islas Andamanas: el viento noroeste nos empuja hacia ellas con una velocidad de cinco nudos por hora.

«Sigo vigilando; pero estoy rendido de esta guardia continua y fatigosa que no me deja dormir bastante.

«He descabezado el sueño á eso del mediodía, después de haber atrancado bien el camarote. Unos pasos que bajaban prudentemente la escalera me han despertado. Me espían, y esperan sorprenderme dormido para asesinarne.

«17 Agosto. Siempre viento favorable. Los malabares ya no me obedecen: si no me viesen con las pistolas al cinto, se hubieran rebelado.

«18 Agosto. Calma absoluta: la *Djumna* permanece inmóvil bajo una lluvia de fuego, al sur de la pequeña Andamana. No me atrevo á comer con mi tripulación, por temor á morir envenenado.

«He procurado que los dos saniaños fueran encadenados; pero los malabares se han opuesto en forma violenta, diciéndome que los fakires son hombres santos, y se han armado para defenderlos.

«Esta noche arrojaré la caja al mar.

«19 Agosto. Un ruido infernal me ha despertado cuando aún no hacía una hora que me había dormido.

«Me he levantado creyendo que la *grab* había encallado en algún banco; pero he hallado la puerta de mi camarote cerrada y atrancada.

«Mis gritos y amenazas no han tenido respuesta. Una angustia horrible me oprime el corazón.

«Oigo voces que parecen perderse en lontananza, y me veo...»

También en esta hoja faltaban algunos renglones; pero más abajo leyó Oliverio:

«...Si; todo lo comprendo. Los miserables han aprovechado mi sueño para entrar en mi camarote y robar la caja. ¿Por qué no me han matado? No se habrán atrevido los malabares, ó...»

La cuarta hoja comenzaba también con una frase cortada.

„...en las manos de Dios. Oigo los tristes lamentos de mi perro, que está sobre el puente: ladra como si adivinase que me amenaza una próxima desgracia.

„Me parece que la *Djumna* está inmóvil; pero no puedo asegurarlo porque mi cuarto no tiene ventanas.

„Hace treinta y seis horas que no oigo ningún rumor sobre cubierta. Seguramente me han abandonado embarcándose en la pequeña pinaza (1).

„Cada vez resuenan más bien lúgubres los aullidos de mi perro. La desesperación principia á apoderarse de mí. No lo sé; pero me parece que estoy enterrado vivo en una tumba.

„20 Agosto. He intentado forzar la puerta; pero en vano: tendré que morir aquí dentro, pues no tengo víveres más que para unos días. ¡Malditos sean los traidores!

„Á las diez, por las hendiduras de la puerta, ha comenzado á penetrar agua en el camarote. También gotea del techo, y amenaza mis cajas.

„Los miserables han abierto una vía de agua en los costados de la *Djumna*, y me voy á píque sin poder salir de mi tumba, y moriré sin venganza.

„Cuando vea que no hay esperanza posible, me pegaré un tiro en la cabeza. El perro sigue aullando.

En la quinta hoja se leía:

„20 Agosto. Estoy con agua hasta las rodillas; pero desde hace tres horas todo ha quedado estacionado. ¿Qué ha ocurrido? Creo que la *Djumna* se mantiene perfectamente inmóvil. ¿Ha encallado en algún banco?

„Sé que estábamos á poca distancia de la pequeña Andamana; pero ignoro adónde me habrá empujado el viento en estas cuarenta y ocho horas de prisión, y, por consiguiente, no sé dónde puede haber encallado la *grab*. El perro ya no ladra. ¿Habrá podido salvarse, ó habrá muerto? Sin embargo, yo...

Así terminaba el escrito. No parecía que el resto hubiera sido destruido por el agua del mar; acaso algún grave acontecimiento había impedido al escritor terminar la frase. Más abajo, al final de la hoja, en la última línea, se veía aún el nombre del que lo escribió y el de la nave, leídos en primer término por el teniente.

—¿Nada más?—preguntó Harry después de algunos minutos de silencio.

—Nada más—respondió Oliverio.

—¿Qué historia tan horrible!

El teniente no contestó; con la mirada fija en el agua, parecía sumido en profundas meditaciones.

—Y ese hombre, ese desgraciado capitán, ¿habrá muerto ahogado en su camarote?—insistió Harry.

—¿Entonces, cómo iba á poder atar estos documentos á las alas de ese pato emigrante?—dijo el teniente.—Todo hace suponer que logró derribar la puerta de su camarote.

—Es verdad, señor Oliverio; pero este drama tan espantoso ocurrió el 18 de Agosto, y ahora estamos á fines de Septiembre: es decir, que ha pasado un mes.

—Pero aquel hombre pudo desembarcar. Dice que la nave le parecía inmóvil.

—¿Y dónde habrá desembarcado?

—En una de las islas Andamán.

—¿Cree usted que vivirá aún?

—Puede ser.

—¿Iban á respetarle los isleños de las Andamanas? Ya sabe usted que gozan de muy mala fama.

—¡Vaya, Harry! ¿Qué me aconsejas que haga? No te niego que la suerte de ese desdichado me interesa mucho, y que haría cuanto estuviera en mi mano por salvarle. ¿Crees que el gobierno de Bengala intentará hacer luz en este terrible drama?

El viejo meneó la cabeza.

—Si se tratara de un buque de guerra y de un capitán de las tripulaciones reales, el gobierno enviaría un crucero á las islas Andamanas para hacer pesquisas, y pondría en movimiento la policía para descubrir á los culpables; pero por un capitán mercante, señor Oliverio, no moverá un dedo. Harán promesas, comenzarán algunas indagaciones; pero nada más.

—¿Y dejaremos así impune un infame delito, y abandonaremos á un infeliz?

—El Virrey tiene muchas cosas en que pensar.

—Entonces, Harry, obraré por mi cuenta. Ya que la suerte ha hecho que cayesen en mis manos estos documentos, aquel desventurado no quedará á merced de su destino.

—¿Va usted á organizar una expedición á las islas Andamanas por su cuenta?

—Mi padre me dejó una fortuna bastante re-

(1) Barcas que llevan ordinariamente los *grab*, y que tienen un palo con vela cuadrada.

gular para que pueda gastarme lo que necesite en una buena obra.

—Le admiro, señor Oliverio; pero permita usted que el viejo marinero le dé un consejo.

—Habla, Harry.

—Procure por lo pronto que le concedan una licencia de varios días, y vayamos á Calcuta para ver al presidente de la *Young-India*, que podrá proporcionarnos noticias de Middel, y hasta recursos para vuestra empresa.

—Y buscaremos también al hermano de Middel. Serampur está á dos pasos de la capital de Bengala, y nos será fácil encontrarle.

—Bien dicho; pero sería conveniente echar mano á los saniaños ó á los malabares para saber dónde se hallaba la *grab* cuando fué abandonada. Las Andamán son muchas, y si tenemos que visitarlas una á una, no acabaríamos en seis meses. ¡Quien sabe! La *Young-India* es una asociación muy poderosa, y podrá hacer algo.

—Volvamos, Harry. Dentro de tres días podremos salir de Puerto-Cannig con un permiso en el bolsillo.

El viejo marinero cogió las *pagayas* y empujó la barca, regresando á la bahía.

### III

#### EL PRESIDENTE DE LA "YOUNG-INDIA."

Tres días después de los acontecimientos que acabamos de narrar el teniente y el marinero subían en un *dhumni*, y recorrían al galope la llanura del delta del Ganges por el camino que lleva de Puerto-Cannig á Calcuta, pasando por la estación de Sonapur.

El permiso solicitado de la Comandancia de Calcuta había sido concedido inmediatamente, y el generoso teniente se disponía á aprovecharlo para aclarar un poco aquella historia tan extraña y dramática antes de organizar la expedición en auxilio del infortunado capitán y de dar los pasos oportunos para solicitar el auxilio del gobernador de Bengala.

El *dhumni*, guiado por un indio á quien habían prometido una buena propina si los llevaba al término de su viaje antes de que se pusiera el Sol, corría velozmente por el camino polvoriento de Sonapur.

Estos vehículos, empleados en casi toda la India, hacen las veces de nuestras diligencias; pero no pueden llevar más que un número reducidísimo de viajeros.

Son toscos vehículos, con dos pesadas ruedas y cubiertos de un toldo formado con hojas para librar á los viajeros de las insolaciones, tan frecuentes en aquellas regiones extremadamente cálidas.

Á estos vehículos no se enganchan caballos sino una especie de toros llamados *zebús*, blancos, altos, con cuernos largos y retorcidos y el cuello cubierto por una giba semejante á la de los dromedarios, pero no tan rígida, pues se inclina ya de un lado ya del otro.

No se crea por esto que los *zebús* tienen el paso lento de nuestros bueyes: al contrario, resisten durante varias horas seguidas un galopé bastante rápido: si se detienen, el conductor los pincha con una vara llena de nudos, y cuando esto no basta, retuerce la cola á los pobres animales.

El teniente y Harry, cómodamente sentados bajo la fresca bóveda é insensibles á los vaivenes de la carreta, fumaban, mirando de vez en vez la gran llanura del delta, mientras el indio arreaba sin cesar á los dos *zebús*, que humeban ya como solfataras bajo aquel ardiente Sol.

Los árboles huían rápidamente á ambos lados del camino, y entre las hierbas y los bambúes se alzaban bandadas de cuervos, milanos, cigüeñas, papagayos, palomas y tórtolas, espantadas por el ruido que hacía la carreta, y al mismo tiempo, de entre las malezas del *kabam*, se elevaban espléndidos pavos reales de brillantes plumas, con incrustaciones doradas y de reflejo azul metálico.

Animales no faltaban. De cuando en cuando un gracioso antilope de color azulado y cuerpo parecido al de nuestros ciervos, pero de formas más elegantes, atravesaba el camino rápido como una exhalación, desapareciendo tras los espesos macizos de bambúes.

Otras veces era un grupo de chacales, animales muy comunes en toda la India, parecidos á los perros, pero con la ligereza de los lobos; peligrosos nada más que cuando van en grandes manadas y están hambrientos.

Las vastas llanuras que se extienden en inmensa longitud hasta las orillas del golfo de Bengala, cambiándose más al Mediodía en marismas donde reinan la fiebre y el cólera, y por donde pululan libremente los tigres y miles de serpientes casi todas venenosas, se hallaban entonces desiertas. Sólo á grandes distancias se veía alguna misera cabaña escondida entre los bambúes, ó algún pequeño caserío rodeado de

arrozales ó de campos sembrados de *bairi*, que es una especie de mijo, ó de *jowar*, semejante á la cebada.

Al mediodía el *dhumni* hizo alto á la sombra de unos árboles: los pobres animales que habían caminado á un paso muy ligero tenían necesidad de algún descanso.

Pero la parada no duró más que una hora: la carreta reanudó en seguida su marcha desordenada, atravesando un camino pan'anoso flanqueado por *pipales* de enorme tronco y follaje sombrío, y de macizos inmensos de bambúes salvajes donde se ocultaban las serpientes *gula-bis* de piel sonrosada, con manchas de rojo coral, y boas de color verde azulado con anillos oscuros, y que alcanzan una longitud de catorce pies.

El agua del río gigante que circunda aquellas tierras del delta manaba por doquiera.

Por todas partes se veían pantanos donde se bañaban batallones de ánades brahmínicos, y marismas sobre las cuales flotaba una niebla formada por los miasmas que de ellos se desprendían.

Puede decirse que casi todas las tierras de Bengala están formadas por bancos de barro, que un Sol ardoroso seca continuamente y las aguas del Ganges humedecen con la misma persistencia.

Á eso de las cuatro de la tarde el *dhumni* se hallaba á pocas millas de Sonapur. De trecho en trecho aparecía algún poblado, y el terreno ya no estaba cubierto de macizos de bambúes.

Veíanse campos de *cénaba* (1) cubiertos de flores amarillas; de maíz, que sirve de alimento ordinario al pueblo, y arrozales cerrados por diques de algunos pies de altura, con objeto de regular la entrada de las aguas.

Media hora después los viajeros entraban en Sonapur, pequeña estación en aquella época, habitada por unas cuantas docenas de molangos, indígenas sucios, temblorosos siempre por la fiebre, y de unos pocos soldados *sipaís*, alojados en un mezquino *bengalow* (2).

Concedieron otra hora de descanso á los *zebús*, durante la cual el teniente y Harry averiguaron las señas del presidente de la *Young-India*, y á las seis reanudaron la marcha con la

misma velocidad, estando ya para llegar á la capital de Bengala.

Hacia las ocho, cuando el Sol se ponía tras las grandes florestas del delta, el *dhumni* llegaba á la gran llanura, donde se yergue la rica capital con su selva de campanarios, cúpulas y pagodas, con la línea imponente de sus palacios construidos á lo largo del gigantesco río, y con la enorme mole del fuerte de William.

—¡Al *strand*!—dijo el teniente al conductor.

Los *zebús*, hostigados por el látigo, retrocedieron hacia el río, pasando antes por entre una interminable fila de *bengalows*, que sirven de casa de campo á los ricos ingleses y á los grandes comerciantes indostanes, y penetraron en el *strand*, que es la calle aristocrática de Calcuta: sigue la orilla del río hasta el fuerte de William, y constituye el paseo favorito de los europeos, que gastan un lujo verdaderamente oriental.

Pocos minutos después el *dhumni*, se detenía ante un grandioso edificio de estilo índico, de dos pisos, y rodeado de vastos jardines. En una placa de regulares dimensiones se veía escrito en letras doradas: *Young-India*.

El indio saltó á tierra, le entregó al conductor las rupias prometidas y seguido de Harry subió la escalinata de mármol; un indio armado de un bastón con puño de plata vigilaba en el rellano de la escalera.

—El presidente de la *Young-India*, ¿se encuentra aún aquí?—preguntó Oliverio al guardián.

—Sí, señor—respondió el indio.

—Dile que el teniente Oliverio Powel, comandante de la cuarta compañía de *ripais*, en Puerto Canning, desea entregarle documentos interesantísimos que se refieren á la *grab* la *Djumna*.

El indio los introdujo en un gabinete del piso bajo. La habitación era de forma circular, pintada de azul y adornada con vasos chinos, donde crecían esas rosas blancas llamadas *kundias*, de fuerte perfume, y que se cultivan en los valles de Delhi y de Sirciragor. Una lámpara de metal dorado iluminaba el saloncillo, derramando sobre los divanes que lo decoraban una luz pálida semejante á la que nos envía el astro de la noche.

Aún no se habían sentado los visitantes, cuando se abrió una puerta y apareció un indio delgado como un fakir, con una barba blanca que contrastaba con la piel bronceada del rostro, y con los ojos inteligentes y penetrantes.

Vestía como los indios pertenecientes á la

(1) Simiente de donde se hace la mostaza.

(2) Construcción de un solo piso rodeada de una barandilla y protegida por persianas de cocotero.



Apareció un viejo indio, delgado como un fakir, con larga barba blanca.

clase elevada; su *dubgah*, especie de amplia túnica que formaba al caer anchos pliegues, era de seda blanca rameada; el cinturón era también de seda, pero bordado en oro y adornado con piedras preciosas; sus pantalones eran de muselina recamada de plata, ceñidos en los tobillos por una cinta de oro, y el turbante con que se cubría estaba coronado por una esmeralda que no valdría menos de cuatro mil rupias.

Avanzó hacia el teniente, y después de hacer una inclinación de cabeza le tendió la mano derecha según la costumbre europea, diciéndole:

—Estoy á su disposición, caballero.

—¿Es usted el presidente de la *Young-India*? —preguntó Oliverio.

—Sí, señor oficial.

—Entonces, tenga la bondad de leer estos documentos que una rara casualidad han puesto en mis manos.

El indio tomó los papeles que el oficial le daba, y después de indicar á los viajeros que se sentaran, se acercó á la lámpara y se puso á leer atentamente.

Oliverio y Harry, que escudriñaban con atención el efecto que la lectura le causaba, le vieron alterarse á impulsos de una cólera reprimida pero terrible, y cuando terminó, la frente del indio aparecía llena de arrugas y sus ojos lanzaban rayos.

—¿Conque se ha cometido un crimen infame? —exclamó, dirigiéndose al oficial.

—Si el documento es verdadero, así debe de ser.

—Sí; es auténtico; hace muchos años que conozco á Alf-Middel, y sé que era honradísimo. Pero ¿cómo han llegado á su poder estos papeles?

—Los encontré debajo del ala de un pato emigrante cazado por mí en la bahía de Puerto Canning.

—¡Entonces, Middel, vive aún!

—Eso creo, pues no ha transcurrido más que un mes del odioso atentado. Sin salir de su camarote, no hubiera podido atar esos documentos á las alas del pato.

—Es verdad.

—¿Cree usted que convendría dar parte á las autoridades anglo-indias? Un crimen semejante no debe quedar impune.

—¡Las autoridades anglo-indias!—dijo el presidente con ironía. —¿Qué les importa que hayan muerto á un marinero si el crimen se ha perpetrado lejos de Bengala, en pleno Océano?

Á la *Young-India* corresponde vengar á Ali y descubrir á los culpables.

—¿Ustedes...?

—Caballero, afortunadamente, la asociación posee medios poderosos. No es por recobrar las diez mil libras ni la carga de cochinilla, sino por no dejar sin castigo un delito tan infame y por vengar á un miembro de esta benéfica sociedad. Señor oficial, ¿quiere usted unir sus esfuerzos á los nuestros?

—Había decidido organizar por mi cuenta una expedición para ver de salvar á ese malaventurado capitán.

—Es usted un hombre de corazón, y se lo agradezco en nombre de la sociedad. Ahora obraremos sin pérdida de tiempo.

El indio tomó una varilla de metal que había en un escabel, y acercándose á un disco de bronce, dió en éste tres golpes que atronaron la habitación.

—¿Qué va usted á hacer?

—Pronto lo sabrá—replicó el indio.

#### IV

##### LA PISTA DE GARROVI

Aún no habían cesado las vibraciones del disco metálico, cuando apareció en la puerta del gabinete un indio, joven de quince años, de rostro inteligente y con la piel de color del bronce claro con reflejos dorados.

Toda su vestimenta consistía en un *romal* amarillo, color preferido por los indios porque resiste mejor el Sol y la lluvia.

Se inclinó ante el presidente de la *Young-India* y aguardó á ser interrogado, fijando la mirada de sus ojos negros y aterciopelados en el joven teniente.

—¿Conoces al jefe de los saniasos de Calcuta?—le dijo el presidente.

—Sí, señor—repuso el jovenzuelo.

—Tengo que confiarte una misión muy delicada, y espero que la cumplirás con ayuda de tu inteligencia y de tu astucia.

—Habla, señor.

—Deseo saber qué ha sido de dos indios que hace tiempo formaban parte de la secta de los saniasos.

—Di los nombres de esos dos individuos.

—El uno se llama Hungse, y el otro Garrovi.

—No los olvidaré.

—Te advierto que pongo á tu disposición todo

el personal de la *Young-India* y que la caja está abierta para cuanto puedas necesitar. Ve, y vuelve con buenas noticias.

El joven se inclinó de nuevo y salió rápidamente, cerrando tras sí.

—Perdone, señor—dijo Oliverio, presa del mayor asombro:—¿piensa usted que ese jovencito podrá conseguir algo?

En los labios del indio se dibujó una sonrisa, —No tenga usted miedo. *Punya* vale tanto como los jefes más inteligentes de la policía inglesa, y averiguará lo que haya sido de los dos saniaños.

—¿Y cuántos días invertirá?

—Todo depende de las circunstancias; pero yo espero tener buenas noticias antes de mañana por la tarde. Ahora preocupémonos del hermano del pobre *Middel*.

—¿Le hará usted buscar?

—Esta misma noche enviaré varios hombres á *Serampur*: este muchacho puede proporcionarnos datos preciosos.

—Dígame usted: ¿quién era *Middel*?

—Un anglo-indio nacido de padre blanco y de una india de *Chandernagor*, si no me equivoco. Desde hace seis años se dedicaba al cabotaje con una *grab* de su propiedad.

—¿Y su hermano es joven?

—Debe de tener catorce ó quince años.

—¿De modo que mañana espera usted ver al muchacho y saber algo acerca de los dos saniaños?

—Sí, señor teniente; y cuando logremos averiguar dónde embarrancó la *grab*, la *Young-India* tomará la iniciativa para buscar á su desgraciado socio y vengarle.

El teniente y *Harry* se pusieron en pie.

—Hasta mañana—dijo Oliverio tendiendo la mano al indio.

—Le aguardo—repuso éste acompañándole hasta el primer escalón.

El oficial y el marinero salieron de la residencia de la *Young-India* y se albergaron en una de las mejores posadas del *strand*, pues estaban cansados de aquella marcha desordenada á través del delta gangético.

Al día siguiente, no sabiendo cómo matar el tiempo, pues habían prometido al presidente de la *Young-India* visitarle después de la puesta del Sol, se dedicaron á recorrer la ciudad negra, que Oliverio no conocía aún.

*Blach Town*, la ciudad negra, es la antigua capital del reino de Bengala, y constituye la

parte más característica de *Calcuta*, hallándose habitada solamente por indios; la ciudad blanca, de construcción reciente y que no tiene nada de oriental, esta habitada por los ingleses y por algunos príncipes indios.

Aun cuando cuenta muchos años de existencia, la *blach town* se conserva intacta: es un amasijo de pagodas, casas bajas con un solo piso, y construcciones atrevidas que elevan á gran altura sus crestas, sus cúpulas adornadas con cabezas de elefantes ó con las nuevas encarnaciones de *Visnú*, el dios conservador de los indostanes.

Todo es sucio en la antigua capital de Bengala: sucias las calles, estrechas, turtuosas, fangosas; oscuras y mal olientes, las pequeñas tiendas, en cuyo interior están los vendedores sentados con las piernas cruzadas; horrible también el bazar, formado por construcciones de madera mal unidas y deterioradas.

El teniente y *Harry* pasaron gran parte de la jornada dando vueltas por el bazar entre una multitud de bengalíes, arracanesos, malabares y musulmanes, deteniéndose á cada paso para admirar á los encantadores de serpientes.

Por la tarde regresaron á la ciudad blanca y se encaminaron al *strand*.

El presidente de la *Young-India* los aguardaba en el salón azul de la vispera. En cuanto entraron, por la alegre fisonomía de los indios, dedujeron que éste había tenido buenas nuevas.

—Le esperaba con impaciencia; tengo que comunicarle noticias de interés.

—¿Ha triunfado en su empresa el joven de ayer?—preguntó el teniente.

—Más de lo que yo esperaba.

—¿Sabe acaso dónde están los saniaños?

—Uno solo. De *Hungse* no ha sido posible obtener noticias.

—Nos basta uno—exclamó Oliverio, que estaba loco de alegría.—¿Ha mandado detenerle?

—Todavía no; pero esta noche le sorprenderemos en su domicilio. He mandado reunir diez hombres resueltos.

—¿Le detendremos nosotros!

—Prefiero no servirme de la policía. Mis gentes obrarán mejor, y no le dejarán huir.

—Pero ¿dónde se halla *Garrovi*?

—Aquí.

—¿En *Calcuta*?

—Sí, señor oficial; pero ya no es un pobre saniaño: es un indio que vive á lo grande en un distinguido *bengalow* situado más allá de la



explanada del fuerte de William. Con diez mil libras esterlinas se puede vivir holgadamente.

—¡Bandido! ¿Su compañero y los malabares...?

— Los habrá asesinado para disfrutar solo de la caja llena de oro.

—¿Lo cree usted?

—Lo sospecho, porque si se hubiesen repartido las diez mil libras, á Garrovi no le hubiese tocado tan gran cantidad que le permitiese vivir con ese lujo.

—Es verdad. ¿Y cómo ha logrado Punya averiguar que el miserable se encuentra en Calcuta?

—Como usted sabe, cada casta tiene un jefe; Punya fué el de los saniaños en nombre mío, preguntándole por Hungse y Garrovi.

„Le dijeron que esos dos bribones partieron de la costa hace algunos meses con objeto de buscar trabajo lejos de aquí: hará unos veinte días que el jefe se encontró á Garrovi en un palanquín, seguido por varios servidores, y le reconoció.

„Como dijo que le había visto cerca de la explanada del fuerte, á Punya le fué fácil buscar por aquel lado y descubrir la habitación del traidor.

—¡Que no sospeche que le espían!

—No tenga usted cuidado: mis hombres le vigilan, y en cuanto le vean entrar en su *bengalow*, vendrán á avisarnos.

—¿Permite usted que tomemos parte en la expedición?

—No se rechaza á hombres como ustedes. Los blancos no son tan astutos como los indios; pero sí muy valerosos.

—¿Y el hermano de Middel?—dijo Harry,

—¡Ah!—exclamó el indio.—Olvidaba decirles que el muchacho está ya aquí.

Dió dos golpes en el disco metálico, y ordenó al criado que compareció que introdujese al joven Middel.

Á los pocos instantes el hermano del infeliz capitán de la *Djumna* penetraba en el salón azul.

Era uno de los mejores ejemplares de la raza llamada en la India *half-cat* (mestizos). No tenía más que trece años, pero presentaba una musculatura muy desarrollada y una estatura mayor que la ordinaria en los muchachos europeos de esa edad.

Su cabeza era hermosa, y estaba cubierta por unos cabellos rizados y negros como el ébano; la piel del rostro era de color bronceado claro,

con ciertos matices más bien plateados que dorados; la nariz era muy regular; los labios, sonrosados y carnosos, como cerezas; los dientes blanquísimos, y los ojos grandes y muy negros.

Llevaba un sencillo traje blanco sujeto á la cintura por una faja encarnada, y en la mano, un ancho sombrero de paja en forma de hongo.

—Éste es el señor de quien te había hablado, Eduardo—dijo el presidente mostrándole al oficial.

—Permita usted, caballero, que le dé las gracias por el interés que ha manifestado por mi desdichado hermano—dijo el joven.

—Aún espero hacer más, hijo mío—repuso Oliverio, —y, si es posible, te devolveré á tu A.í.

—Si así fuera, mi agradecimiento sería eterno.

—Déjate de cumplidos, y dime si puedes darnos noticias de tu hermano.

—Ninguna, caballero: ya se lo he dicho al presidente. Allí me dejó el 10 de Agosto, diciéndome que iba á Singapur con una buena carga, y prometiéndome volver en Noviembre ó durante los primeros días de Diciembre; pero no sé más.

—¿Y después no has recibido ninguna nueva?

—Ninguna.

—Antes de partir, ¿te comunicó algunas sospechas relacionadas con su tripulación?

—No, señor.

—¿Tú quedabas con algún pariente en Chandernagor?

—No tengo en la India ningún pariente. Vivíamos con un criado muy viejo de nuestra madre.

—¿Te mantenía tu hermano?

—Sí; pues sólo poseíamos una casita rodeada de unos campos muy pobres.

—¿No viste nunca á los dos saniaños que tramaron la ruina de tu hermano?

—No; pero conozco á los otros marineros.

En aquel instante se abrió la puerta y el astuto Punya apareció en el umbral.

—Señor, Garrovi ha entrado en su *bengalow*.

—¿Dónde están nuestros hombres?

—Pasean sin perder de vista la casa.

—¿Están todos armados?

—Con puñales y pistolas.

—¿Tienen la *ruth*?

—Todo está dispuesto.

—Señor Powel, cuando usted guste.

—Estamos á su disposición—repuso Oliverio.

—Retírate á tu habitación, Eduardo—añadió

el indio, dirigiéndose al joven;—mañana lo sabrás todo.

Tomó de un cajón de la mesa dos pistolas con incrustaciones de madreperlas, las escondió bajo el amplio *dubgah*, y salió precedido por *Punya* y seguido por *Oliverio* y *Harry*.

Cruzaron el *strand*, siguiendo la orilla del *Hugly*, que á aquellas horas se encontraba desierto, atravesaron la explanada del fuerte, y pocos minutos después se detenían ante una villa situada cerca del río.

*Punya* levantó una mano y señaló las persianas, á través de las cuales, se veía brillar una luz.

—Nuestro amigo vela todavía—dijo el presidente de la *Young-India*.

Se llevó á los labios su silbato de plata y dió tres notas débiles, pero que podían oirse á doscientos pasos de distancia.

Inmediatamente salieron de detrás de las matas que crecían junto al río varias sombras que se acercaron en silencio.

—¿Estáis preparados?—preguntó el indio á los que se aproximaban, que eran doce hombres.

—Sí, señor.

—Preparad las armas, y seguidme al *bengalow*.

## V

### EL SANIASO DE LA "DJUMNA."

Los *bengalow* de la India son casas de campo, ó mejor dicho, palazuelos de un estilo particular, apropiados para las necesidades del clima, y que no carecen de cierta elegancia.

Son todos de un solo piso, el cual se levanta sobre cimientos de ladrillo; están coronados por un tejado en forma de pirámide, que defiende admirablemente las habitaciones del excesivo calor del Sol.

En torno de ellos se extiende una galería llamada *varange*, sostenida por elegantes columnas y defendida por estores de cocotero; la cocina y la caballeriza se separan del cuerpo principal de la casa formando dos alas.

Las habitaciones son muy espaciosas, muy aireadas, y todas tienen cuarto de baño, porque sus moradores acostumbran tomarlo por la mañana y por la noche. Muebles pocos, pero de gran utilidad: alguna mesa, alguna caja de *acajú*, grandes sillas de asiento muy alto y de un metro de largo para poder separar cómodamente

las piernas, y, por último, lechos espaciosos cubiertos por mosquiteros, con objeto de defender al durmiente de los miles de mosquitos que pueblan las inmediaciones de los ríos.

El *bengalow* de *Garrovi* estaba construido como todos los otros; pero en lugar de hallarse rodeado de un jardín, su fachada se reflejaba en las aguas del Ganges, y su dueño dominaba desde la *varange*, un gran trozo del inmenso río.

El presidente de la *Young-India*, á quien nada se le ocultaba, antes de aproximarse á la puerta ordenó á cuatro de sus hombres que se escondieran entre las plantas de la ribera, y dispuso á los otros en torno de la casa para impedir cualquier intento de fuga.

Hecho esto se dirigió hacia la puerta seguido de *Punya*, *Oliverio* y *Harry*, y dió un golpe en un *gong* que estaba suspendido de una columna de la *varange*.

Un criado del *bengalow* apareció en lo alto de la escalinata de piedra.

—¿Está en casa tu amo?—le dijo el presidente.

—Sí—repuso el siervo saludando.

—Llévame á su presencia.

—Ignoro quién eres.

—El presidente de la *Young-India*.

Bastó el nombre de aquella popular institución para que la puerta se abriese del todo.

—Entra—dijo el criado.—Voy avisar á mi señor.

—Es inútil—repuso el indio:—introdúceme sin pérdida de tiempo.

Precedidos por el siervo, los tres hombres y el jovencito atravesaron un salón, y entraron en una estancia iluminada por una lámpara de grandes dimensiones. En medio del cuarto, cómodamente sentado en un sillón de *rotang*, estaba un hombre que se entretenía en aspirar el humo perfumado del *guráco*, que ardía dentro de una de esas pipas de dos pies de altura y de finísima porcelana que se llaman *hukah*.

Era un indio de regular estatura, pero delgado, como suelen serlo casi todos los indostanes; sus brazos desnudos parecían bastones recubiertos de cuero. Pero se adivinaba que aquel individuo, á pesar de ser tan escuálido, poseía una fuerza muscular notable.

Su rostro, bronceado sin reflejos, tenía rasgos tan finos como si perteneciese á las razas puras de la India; la frente deprimida, la nariz un poco gruesa, los labios carnosos y los ojos, de inten-

so color negro profundo, tenían algo de tétrico y feroz.

Una ancha cicatriz que le atravesaba la cara desde la oreja derecha al carrillo izquierdo contribuía á hacerle más antipático.

Vestía como los indios poderosos, y la cabeza, cuidadosamente rasurada y untada con aceite de coco perfumado, la tenía cubierta con un pañuelo de seda encarnado.

Al ver entrar á los desconocidos el indio se puso en pie con agilidad de felino, y su mirada se fijó en el presidente y en los dos europeos con expresión de viva inquietud.

—¿Qué queréis? ¿Quién os ha introducido sin anunciarnos antes?

—No hacía falta—dijo el anciano:—soy el presidente de la *Young-India*.

—¿Y á qué debo el honor de que me honre con su visita el jefe de tan poderosa asociación?

—Ahora lo sabrás.

—Pero ¿qué buscan esos europeos?

—Son amigos míos.

—No los conozco.

—No importa: oye.

—¡Habla!

—¿Te llamas Garrovi?

—Sí.

El presidente miró en torno suyo, admirando los muebles de *acajú*, las cortinas de seda de las ventanas y la lámpara dorada que pendía del techo; después se cruzó de brazos, y encarándose con el indio, que le miraba atónito, le dijo con voz bronca:

—Según parece, el antiguo miembro de los pobres saniassos se ha rodeado de un lujo principesco. ¿Has hecho fortuna, ó te has encontrado el tesoro del Gran Mogol?

Al oír estas palabras Garrovi palideció, y un terror espantoso se reflejó en su rostro.

—¡El antiguo saniasso! Creo que te engañas.

—En efecto—añadió el presidente con marcada ironía:—ya no llevas la barba y el pelo largos y despeinados, ni la cara embadurnada de barro y tierra colorada, ni el bastón, ni el vaso de cobre como aquellos embaucadores insolentes que se llaman saniassos; pero no me engaño, Garrovi. Tú eres el ex-saniasso, y vengo á preguntarte qué ha sido de una *grab* en la cual te habías embarcado.

—¡Una *grab*!—exclamó Garrovi fijando en el presidente sus ojos aterrorizados.

Después, haciendo un esfuerzo supremo, prorrumpió en una carcajada, diciendo:

—Pero ¿de qué *grab* hablas? No he salido nunca de Bengala, no me he embarcado jamás, y temo que me confundas con algún bribón que lleve mi mismo nombre.

—¿De modo que no conoces la *Djumna*?

—¡La *Djumna*!—repitió el miserable con voz temblorosa.

—¿No has conocido nunca á Ali-Middel?

—¡Ali-Middel!

—¿Y no has abandonado nunca á ese infeliz en medio del golfo de Bengala, después de haber hecho naufragar la *grab*...?

Garrovi no se atrevió á contestar: un terror inexplicable le paralizaba la lengua; su mirada extraviada iba del indiano á Oliverio, á Harry y á Punya.

—¿Y qué has hecho de las diez mil libras que contenía la caja? ¡Responde, niega si te atreves!

Una horrible sonrisa se dibujó en los labios del miserable, y por sus ojos pasó un relámpago sangriento.

—¡Habla!—repitió el presidente acercándose á él.

Garrovi no respondió: según adelantaba el jefe de la *Young-India*, él iba retrocediendo y aproximándose á la puerta que conducía á la *varange*.

—¡Habla, canalla!—repitió de nuevo el anciano.

—¡He aquí mi respuesta!—dijo de pronto Garrovi.

Y con un movimiento rapidísimo sacó de debajo del *dugbah* una pistola: brilló un rayo, seguido de una detonación; pero el jefe de la *Young-India* permanecía en pie entre la humareda del disparo.

Oliverio, con el sable desenvainado, se precipitó hacia el asesino, mientras Harry sacaba rápidamente su cuchillo.

Entretanto Garrovi con agilidad de tigre se lanzó á la *varange*, saltó el perapeto, y se dejó caer en el río.

—¡Miserable!

—¡Eso es cosa mía!—gritó Harry.

El presidente, que había salido ileso gracias á la precipitación de su enemigo, detuvo al marinero cuando éste se disponía á saltar el perapeto.

—No hace falta: deje hacer á mis hombres.

—¡Es que huye ese bandido!

—¡No llegará muy lejos!

Los cuatro indios que estaban ocultos entre las matas bajaban precipitadamente por la orilla,

sosteniendo con los dientes sus puñales. Se detuvieron un instante como para aconsejarse, y luego se arrojaron al agua.

La Luna, que brillaba en un cielo purísimo, permitía ver con claridad el curso del Hugly en una extensión de varios kilómetros, y á los hombres que daban caza al miserable.

El presidente, Oliverio, Harry y Punya, asomados al parapeto, espían la operación de Garrovi, mientras los hombres que se habían introducido en el *bengalaw* impedían que los criados del fugitivo fuesen en su ayuda.

Los cuatro nadadores avanzaban deteniéndose de vez en cuando, por el temor á que el ex-saniasso desapareciese nadando por debajo del agua. Garrovi debía de ser muy fuerte y muy ágil, pues hacía ya algunos minutos que se había arrojado al río, y aún no había sacado la cabeza.

Una vez, á treinta metros de la orilla, se vió aparecer una mancha oscura, que desapareció en seguida.

— ¡Ya se ha provisto de aire!—dijo Harry.— ¡El granuja es más hábil que un pescador de perlas.

—No hay peligro: mis hombres valen tanto como él. ¡Miradlo!

Los nadadores, que se habían percatado de la aparición de Garrovi, se sumergieron de nuevo. Pasó otro minuto y se vió reaparecer la mancha oscura en medio del río; pero esta vez no volvió á hundirse en las aguas, pues en torno de ella aparecieron otras cuatro cabezas.

Se oyó un grito; dos cuerpos se debatían á flor de agua, levantando montones de espuma. Luego gritó una voz:

— ¡Es nuestro!

— ¡Ya les decía yo que hab'an de prenderle!—dijo el presidente de la *Young-India* volviéndose á Harry.

— ¿Le traerán aquí?—preguntó el teniente.

— Sí, señor.

— ¿Le interrogaremos?

— En cuanto llegue.

— ¿Y hablará?

— Ya no puede negar que es el autor de la traición; con el tiro y con la fuga se ha desmascarado. Además, los indios poseemos medios infalibles para soltar las lenguas.

— Puede engañarnos.

— Le advertiremos antes que permanecerá en nuestro poder hasta que sepamos con certeza lo que ocurrió en el golfo de Bengala.

— Aquí vienen —dijo Harry,— el bribón parece avergonzado.

— ¡Subídmelo aquí —gritó el presidente, viendo á sus hombres salir á la orilla y avanzar con su presa.

## VI

## QUÉ HABÍA SIDO DE LA "DJUMNA,"

Dos minutos más tarde Garrovi se hallaba en presencia de ellos, con las piernas ligadas y con el *dugbah* calado por el remoión.

El traidor había perdido toda su audacia: miraba distraídamente al jefe y á sus acompañantes, y en su rostro se reflejaba una angustia indecible. Estaba en poder de aquellos hombres, y comprendía que era imposible rehuir el interrogatorio que había de ser su perdición.

El anciano, Oliverio y Harry se habían sentado delante de él, mientras Punya y otros dos se colocaron cerca de la puerta, con las pistolas en la mano, para darle á entender que no podía contar con el auxilio de sus siervos.

— Ahora nosotros—dijo el presidente.— Supongo que ya no negarás que eres Garrovi, aquel que se embarcó en la *grab* de Ali-Middel con rumbo á Singapur. Tenemos pruebas concluyentes contra ti, y éstas bastan para que podamos hacerte colgar en el acto. Te advierto ante todo que si confiesas cuanto queremos saber puede que venga un día en que vuelvas á gozar de esas riquezas que adquiriste gracias á un asesinato; pero si te obstinas en callar, estamos resueltos á recurrir á los medios más crueles antes de entregarte á las autoridades de Calcuta. ¿Hablarás?

— Hablaré—dijo Garrovi después de dudar unos momentos.

— Te tendremos en nuestro poder hasta que confirmemos escrupulosamente tus declaraciones. Así, pues, es vano que intentes engañarnos: ¿comprendes?

Esta última advertencia desconcertó en cierto modo al bribón, el cual había pensado engañarlos y desplegar toda su astucia para ganar tiempo.

— ¿Quién era tu compañero?—preguntó el presidente.

Al oír aquellas palabras Garrovi levantó la cabeza y miró atónito al presidente.

— ¿También sabes eso?—exclamó.— ¡Los muer-

tos vuelven! Sin embargo, le vi con estos ojos á merced de las olas del golfo.

—¿Ha muerto Hungse?

Garrovi no respondió: parecía petrificado.

—¿Ha muerto?

—Pero ¿cómo sabes esa terrible historia?— preguntó el miserable en el colmo de la estupefacción.—¿Cómo has sacado el secreto de los profundos abismos del mar...? ¿No murieron todos? ¡Mi hierro supo herir sin temblar!

—¿Hungse y los malabares también?

—¡Los malabares! ¿Qué sabes tú? ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho: el presidente de la *Young-India*.

—Pero ¿cómo sabes lo que ha ocurrido en alta mar, á quinientas ó seiscientas millas de Bengala?

—Después lo sabrás.

—¡Si lo sabes todo, mátame!

—No quiero tu muerte

—¿Qué quieres?

—Reconstruir el drama que se desarrolló en el golfo.

—¿Con qué objeto?

—Con el de salvar á Ali-Middel.

—¡Ali-Middel! ¿Aún vive ese hombre?

—Tal vez.

—¿No se fué á pique la *grab*?

—No.

Garrovi se secó con la mano el sudor frío que le bañaba la frente.

—¡Estoy perdido!—baluceó.

—Si no lo confiesas todo, sí—añadió Oliverio.

El indio miró al teniente.

—¿Es usted quien ha tenido noticias de Ali?—le preguntó Garrovi con voz sombría.

—Sí.

—¡Ah! ¡Lo sospechaba!

—¿Lo confesarás todo?—dijo el anciano.

—¿Y no me mataréis después?

—Te prometemos salvarte la vida.

—¿Y me dejaréis libre?

—Algún día serás libre, si no nos engañas.

—Preguntad.

—¿Dónde se hallaba la *grab* cuando tú, Hungse y los malabares la abandonasteis?

—Al Sur de la Pequeña Andamán.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque Ali-Middel determinó al medio día el punto en que estábamos, fijando exactamente la latitud y la longitud.

—¿Á cuántas millas de la costa?

—Á veinticinco, próximamente.

—¿Qué viento soplabá?—dijo Harry.

—De proa—respondió Garrovi.

—¡Ahora me lo explico todo—dijo el marinero—y confío en que Ali viva aún. Si soplabá viento Sur, debió de empujar á la *grab* contra la Pequeña Andamán, varándola en uno de los muchos bancos de arena ó entre los escollos de coral que rodean á la isla. Esta varadura providencial ha impedido que la *Djumna* naufragara, y ha hecho que Ali tocara tierra.

—Pero estaba encerrado en el camarote—dijo el presidente.

—Habrá logrado derribar la puerta, ó mejor...

—¿Qué quieres decir?—dijo Oliverio.

—Ali escribe que tenía un perro, y que al final no le oyó ladrar: acaso el inteligente animal saltó á la orilla y llamó la atención de los andamanes para que reconociesen á su amo.

—¿Y crees que los andamanes iban á seguir al perro y á libertar á Ali?

—Lo sospecho, señor Oliverio.

—Tienes razón: así debió de suceder. Siga usted el interrogatorio, señor presidente.

—¿Abandonaste la *grab* en la pinaza?

—Sí—contestó el indio.

—¿Quién iba contigo?

—Hungse y siete malabares.

—¿De qué enfermedad habían muerto los misoranos?

—Hungse les envenenó la comida.

—¿Hungse ó Garrovi?

—¿Qué te importa?—contestó el ex saniasso con voz ronca.—Murieron. ¿Qué más da?

—¿Sobrevivió alguno de tus cómplices?

—No.

—¿Fueron todos asesinados por ti?

El indio no respondió: temblaba como si tuviera fiebre, y miraba en torno suyo con los ojos extraviados, como si temiera ver aparecer en uno de los rincones de la estancia los espectros de las víctimas.

—¡Habla!—prosiguió el anciano.

—La caja de oro me tentaba. Si hubiéramos tenido que repartir aquellas diez mil libras entre nueve personas, á ninguno nos hubiera correspondido una cantidad suficiente para vivir con holgura, y yo deseaba ser rico. Una noche oscura, cuando nos encontrábamos á cien millas de la costa de Bengala y mis compañeros dormían profundamente, envenené el barril del agua.

—¿Aún te quedaba veneno?

—Sí. Doce horas después los malabares murieron; pero Hungse, que desconfiaba de mí, vivía todavía, pues no había querido beber, porque notó que yo no había bebido tampoco. Temiendo por su vida, se abalanzó á mi arma de su puñal; pero yo era más fuerte y más diestro que él, y le acribillé de heridas mortales. Luego le arrojé al mar. Aquí en la cara tengo una señal de la tremenda lucha que sostuvimos. Al día siguiente llegué á la isla de Baratalo. Lo demás no puede interesaros.

—¡Qué canalla!—dijo el marinero.—¡He aquí un hombre que tendrá que ir bien custodiado si ha de venir con nosotros á las islas de Andamán!

—Ya sabemos lo que necesitábamos—dijo Oliverio.—Nuestras sospechas se han confirmado.

El anciano salió á la *varange* é indicó al teniente y á Harry que le siguieran, mientras Punya y los dos indios se colocaban junto á Garrovi.

—Diga, señor Powel—dijo el presidente:—¿sigue usted con el propósito de buscar á Ali?

—La muerte de ese desgraciado me interesa. Si me conceden una licencia de varios días; me llegaré á la Pequeña Andamán para buscarle.

—Yo me encargo de hablar con el virrey de Bengala para que le conceda el permiso, y tengo la seguridad de que no me negará ese favor. Una excursión á las Andamán puede interesarle mucho al gobierno inglés.

—Entonces, disponga de mí.

—¿Cuándo quiere usted partir?

—Mañana mismo: no tengo nada que hacer en Bengala.

—Sería muy precipitado, señor Powel; pero antes de cinco días estará todo á punto. La *Young-India* costeará todos los gastos, facilitará la nave, y una tripulación escogida y de confianza.

—Deseo contribuir...

—Ya lo hace usted asumiendo el mando de la expedición; y no es poco, porque ya sabrá usted que no es cosa sencilla desembarcar en aquellas islas, que gozan de tan mala reputación. Se juega usted la vida por una persona desconocida: eso es demasiado, y dice mucho en pro de su valentía y de su generosidad.

—¿Y qué vamos á hacer de Garrovi?—dijo Harry.

—Puede que les sea útil á ustedes, y les

aconsejo que le lleven. Esta noche mandaremos transportarle al domicilio de la *Young-India*, y allí estará cuidadosamente vigilado hasta el día del embarco.

—Embarcará también el hermano de Ali si quiere acompañarnos—dijo Oliverio.

—Está dispuesto á seguirlos. Señores, podemos volver á la *Young-India*.

Regresaron al salón y descendieron al jardín, al mismo tiempo que los dos indios y Punya trasladaban á Garrovi después de haberle atado codo con codo.

Fuera de la verja cuatro indios aguardaban al preso con una *ruth*, especie de litera muy usada en la India, bastante grande, cerrada por todas partes con cañas de bambú y tirada por dos bueyes. El ex-saniasso fué encerrado dentro, y los cuatro indios se alejaron con él fustigando á los animales.

—¿Y el *bengalow*? ¿Queda á merced de los criados de Garrovi?—dijo Harry.

—Lo guardarán cuatro hombres míos. La casa con todo lo que contiene pasará á ser propiedad del ex-saniasso si nos es fiel: de lo contrario, volverá á la *Young-India*, con cuyo dinero fué adquirida. ¡Apresurémonos, que pronto va á amanecer!

## VII

### EL "PARIAH,"

Seis días después de los acontecimientos narrados una hermosa nave bajaba la corriente del Hugly favorecida por el viento y la marea, dejando atrás la capital de Bengala, que entonces comenzaban á dorar los primeros rayos solares.

Era uno de esos navíos que los indios llaman *pariah*, de dos palos y quilla muy aguda, pero que no tenía la forma barroca de las naves de esta especie que se construyen en Coromandel y Malabar.

Aunque llevaba el aparejo de las *pariahs*, tenía la armadura de las *grab*, construída en gran parte con árboles de tek, madera muy notable por su extremada dureza, y con la cual se hacen las barras y los bordajes, mientras la parte sumergida era de sauce indio, madera pesadísima considerada como incorruptible, y que resiste años y años la acción de las aguas del mar.

Doce indios medio desnudos, bronceados y de gran estatura estaban siempre prontos á soltar ó á replugar las velas, y á popa un viejo de

piel blanca y barba canosa empuñaba el timón. En la proa un hombre joven aún, vestido de blanco, discurría con un muchacho de unos trece ó catorce años que vestía del mismo color y se cubría con un sombrero de fibras de *rotang*.

No hace falta decir que el viejo del timón era Harry, el joven, Oliverio, y su compañero, el hermano del malhadado comandante de la *Djumna*.

El *pariah*, dirigido con mucha habilidad y henchidas sus velas por el viento, marchaba con una velocidad de siete ú ocho nudos por hora, favorecido además por la corriente que descendía con la marea; pasaba por delante de una serie interminable de *bengalows*, cabañas, jardines y plantaciones de arrozales, cruzando por entre varios centenares de barcas y navíos que caminaban hacia la reina de Bengala.

Con la aparición del Sol el gigante río se despertaba; sus riberas se poblaban de hombres y de animales, unos para tomar su baño cotidiano ó para recitar sus oraciones con los pies dentro del agua, como acostumbra los brahmanes brigibasos, á cuya costa pertenecen los campesinos y los porta-palanquines; otros para saciar la sed.

Las barcas fluviales reanudaban su viaje, interrumpido para dejar su carga en las ciudades ó en los grandiosos almacenes de los ricos negociantes ó de las factorías europeas.

Las arquitecturas navales de toda la India estaban allí representadas: veíanse cientos de *bangles*, grandes embarcaciones fluviales que pueden llevar una carga de cinco mil *monds* de arroz, con mástiles enormes hechos de varios bambúes unidos y con una cubierta de hojas para resguardar á la tripulación muchos *poluares*, barcos pequeños bien contruidos, con un palo de cortas dimensiones provisto de vela cuadrada; grandes *pinazas* divididas en tres partes, con una *varanga* en la anterior, que sirven para el transporte de viajeros; por último, cruzaban el río infinidad de barcos menores, *mor-punkys*, *pongas*, etc., etc.

Nuestro *pariah*, que caminaba con creciente rapidez, dejó presto atrás el último suburbio de la gran ciudad y se halló casi solo en el río. Algunas *grabs* le seguían, pero á mucha distancia.

Iba flanqueando la ribera izquierda, pues era allí más sensible la marea baja, y poco á poco la orilla aparecía más desierta, más selvática; los inmensos pantanos de Semderbunds, que forman el delta gángético, comenzaban á verse con

sus nieblas pestilentes y sus inmensas plantaciones de bambúes, habitadas por serpientes y tigres.

Sólo de vez en vez se distinguía un grupo de cabañas circundadas por arrozales ó plantaciones de añil; pero pronto dejaron de verse.

Á las ocho de la mañana Calcuta no era visible: la imponente línea de sus palacios y su enorme fortaleza habían desaparecido.

El *pariah* se había alejado de la orilla, pues no era prudente costear las tierras palúdicas de Semderbunds, que se hallan rodeadas de bancos fangosos, de donde con frecuencia salen tigres que á veces se atreven á asaltar las naves.

Convencido Harry de que el velamen estaba bien dispuesto, cedió el timón á un indio y se había aproximado á Oliverio y Eduardo, que aún permanecían á proa.

—Todo va bien —dijo.—Á mediodía podremos salir de Diamond-Herbour, y esta tarde navegaremos por el Golfo.

—¿Y cuánto crees que tardemos en llegar á las islas de Andamán?

—Si el Demonio no lo impide, podremos estar en la Grande Andamán dentro de unos doce días. Pero ya sabe usted que el hombre propone y Dios dispone; y este refrán es aun más verdadero cuando se trata de cosas del mar.

—¿Te parecen diestros los hombres que llevamos?

—El presidente ha escogido una tripulación que no tiene igual. Todos me parecen hábiles y obedientes, señor Oliverio: entiendo bien la cosa, y no suelo equivocarme.

—Te creo: eres un lobo de mar. Sin embargo, cuida de que nuestros hombres no tengan ningún contacto con ese buena pieza que llevamos preso.

—No tenga usted miedo; Garrovi no verá á nadie más que á mí. Tengo yo la llave de su celda, y no podrá sobornar á nadie.

—Eres un carcelero de confianza.

—¡Ya lo creo! —dijo el marinero riendo.

—¿Sigue tranquilo?

—Cuando le encerré parecía tranquilo, pero muy descorazonado.

—No le gustará hallarse algún día frente á su víctima.

—Me parece que le preocupa más la idea de reanudar su vida de gran señor, tan bruscamente interrumpida. Está tan encallecido su corazón, que no se conmovió al volver á ver á su antiguo capitán.

—Pues temo que mi hermano no le perdona su infamia—añadió Eduardo,—y que cuando le vea en su presencia le mate.

—¡Un canalla menos!—dijo Harry.

—Le hemos prometido salvarle la vida, y cumpliremos nuestra palabra.

—¿Y cree usted que él la cumplirá? Ese infame sólo piensa en vengarse de nosotros.

—¡Peor para él, Harry! ¿Qué humo es aquél que se levanta en la orilla? ¿Será un incendio?

Harry y Eduardo se volvieron, viendo entre las plantaciones de bambú que cubrían las islas fangosas del Hugly una columna de humo.

—Será de algún poblado de los *molangos* oculto tras esas cañas gigantescas—replicó Harry.

—¿Que le han prendido fuego?

—No, señor—contestó Eduardo;—queman los cadáveres para arrojar sus cenizas en las sagradas aguas del Ganges.

—¡Que las llevan derechas al Paraíso!—dijo el teniente riendo.

—Tal es su creencia, señor.

—Se oyen los *tarés*—añadió Harry.—Seguramente, queman el cadáver de algún jefe.

—¿Qué son los *tarés*?—dijo Oliverio.

—Grandes trompetas que se usan en los funerales. ¿Oye usted?

Unas notas tristes y lúgubres se oían por el lado donde aparecía el humo, y después unos redobles ensordecedores, que debían de producirse con muchos tambores á la vez; luego, cantos desacordados que más parecían aullidos que otra cosa.

—No he visto nunca una ceremonia fúnebre en estas pocas semanas que llevo en la India—dijo Oliverio.—Dicen que son pavorosas: ¿es verdad, Harry?

—No son muy alegres, pero sí muy curiosas: pronto pasará el *pariah* frente á aquel lugar, y asistiremos á una ceremonia fúnebre.

Para salvar un banco de arena señalado por una boya la nave se acercó á la ribera aproximándose á la columna de humo, y desde el castillo de proa, Oliverio y sus amigos pudieron observar el espectáculo sin necesidad de gemelos.

La hoguera había sido dispuesta en una explanada ceñida de bambúes; á través del humo, y en las llamas que consumían el cadáver, se veían aparecer y desaparecer varias docenas de aquellos sucios *molangos* que habitan las charcas del Ganges; eran hombres de baja estatura, gráci-

les, de piel negra y que casi siempre estaban temblando de fiebre.

Algunos tocaban los *tarés*, otros golpeaban unos tambores haciendo un ruido estruendoso, y los restantes entonaban las alabanzas del muerto.

Á un lado había gran número de *arghilahs* y de *murabúes*, pajarracos de largo y robusto pico, alas negras, comedores de carroñas, que aguardaban pacientemente el fin de la ceremonia para apoderarse de los restos del difunto.

De cuando en cuando un indio se acercaba á la hoguera, y derramaba recipientes de aceite per fumado para reanimar el fuego.

Cuando el *pariah* llegó frente á la explanada los lamentos de los *molangos* se hicieron más lúgubres, y los *tarés* sonaban con mayor fuerza, mientras un joven, metiéndose entre las chispas, golpeaba la leña con una maza.

—El muerto era un brahamán—dijo Harry:—sin duda, era un personaje de importancia.

—¿De dónde deduces que era un brahamán?—preguntó Oliverio.

—¿Sabe usted lo que hacía aquel joven con la maza de hierro?

—Atizar el fuego.

—No; romper el cráneo á su padre: aquel joven es hijo del muerto.

—¿Y por qué le ha dado ese golpe?

—¡Demonio, para que pudiera salir el alma del difunto!

—¡No te burles de mí!

—No, señor—dijo Eduardo.—Harry dice verdad: cuando el cadáver llega á la incandescencia, se acostumbra romper el cráneo á los brahamanes.

—¿Y las cenizas se arrojan al río?

—Sí; pero los huesos se recogen y conservan para echarlos al río en las grandes ocasiones.

—Me han dicho que los indios no queman siempre los cadáveres.

—Sí; á veces arrojan el muerto al río sin tomarse la molestia de quemarlo: creen que de cualquier modo irá al Cielo.

—¡Ó al vientre de los cocodrilos!—agregó el teniente en broma.—¿Es cierto que adelantan la muerte á los moribundos?

—¡Ya lo creo! Lo hacen con el agua sagrada del Ganges, obligándolos á beber hasta que no pueden más—dijo Harry.—¡Eh, timonel! ¡Cuidado con los bancos!

El río que se ensanchaba desmesuradamente, comenzaba á hacerse peligroso á causa de los



grandes bancos de arena que se destacaban de la orilla. El *pariah* salvaba con muchas fatigas aquellos obstáculos; pero pronto se vió libre de ellos, alejándose de la ribera y tomando el camino recto.

Aquí y allá se veían aparecer en la orilla rebaños de búfalos salvajes, animales de gran talla, cuernos hermosísimos, y valor formidable, pues se atreven hasta con los tigres, y son incapaces de huir ante un ejército de cazadores. Miraban con ojos sangrientos la nave, y después huían á los lugares pantanosos, porque son amantes del agua y del barro.

Otras veces aparecían bandadas de *axis*, animales preciosos que tienen parecido con el ciervo y el gamo; ó regimientos de *saras*, grullas muy altas con las alas listas de color gris.

Á las seis de la tarde el *pariah* pasaba frente á Diamond-Harbour, pequeño puerto situado en la desembocadura del Hugly, donde ordinariamente se detienen las naves para recibir la última correspondencia.

Harry, que se había puesto á la barra, viró á lo largo, y dejando á la izquierda la isla de Sango, pasó junto á las *Sandheads*, (cabezas de arena), que son unos bancos peligrosísimos, proyectados por el Ganges en el golfo de Bengala, y una hora más tarde la expedición se hallaba en alta mar.

El Sol desaparecía en el horizonte.

## VIII

### EL MISTERIO DEL CAMAROTE

Navegaban por el vasto golfo de Bengala,

Con la puesta del Sol, el calor disminuía y comenzaba la brisa nocturna, que sopla con cierta violencia del Noroeste, empujando á la esbelta nave en dirección del punto donde se hallaban las islas de Andamán.

El viento levantaba olas de espuma blanca y rizada; pero el *pariah*, á pesar de la pesadez de la quilla, con su agudo espolón rompía fácilmente las aguas.

Pronto desapareció á lo lejos la luz del faro de Diamond Harbour, y el viejo marinero se puso á la barra, después de aconsejar á Oliverio y á Harry que se retirasen á sus camarotes.

Tenía mucha confianza en la tripulación: pero quería velar en persona, al menos durante la primera noche, para poder juzgar de las buenas ó malas condiciones náuticas del velero que les

había sido confiado. Tuvo ocasión de convenirse de que el *pariah* navegaba divinamente, aun cuando la mar estaba algo picada.

La nave hizo frente durante toda la noche al empuje de las olas del golfo y resistió los bruscos vaivenes del viento, que tan pronto soplabá del Norte como del Noroeste. En cuanto á la tripulación confirmó la opinión emitida por el presidente de la *Young-India*, maniobrando con precisión á la voz de mando.

Al despuntar el día no eran ya visibles las costas de Bengala; el *pariah* se hallaba en pleno golfo. Con todas las velas desplegadas, salvando ágilmente las olas que llegaban por el Sudeste con ruido amenazador.

—Todo marcha bien— dijo Harry á Oliverio y á Eduardo, que habían subido al puente:—si sigue este viento pronto, llegaremos á las islas de Andamán; tal vez antes de seis días.

—¿Á qué distancia estamos de Bengala?

—Á unas setecientas millas en línea recta.

—¿Estás contento del *pariah*?

—Estoy muy satisfecho: resiste bien el mar, y hace sus seis nudos sin dificultad. Hubiera preferido una *grab* pero, en fin, no podemos quejarnos. ¿Ha visto usted á Garrovi?

—Al pasar frente á su camarote me pareció oírle roncar.

—¡No le pesan mucho los remordimientos! — dijo Eduardo.

—Conviene que le hagamos una visita— dijo Harry:—no me fio de la tranquilidad de ese ladrón. ¡Son tan astutos los indios! ¿Me acompañan?

—¡Vamos!— dijo Oliverio.

Bajaron la escalera y penetraron en una reducida estancia, que servía de saloncillo, donde daban las puertas de los cuatro camarotes.

Harry iba á sacar la llave del bolsillo, cuando se detuvo, é inclinándose hacia la puerta que cerraba la celda del prisionero, dijo en voz baja:

—¡Chis...!

—¿Qué pasa?— murmuró Oliverio, acercándose de puntillas.

—¡Oiga!

—¿Qué?

—¡Escuche, señor Oliverio!

El teniente prestó atención y le pareció oír detrás de la puerta un ligero murmullo; hubiérase dicho que en la celda del prisionero hablaban dos personas en voz queda.

—¿Tienes tú solo la llave, Harry?

—Sí.

—¿Está sobre cubierta la tripulación?

—Todos, señor.

—¿Estará rezando Garrovi?

—¡El! ¡Semejante bribón!

—¡Abre!

Harry introdujo rápidamente la llave y recorrió el cerrojo; pero la puerta no se abrió.

—¡Garrovi!—gritó el marinero.

—¿Qué quiere?—repuso el indio.

—¿Te has atrancado, ladrón?

El indio no respondió: pero se oyó mover un muelle que debía ser de mucho peso, y después se abrió la puerta.

El marinero, Oliverio y Eduardo entraron en el cuarto y miraron á todas partes; pero sólo vieron á Garrovi, el cual estaba en un rincón revolviendo el cajón que contenía sus efectos.

Aquel camarote era un cuarto que tendría dos metros cuadrados, iluminado por una ventana tan estrecha, que apenas dejaría paso á un gato; el suelo estaba cubierto de esteras de coco, que servían de lecho al indio: en el camarote no había más mobiliario que una silla de tijera y la caja del preso.

Garrovi se levantó retirándose á uno de los rincones de la habitación, miró con sorpresa á los tres visitantes, que seguían dando vueltas y revolviéndolo todo.

—Tú no estabas solo—dijo Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Que hace poco hablabas con alguien.

—¡Con alguien...! Pero no ven que aquí no hay nadie.

—Te hemos oído hablar.

—Sí; pero estaba rezando.

—¿Y para eso te atrancas?

—Sí; porque no tenéis derecho á asistir á las oraciones de un buen indio. Á Visnú le desagradaría.

—Me pareció que hablabas con alguien.

—Nadie puede entrar: usted solo tiene la llave. Además, el presidente ha escogido la tripulación y no hay en ella ninguno que pertenezca á mi casta.

—Tiene razón—dijo Harry,—y, sin embargo, juraría haber oído voces distintas.

—¿No hay aquí ningún agujero?—repuso Oliverio.

—¡Pero los indios son muy astutos!

—Mas no son espíritus que pueden aparecer y desaparecer.

—¡Es verdad; nos hemos engañado!

Después, volviéndose hacia Garrovi, que se

había sentado en su silla, y mirándole atentamente, dijo:

—¿Quieres algo?

—Nada: que me dejéis en paz hasta que estemos en Andamán. Por ahora no puedo seros útil.

—Salgamos, señor Oliverio—añadió Harry. Salieron del camarote, cerraron la puerta con las dos vueltas de la llave y subieron la escalera.

Garrovi no se había movido de su sitio; pero para cerciorarse de que los otros se habían alejado, prestó atención unos momentos.

Cuando no oyó el menor rumor se secó el sudor que le cubría la frente y llamó en voz muy baja.

—¡Narsinga!

Dentro del cajón se oyó un ligero rumor, después se levantó lentamente la tapa, y apareció una niña de piel bronceada y reluciente como si hiciera poco que hubiera sido untada con aceite de coco.

Era una figurita delicada, de ocho á nueve años, de rostro inteligente, aire desenvuelto y astuto, con dos ojos grandes y negrísimo. Un pequeño *sari* de percal encarnado le cubría parte del cuerpecito, y, como todas las indias, llevaba en las muñecas pulseras hechas con unas conchitas blancas llamadas *suk*; en la nariz, un anillo de oro, y en el rostro, tres señales negras en forma de estrellas, una en la barbilla, otra en un lado de la nariz, y la última en el entrecejo.

—¿Se han ido ya, padre?—preguntó con su dulce vocecita.

—Sí, Narsinga mía. ¡Cómo he temido por tu suerte!—respondió el indio acariciándole los cabellos.

—Soy tan pequeñita que no me hubieran encontrado—dijo ella sonriendo y mostrando sus dientecitos blancos como perlas.—Además, ¿qué me hubieran hecho? Los hombres blancos no son crueles.

—Es verdad, Narsinga; pero ¿quién me hubiera ayudado á huir y á vengarme de la pérdida de tantas riquezas acumuladas con tantas fatigas?

—¿Qué te importan las riquezas?

—¿Que qué me importan? Á mí nada; pero ¿y á ti? Cuando te prohibí no tenía más que una idea, Narsinga: verte rica. ¿No dejé por ti mi casta? ¿No me embarqué con la esperanza de ganar para ti una fortuna? Yo no había conocido nunca los gozes domésticos ni las alegrías

paternas, y, sin embargo, desde que te adopté por hija me parece que soy otro hombre. Me da vergüenza de haber formado parte de esa infame casta de los saniassos, y no tengo más que un deseo: hacerte feliz como la hija de uno de esos extranjeros que vienen de ultramar, ó como la de uno de nuestros *bajaes*.

—Eres muy bueno, padre mío, y haré todo lo que tú quieras. Ya sabes que Narsinga es capaz de todo.

—Lo sé, y cuento contigo para la evasión.

—¡Pero si te han prometido la vida y la restitución de tus bienes!

—¿Y lo crees? ¿Piensas que me perdona Alí? Lo que temo es verme en su presencia: estoy persuadido de que me matará.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Habla: eres más astuta que yo.

—Trata de impedir que el extranjero encuentre á Alí.

—¿Cómo?

—Yo buscaré el medio.

—Si fuera libre, ya lo hubiera encontrado.

—¿No lo soy yo?

—Sí; pero en estas profundidades...

—Aprovechando la oscuridad de la noche puedo salir al puente: soy muy ligera, y nadie me verá.

—No conseguirías lo que quiero, y tú... ¡No, no quiero que te expongas, Narsinga!

—¿No tienes confianza?

—Sí; pero no tienes fuerza suficiente, ni toleraría que cometieras un delito!

—¿Más delitos? ¡Basta, padre: basta, si no, va á llegar un día en que te maten.

—¡Tienes razón—murmuró Garrovi con voz tétrica:—no deseo la muerte, ni quiero dejarte sola!

—Entonces, ¿huirás?

—Huiremos.

—¿Cuándo?

—Cuando el *pariah* no esté en disposición de navegar ni de alcanzarnos.

—Ya he cortado el trinquete.

—Falta cortar el palo mayor.

—¿Cuántos días faltan?

—Cinco ó seis.

—Antes de que el *pariah* llegue á las Andamán habré terminado. Esta noche trabajaré al pie del palo mayor.

—Procura no hacer ruido.

—Seré prudente.

—Vete á dormir, Narsinga: necesito reposo.

—¿Cuándo te veré? Me aburro sola, padre mío.

—Después del mediodía: cuando dé tres golpes, vienes; te guardaré la comida.

—¡Adiós, padre!

El indio cogió á la niña, la levantó, y le dio un beso en cada mejilla.

—¡Adiós, hija mía!—murmuró con voz conmovida.

Se agachó y levantó la estera que cubría el suelo; después sacó cuatro clavos, y levantó un tablón del piso, dejando á la vista un hueco obscuro de unos 30 centímetros de ancho por medio metro de largo.

Narsinga se metió en aquel hueco, desapareciendo en las tenebrosas cavidades de la cala.

—¿Estás ya?—preguntó Garrovi.

—Sí—repuso la niña.

—¡Duerme tranquila!

Volvió á colocar el tablón y los clavos, y extendió de nuevo la estera, musitando:

—¡Pobre niña! ¡Qué horrible prisión soporta por mí! ¡Pero dentro de cuatro días seremos libres!

## IX

## EN EL GOLFO DE BENGALA

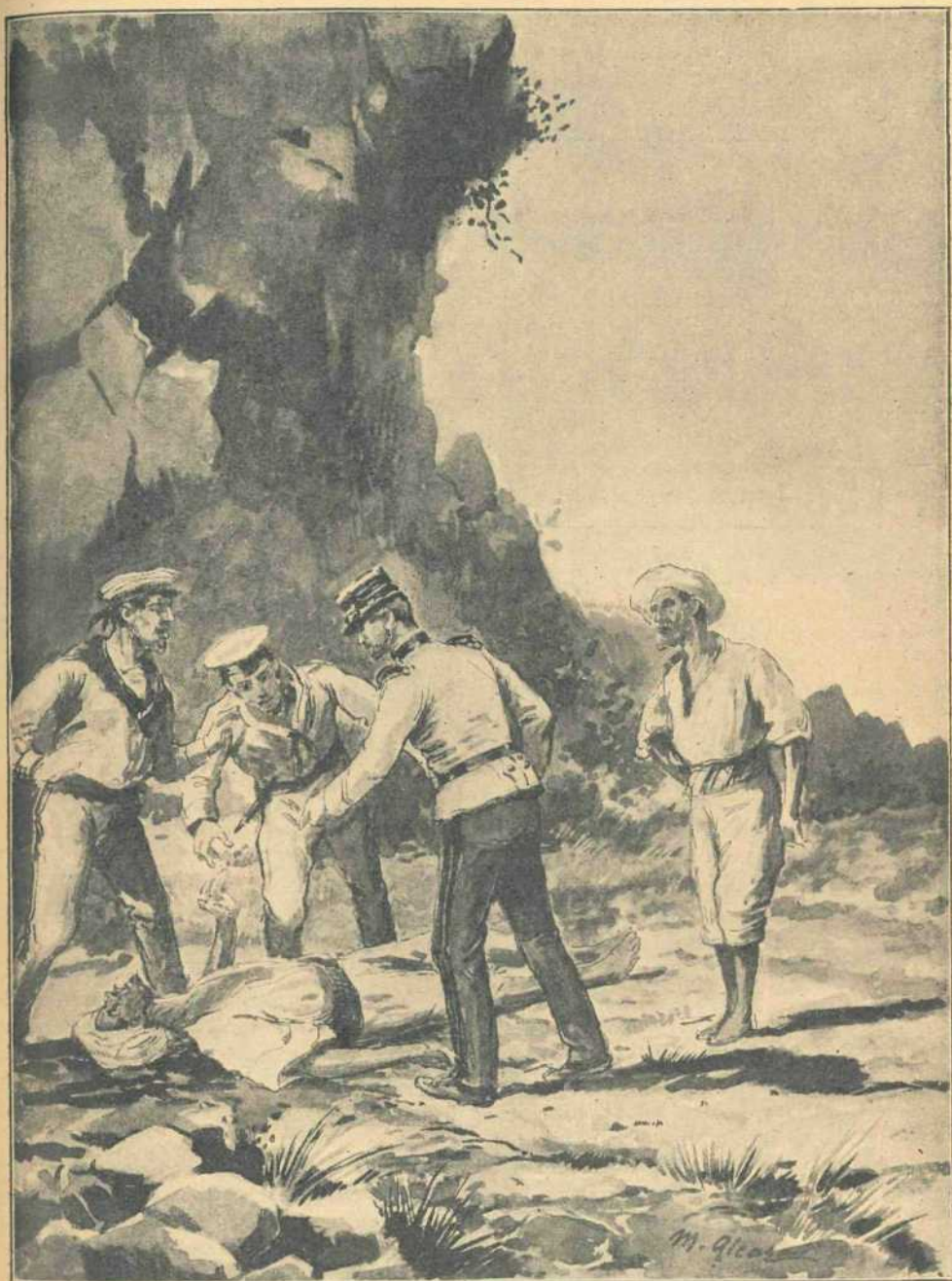
Entretanto el *pariah* seguía su curso con rumbo Sur, empujado por el viento Nornoroeste que iba acercándole al archipiélago de Andamán. El estado del mar despertaba en el lobo de mar algunos temores: las olas, en lugar de calmarse, eran cada vez más impetuosas.

Avanzaban con intervalos de diez á doce minutos, cada vez más altas, con la cresta cubierta de blanca espuma, bramando amenazadoras y levantando bruscamente á la nave, la cual se tambaleaba inclinándose de proa á popa.

Harry escudriñaba con ansiedad el horizonte meridional; pero en aquella dirección no aparecía ninguna nube.

Esto no le tranquilizaba: no ignoraba que las grandes oleadas de los Océanos se producen á veces á miles de millas del lugar donde se desencadena la tempestad; pero, á pesar de ello, no se tranquilizaba, conociendo la violencia y rapidez de los ciclones que se desencadenan en aquellos climas caudisimos.

En cambio, la tripulación parecía tranquila: divididos en grupos á proa y á popa, aquellos hombres charlaban, se contaban sus historias ó



— ¡Está muerto!

mascaban beatíficamente unas hojas parecidas á las de la pimienta ó yedra, mezcladas con un poco de cal ó de nuez, mezcla de sabor amargo y aromático, algo picante, llamada *betel*, muy usada en toda la India, y que, según dicen, fortifica el cerebro, conforta el estómago y preserva los dientes; pero tiñe la saliva de color sanguinolento.

Á mediodía, cuando el *pariah* se hallaba á más de cien millas de la costa de Bengala, el viento, que hasta entonces era fresco, cesó de pronto, y le sucedió una calma absoluta, que inmovilizó el velero.

Del Sur seguían viniendo las olas, y en el horizonte se las veía aparecer con harta frecuencia, como si tuvieran prisa por chocar con el navío.

—¡Hum!— hizo el marinero acercándose á Oliverio y á Eduardo, que se habían hecho servir la comida sobre cubierta.—¡Esta calma es de muy mal agüero! Si no me equivoco, tendremos mar gruesa, acompañada de ráfagas de viento.

—¿Temes algún tifón?

—Puede que sí.

—El *pariah* navega bien.

—No digo que no; pero los tifones en el Océano Indico son tremendos, irresistibles. Ha habido ocasiones en que las olas y el viento han sido tan furiosos, que han rechazado el agua del Ganges, y barrido todas las naves que se hallaban en su curso desde Saigon hasta Calcuta. No recuerdo cuándo fué; pero sé que una vez fueron rechazadas las aguas del río con tanto empuje, que arrasaron barrios enteros de la ciudad negra, y anegaron los palacios de la ciudad blanca.

—La borrasca viene del Sur—dijo Eduardo.—Mirad esa bandada de aves marinas que huyen hacia el Norte.

—¡Mala señal!—repuso el viejo marinero.—Cuando las aves huyen, es indicio de que allá abajo, en el Océano, reina un vendaval capaz de ponernos en peligro.

—¿No podemos refugiarnos en ningún puesto?

—En ninguno: las costas orientales de la India son inhospitalarias... ¡Más bandadas de pájaros! ¡Mala señal, mala señal, señor Oliverio!

—¡Y pasan sobre nuestras cabezas!—dijo Eduardo.—¡Mirad qué pajarracos!

—Carne fresca que podría servirnos—añadió Oliverio.

—Es tan desagradable como la carne de un mulo viejo.

—Pero nuestros marineros la comerían con deleite.

—¿Nuestros indios? Se equivoca usted, señor Oliverio.

—No les gusta la carne de ave?

—¡Ya se ve que no conoce usted aun á los indios! ¿Comer carne? ¡Fu! Especialmente nuestros marineros, que son casi todos banianos.

—¿Qué? ¿Los banianos no comen ningún animal volátil?

—Ni pescado tampoco.

—¿Te burlas, Harry?

—Hablo en serio. Los banianos odian toda efusión de sangre, y como para comer un animal es necesario matarlo antes, se nutren sólo de vegetales.

—¿Y respetan también los insectos nocivos?

—Con el mayor cuidado. Figúrese que por temor á tragarse los mosquitos llevan sobre la boca un pedazo de tela muy sutil.

—¡Esa ya es gorda, Harry!

—Pues es verdad. Su ternura per los insectos llega hasta el extremo de limpiar el terreno donde van á sentarse con una escobilla delicadísima, por temor á aplastar alguno. Los más escrupulosos ardan siempre con la vista fija en el suelo para no pisar las hormigas, y llevan un saquito con harina y azúcar ó un vaso con miel; y cuando ven un insecto, se apresuran á darles de comer.

—¿También respetan las aves?

—Sí; y más de una vez me he aprovechado de su superstición para ganarme unas rupias.

—¿Cómo?

—Haciendo como que iba á disparar contra las aves que anidan cerca de las cabañas de los banianos: en cuanto me veían con la escopeta en la mano, los habitantes salían corriendo para ofrecerme dinero con tal que no disparara.

—¡Granuja!—dijo Oliverio riendo.—¿Por qué no matan los banianos ningún animal?

—Porque creen firmemente que en los animales habitan las almas de los hombres, y usted comprenderá que á nadie le gusta que maten un ave ó un insecto donde puede albergarse el alma de un hermano, de un padre, de una madre...

—Sí; he oído decir que los indios creen en la metempsicosis. ¿Y son sólo los banianos los que no se alimentan de carne de animal?

—Los creyentes de Brahma y Visnú respetan también todos los seres vivientes; y, según tengo entendido, son muchos los que atienden al sostenimiento de los animales enfermos del hospital de Surate.

—¿De qué hospital?

—De uno erigido en Surate y que se destina á los cuadrúpedos enfermos ó viejos. Le aseguro á usted que es hermosísimo: está rodeado de unas tapias muy altas, y ocupa un gran espacio en medio de una anchurosa llanura.

—¿Y qué animales se acogen allí dentro?

—Toros, caballos, perros, aves, que se hallan en jaulas, y, por último, insectos.

—¿Insectos también?

—Sí, señor Oliverio; y para alimentarlos pagan á un pobre hombre, el cual tiene que dormir en una cama llena de insectos, y le atan al lecho para que no huya antes del amanecer.

—¡Oh! ¡Qué locos! ¿Quién provee de víveres á los asilados?

—Los banianos, los brahmanes y los creyentes de Visnú de Surate pagan una cuota, la cual da una renta anual de cinco á seis mil rupias. Con este dinero compran forrajes, leche, miel, grano, etc. Imagínese usted ahora si esos hombres hubieran comido carne de animal...

—Una nube aparece por el Sur.

—¡Mala señal!

—No hace viento.

—Aquí, pero en el Sur temo que haga demasiado. Antes de que el mar empeore debemos tomar las medidas necesarias para asegurar y reforzar las maromas: levantemos la *pinaza*, porque si no, se la llevarán las olas. ¡Ohé! ¡Todo el mundo sobre cubierta!

Hacia el Sur apareció una nube oscura que subía ensanchándose lentamente, como si quisiera invadir toda la bóveda celeste, y cambió de forma con gran rapidez; señal evidente de que la empujaba un viento furioso.

Las olas, que poco antes llegaban con pesadez y por intervalos regulares, comenzaron á crecerse. No cabía duda: el huracán reinante en el Sur avanzaba hacia las costas de Bengala.

La tripulación, se puso á trabajar alegremente con su calma habitual, bajo la dirección del viejo marinero. Después de levantar la *pinaza* que hasta entonces había permanecido en el agua, principiaron á reforzar las maromas de los dos palos y se entregaron á las maniobras corrientes.

Á las siete de la tarde las nubes habían inva-

dido gran parte del cielo, y ocultado el Sol, próximo á su ocaso. De pronto la calma fué bruscamente interrumpida por algunas ráfagas que no soplaban del Noroeste.

De cuándo en cuándo se oía el estampido de los truenos.

Á las ocho era tan profunda la obscuridad, que la gente de popa no veía á la que se hallaba en la proa, y el mar rugía con rabia creciente.

Harry se puso al timón, y Oliverio y Eduardo se colocaron á su lado: aunque estos últimos no estaban acostumbrados á las furias del mar, conservaban toda su sangre fría y contemplaban impertérritos el asalto de las olas.

—¿No tiene miedo?—preguntó Oliverio á Eduardo.

—No—respondió éste.—Soy hermano de un marinero.

El viento crecía, sacudiendo violentamente el aparejo y silbando entre las velas y las cuerdas. El *pariah* huía hacia el Sudeste con una velocidad de ocho ó nueve nudos por hora: marchaba con desesperación; pero hacia frente á la tempestad, y cortaba las olas con su aguda proa.

Serían las diez cuando una ráfaga más impetuosa que las otras vino á dar contra la nave, sacudiéndola de tal modo, que casi sumergió toda la proa en el seno de las espumosas olas. Al mismo tiempo se oyó un golpe seco pero tan fuerte, que hizo temer que hubiera cedido alguno de los postes de la embarcación.

—¡Mil rayos!—gritó Harry palideciendo.—¿Qué ha ocurrido?

Oliverio y Eduardo acudieron á proa, creyendo que había sucedido allí alguna avería; pero una voz gritó:

—¡Cuidado con el palo mayor!

—¡El palo!—rugió Harry, entregando la barra á un timonel.—¡Pronto! ¡Recoged las velas!

Después subió al puente, donde ya estaban los jóvenes y otros marineros. Observó el palo; pero la obscuridad le impedía distinguir su extremo. Sacudió furiosamente el mástil; pero no cedió.

—El palo resiste—dijo.

—No podrá—añadió un marinero.—Mientras estaba apoyado á su pie le oí vacilar: de la escotilla subía un ruido sospechoso.

—¡Una linterna!—gritó Harry.

—¿Hay peligro?—preguntó Oliverio.

—¡Ahora lo veremos! ¡Siganme!

## X

## LA PRIMERA SOSPECHA

Si el marinero indio no se había equivocado, el caso era grave y podía tener fatales consecuencias: la caída de aquel palo podía ocasionar la del trinquete, y causar ambos averías irreparables en la nave.

¿Y cómo hubiera podido resistir el *pariah* la furia de las olas, sin una vela que pudiese darle estabilidad? Hubiera sido arrojado fuera de su derrotero, arrastrado quién sabe adónde, empujado lejos, y embarrancado en las *Cabezas de arena* ó en las escolleras de las islas que se estienden delante del Sunderbunds de Bengala.

Mientras los marineros se reanimaban gracias al valor de Eduardo, que en aquel momento supremo desplegó una energía increíble para su edad, Harry y Oliverio bajaron á la estiba. En pocos momentos llegaron al pie del palo mayor, alumbrándose con la linterna para no tropezar. Iban á agacharse cuando les pareció que una sombra se ocultaba rápidamente detrás de unas enormes cajas.

—¿Ha visto usted, señor Oliverio?

—Sí; una sombra ha pasado delante de la luz de la linterna.

—¿Un duende?—murmuró el marinero, que era algo supersticioso.

—¡Bah! Habrá sido nuestra sombra.

—Tal vez; pero...

Un crujido agudo que procedía del palo cortó su conversación.

—¡Mil rayos!—dijo el marinero.

Bajó la linterna y se inclinó hacia la carlinga del palo: un grito de rabia se escapó de sus labios, mientras la frente se le cubría de sudor.

—¡Mire!—dijo con voz ronca.

El teniente se agachó: á dos pies de su base el palo mostraba las señales de su corte profundo; pero tan regular, que sólo podía haber sido hecho con una pequeña sierra. El corte llegaba hasta la mitad, y á cada golpe del viento el tajo se abría, amenazando romperse del todo.

—¿Traición?—preguntó Oliverio, que á su vez había palidecido. ¿Traición, ó una avería causada por la fuerza del vendaval?

—Avería: no; traición. El mástil ha sido aserrado para que cayera sobre el puente á la primera borrasca. ¡Mire el serrín esparcido por el suelo!

—¿Quién lo habrá cortado?

—Alguien que tenga interés en que no encontremos á Al-Middel.

—¿Algún marinero?

—Un cómplice de Garrovi.

—¿Sospechas de alguien?

—No, señor.

—¿Estás seguro de que el corte es reciente?

—Antes de salir de Calcuta recorrí todo el *pariah*, y el corte no estaba.

—Entonces lo han hecho durante el viaje.

—Sí.

—¿Hemos perdido el palo?

—Todavía no; pero si hubiéramos tardado un poco más... Vamos á ver el trinquete. Por ahora no hay peligro, porque he hecho recoger las velas.

Atravesaron la estiba, y apartándose del palo mayor, se acercaron al trinquete. Una horrible imprecación salió de la garganta del marinero: aquel árbol había sido cortado también, aunque no tanto como el otro; alrededor de su base se veían las aserraduras, blancas aún, lo cual demostraba que el corte era reciente, como el otro.

—¡Infames!—dijo Harry.—¡Querían desarbolar el *pariah* para que nos fuésemos á pique!

—¿Quién? ¡Si descubro al culpable, le hago colgar inmediatamente! Pero ¿qué es aquello que brilla junto á esa caja? ¡Baja la linterna!

Oliverio se inclinó, y al recoger el objeto, vió que era una sierrecilla.

—¡Con esto ha aserrado el traidor los palos!

El marinero se la quitó y lo examinó detenidamente.

—Es una sierra india; en Europa no se usan de esta forma.

—¿Hay carpintero á bordo?

—Sí; de toda mi confianza.

—¿No hay un cajón con objetos de carpintería?

—Sí; pero está en mi cuarto.

—¿Te habrán robado esta sierra?

—No es posible, porque mi camarote está siempre cerrado, y llevé la llave en el bolsillo: hay que arreglar estos palos para hacer frente al huracán. Ya descubriremos á los culpables. ¡Sígame, señor Oliverio!

Dejaron la estiba y reaparecieron sobre cubierta.

El estado del mar era el mismo: las olas seguían asaltando el *pariah*; la tripulación había recogido rápidamente las velas del palo mayor.

Eduardo, que, aunque joven, había aprendido

con su hermano todas las maniobras, había asumido el mando, y con voz tranquila daba órdenes oportunas.

—¡Dos manos de estáys para las velas del trinquete!—gritó Harry en cuanto salió á cubierta —¡Cuatro hombres de buena voluntad conmigo!

Después, volviéndose hacia Eduardo y el teniente, dijo:

—Haced que el *pariah* se coloque en la dirección del viento: antes de media hora podremos desplegar las velas hasta en el palo maestro.

Seguido de cuatro indios fué al camarote, cogió la caja de carpintería, y regresó á la estiba.

—¡El palo cortado!—exclamaron los indios.

—¡Silencio! ¡Ahora hay que trabajar sin perder un minuto!

Hizo llevar dos traviesas de madera y cuerda, y puso manos á la obra ayudado por los cuatro indios.

Había que reforzar el palo, y colocó las dos traviesas verticalmente, de modo que con el extremo inferior descansara en el suelo y con el superior tocasen en el techo: después las unió al palo mediante una fuerte ligadura.

Terminado esto, con una gruesa lámina de cobre hizo una soldadura en torno del corte, cavándola sólidamente; luego volvió á atar el mástil de manera que las dos traviesas y el palo constituyeran un todo muy resistente.

—Creo que podrá resistir el viento: afortunadamente, hemos acudido á tiempo—dijo Harry.

Condujo á sus hombres á proa, y repitió con el otro palo la operación.

Después se cruzó de brazos, y mirando con ira á los marineros exclamó:

—Y ahora decidme quién ha sido el miserable. Hay un traidor, y necesitamos conocerle.

—No es posible que ninguno de nosotros haya hecho esto—repuso el timonel.

—¡Ninguno lo hubiera hecho!—repitieron los otros.

—Conocéis á vuestros compañeros?

—Sí.

—¿Y no los creéis capaces?

—No, patrón: todos son hombres honrados y afectos al presidente de la *Young-India*.

—¿Sospecháis de alguien?

—No.

—¿Qué interés iban á tener nuestros compañeros en hacer que el barco se fuera á pique? Si Garrovi fuera libre...

—¡Garrovi!—exclamó Harry.—Siempre he desconfiado de él; pero si no tiene un cómplice, no hubiera podido cortar el palo.

—Aquí no puede haber cómplices: nadie le conocía antes de embarcar.

—¡Pero si está siempre en su cuarto, y tengo yo la llave!

Los indios no respondieron, pero miraron en torno suyo con cierta superstición.

—Salgamos—dijo Harry, que notó su miedo:—ya lo sabremos más tarde.

Cuando subieron al puente el *pariah*, privado de velamen, estaba á merced de las olas; el agua barría la cubierta con tal ímpetu, que aterraba á los indios amenazándolos con arrojarlos al mar.

—¡Arriba las velas! ¡Dos manos de estáys para el mayor y el trinquete!—dijo Harry, que pronto se dió cuenta de la gravedad de la situación, y que empuñó de nuevo el timón.

Los marineros obedecieron en silencio desplegando todas las velas: y el *pariah*, recuperando lo perdido, entró en su curso hacia el Noroeste con una velocidad de cinco nudos por hora.

—¿Resistirán los mástiles?

—Así lo espero.

—¿No has descubierto...?

—No; pero conviene hacer una visita á Garrovi.

—El es el único interesado en que naufraguemos.

—¿Por qué?

—Temerá encontrarse con su víctima.

—¿Estamos aún muy lejos?

—Á trescientas millas: si seguimos así, antes de treinta ó treinta y cinco horas veremos las islas de Andamán.

—¿Y este huracán?

—No creo que empeore.

—Pero ¿y si aumenta?

—Procuraremos refugiarnos entre la Pequeña y la Grande Andamán, entre los islotes que allí existen. Mientras vaya yo en el timón, no corremos ningún peligro.

—No me da miedo el mar.

—Ni á Eduardo tampoco, á lo que parece. Mire qué tranquilo está, y cómo dirige las maniobras á proa.

—¡Es un valiente!

—¡Y se ve que lo entiende! ¡Mil rayos!

—¿Qué pasa?

—Me parece que el viento cambia en Levante, y que no navegaremos como ahora.



—Ya estamos acostumbrados á todo, Harry.

—Sí; pero temo por los palos. Si aumentan las sacudidas, no sé si resistirá el maestro. ¡En fin, confiemos en Dios y en el poder de nuestro barco!

## XI

## GARROVI Y NARSINGA

Durante toda la noche el *pariah* luchó victoriosamente contra el asalto, cada vez más impetuoso de las olas, que le embestían por todas partes inundándole de proa á popa y contra la furia del viento, que tan pronto soplabá del Nordeste como del Noroeste como si fuera un verdadero tifón.

Nadie se atrevió á abandonar la cubierta, pues para todos había trabajo. Una vela se rompió dos veces: con tanta furia soplabá el huracán; pero, afortunadamente, había velas de recambio, y pronto fué sustituida.

La nave era juguete de las olas, una cáscara de nuez que marchaba á merced de las aguas.

Hacia el alba, en el momento en que las nubes de Oriente comenzaron á teñirse con los primeros reflejos de la aurora y las olas principiaban á perder su tinte oscuro, el viento cesó casi súbitamente, concediendo una tregua al pobre barco.

Sin embargo, aquella calma no podía durar mucho, porque masas enormes de vapores se acumulaban en las profundidades del cielo.

Harry, que hacía dos noches que no dormía, Oliverio, Eduardo y parte de la tripulación se aprovecharon de aquella tregua para descansar un poco; pero antes el marinero quiso enterarse del estado de ambos mástiles, especialmente del mayor, y quedó satisfecho del examen.

Las ligaduras no habían cedido ni las traviesas se habían roto, á pesar de las violentísimas sacudidas del viento.

—Resistirán, sin duda—dijo á Oliverio, que había bajado con él;—pero tendremos que mudar el palo mayor cuando lleguemos.

—¿No has sabido nada del traidor?

—No; pero, ya que la calma nos deja, antes de dormir vayamos á ver á Garrovi.

—Iba á proponértelo, entretanto que Eduardo y algunos hombres recorren la estiba para evitar cualquier sorpresa.

¡Bien dicho! ¡Venga usted!

Prevenido Eduardo de lo que debía hacer, descendieron á los camarotes para vigilar á

Garrovi. La puerta no estaba atrancada como la otra vez, y pudieron entrar fácilmente.

El indio estaba sentado en la silla, con la cabeza entre las manos y como absorto en profundas meditaciones: al ver entrar á Oliverio y á Harry se levantó mirándolos con cierta inquietud.

—¿Qué queréis?—dijo—¿Hemos llegado ya?

—Todavía no—dijo Harry.—Hemos venido para pedirte explicaciones.

—¿Á mí? ¿De qué?—respondió Garrovi con asombro y con voz temblorosa.

—Habla claro de una vez, ó juro que no volveré á Bengala, ni mucho menos á tu elegante *bengalou*—gritó el marinero.—¿Quiénes son tus cómplices?

—¡Mis cómplices! ¿Qué quieres decir?

—¡Lo hemos descubierto todo!

En el rostro del indio se reflejó una viva angustia, pero su alteración duró lo que un relámpago.

—No te comprendo—añadió luego.

—Pues bien; sabe que tus cómplices han intentado cortar los palos del *pariah*.

—¡Imposible! Te equivocas; no tengo cómplice alguno entre tus marineros.

—Debes de tenerlos; sólo tú puedes estar interesado en que naufraguemos.

—¿Con qué objeto?

—¡Qué se yo! Acaso temas encontrarte con Alí.

—Me habéis prometido respetar mi vida y restituirme mis riquezas si os ayudaba á salvar al capitán. ¿Por qué he de temer ese encuentro? No; no tengo cómplices, te han engañado.

—Entonces, has hallado modo de salir del camarote y has obrado por tu cuenta—interrumpió Oliverio.

—¡Yo!—exclamó el indio sonriendo—¿Cómo? ¿No tenéis vosotros la llave? No estoy muy grueso, es verdad; pero no soy tan delgado que quepa por esa ventanilla.

—Registraremos las paredes.

—Y tu cajón—añadió Harry.—Tal vez hallemos otra sierra de procedencia india.

Al oír estas palabras Garrovi se echó á temblar.

—¿Qué sierra?—dijo con voz alterada.

Oliverio y Harry se dieron cuenta de aquella alteración de la voz.

—¡Tú has hecho traición!—exclamó el oficial.

Garrovi, haciendo un supremo esfuerzo, soltó una carcajada.

— Revuelve el cajón, si quieres.

— Eso haremos—repuso el marinero; y cogiendo en alto el cajón lo volcó en el suelo, haciendo caer *dugbahs*, *dootés*, trozos de algodón, llamado *romal*, que los indios se ponen en torno de las piernas, algunos turbantes, babuchas y varias cajitas de *batd*. Con un pie dispersó aquellos objetos, y con gran asombro vió aparecer un *sari* de mujer.

— ¡Un vestido de mujer!

— Mejor dicho, de niña—rectificó Oliverio.

— ¡Y collares de *ruk!*— ¡Hombre, tendría gusto en saber cómo tienes estas prendas aquí!

— ¡Qué se yo!—dijo Garrovi. — Puede que las hayan puesto mis criados.

— ¿No hay ningún instrumento?

— No, señor.

— Reconoce las paredes.

— Las maderas están fuertes: no sé por dónde ha podido salir este hombre.

— Entonces, hay un cómplice. ¡Hay que vigilar atentamente!

— Uno de nosotros permanecerá siempre en la cubierta, y bajará de vez en cuando á la estiba. Vamos á descansar; pero yo me colocaré entre los dos palos, y dormiré sólo con un ojo.

Después que los otros salieron, Garrovi permaneció algún tiempo inmóvil, con la frente entre las manos y los ojos fijos en el suelo, como si estuviera absorto en profundas meditaciones.

— ¡Hay que interrogar á Narsinga!—dijo de pronto.

Se acercó á la puerta para cerciorarse de que nadie le espiaba, y luego corrió la estera, levantó el tablón y llamó. Un instante después la carita inteligente de la niña se destacó en el fondo de la negra concavidad.

— ¡Ven!

Narsinga levantó los brazos y el indio la sacó fuera, apretándola después contra su pecho.

— ¡Cuántas asíis paso por ti!—dijo sentándola sobre sus rodillas y acariciándole el rostro. — ¡Qué miedo he pasado hace un rato!

— ¿Lo sabes todo?

— Sí, que se han enterado de que los palos estaban cortados.

— Es verdad, y por poco me sorprenden.

— ¿Te han visto?

— No, porque me escondí á tiempo: estaba serrando el palo de proa, cuando el viejo llegó en compañía del teniente. Apenas tuve tiempo de esconderme tras unos cajones; pero me he dejado la sierra allí.

— Y la han encontrado—dijo Garrovi con voz ronca.

— Entonces, no podré seguir trabajando.

— No; pero aún te queda la barrena, y con ella harás un agujero en la proa. ¡Es necesario que el *pariah* se vaya á pique; si no, Ali me matará, y yo no quiero morir ahora que te tengo aquí!

— Pero ahora vigilarán la estiba.

— Tú eres ágil como una serpiente, y podrás pasar inadvertida. ¿Quién te descubrirá en la sentina? Pero hay que darse prisa, porque las islas de Andamán están cerca.

— ¿Cómo nos salvaremos nosotros?

— No nos faltará un madero, y cuando la tripulación se haya embarcado en la *pinaza*, no salvaremos nosotros. Ya sabes que nado bien, y el cajón bastará para llevarte á tierra.

— ¿Á qué tierra, padre?

— Á las Andamán.

— Entonces, ¿encontrarás á Ali.

— Debe de estar al Sur de la Pequeña Andamán, y nosotros haremos naufragar el *pariah* al Norte de la misma isla.

— ¿Y los marineros?

— Ya procuraremos esquivarlos. Es fácil esconderse en aquellos bosques.

— ¿Empiezo, pues?

— Sí; antes de veinticuatro horas conviene que el *pariah* haga agua.

— El mar esta revuelto: ¿no oyes como ruge?

— Las olas no me dan miedo. ¿Es grande la barrena?

— Sí.

— Pero no será bastante para hacer un agujero grande.

— ¿Qué he de hacer?

— ¿Has traído el cartucho de pólvora?

— Sí.

— ¿Está bien envuelto?

— Sí, muy bien.

— ¿Tienes la cuerda impregnada de alquitrán?

— También.

— ¡Bueno! ¡Cuando hayas tú abierto un agujero con la barrena, metes en él el cartucho, y cuando oigas que la tripulación saluda á las islas de Andamán, prendes fuego á la cuerda: la explosión abrirá un boquete tal, que el agua entrará á torrentes. ¿Me comprendes?

— Sí, padre.

La niña abrazó á Garrovi y desapareció por el agujero. El ex-saniasso borró toda señal de la extraña visita y murmuró:

— ¡Buscan á un cómplice, pero no le encontrarán! ¡Narsinga es demasiado astuta para dejarse sorprender, y conseguirá echar á pique este condenado *pariah*!

« ¡No; no me hallaré frente á Alí! ¡Ese hombre no me perdonará la traición, y yo deseo vivir para mi Narsinga!

En aquel mismo instante un trueno formidable sonó fuera, y un relámpago brilló por la ventana del camarote.

Una voz, la de Eduardo, gritaba arriba:

— ¡Todos sobre cubierta! ¡Oliverio! ¡Harry!

— ¡El huracán! — exclamó el indio. — Mejor; así no vigilarán la estiba y Narsinga podrá trabajar libremente! ¡Antes de doce horas la nave descenderá á los abismos en el golfo de Bengala!

## XII

### LA NAVE ARDIENDO

No se había equivocado Garrovi.

El huracán que los había amenazado durante dos días se desencadenaba con indecible violencia, conmoviendo el golfo desde las costas de Oriessa y Coromandel hasta las de Amacán y Pegú, desde las de Ceilan y Nicolar hasta las de Bengala.

El nublado era tan grande que, á pesar de ser mediodía, casi no se veía á causa de la oscuridad.

De vez en cuando, relámpagos con reflejos sanguíneos desgarraban las tinieblas. Una línea de fuego quedaba tras ellos.

El *pariah*, con el velamen reducido, volaba hacia el Sur empujado por las ráfagas del viento, y cayendo en profundidades donde parecía que iba á ser tragado.

Los palos crujían bajo el peso de las velas, y se temía que de un momento á otro cedieran; los flancos de la nave, golpeados tenazmente por los elementos, gemían como dolidos de aquel ataque brutal cada vez más impetuoso.

Dentro todo bailaba; las cajas y los botes, violentamente sacudidos, corrían de acá para allá, de babor á estribor, de proa á popa, chocando y rompiéndose.

Harry, Oliverio, Eduardo y todos los marinos se hallaban sobre cubierta dispuestos á hacer frente al huracán; se mantenían bien agarrados á las bordas para resistir el asalto de las olas que de vez en vez penetraban dentro de la embarcación.

El viejo marino dirigía desde la barra las maniobras. Su voz resonaba como un trueno sobreponiéndose al rugido del mar.

Á cada minuto que pasaba empeoraba la situación: montañas de agua que no llegaban del Noroeste, sino del Suroeste, chocaban con el *pariach*, deshaciéndose estrepitosamente y rehaciéndose más amenazadoras que antes.

En lo alto las nubes giraban como si quisieran formar una tromba: parecía que en aquellas alturas el viento había adquirido una rapidez espantosa.

Cosa rara: la inmensa tromba, en lugar de tener la punta del cono hacia el mar, la tenía hacia el cielo, y en el extremo de aquella especie de embudo se veía á intervalos aparecer el Sol, pálido, nebuloso.

La tripulación aterrada, miraba aquel raro espectáculo que se desarrollaba en los espacios, y que parecía amenazar con tragarse la nave y las aguas del Océano.

De pronto el cono se rompió, ocultóse el Sol, volvió la obscuridad de antes, y cayó sobre el golfo un furioso chaparrón, un verdadero diluvio, mientras rayos y truenos se sucedían con creciente intensidad.

El agua que inundaba el *pariah* era tibia como si procediese de gigantesca caldera. Á veces era tan espesa la lluvia, que Harry no veía á los que estaban á proa.

El aguacero duró tres horas sin interrupción, cesó bruscamente, y las nubes volvieron á formar aquel cono extraño, con el vértice hacia el cielo. El Sol aparecía de cuando en cuando, rojo como un disco de metal incandescente; luego volvió á reinar la obscuridad en el golfo de Bengala.

A las seis la obscuridad se vió turbada por un incesante relampagueo que al más corajudo aterraba. El inmenso cono parecía arder como si tuviese acumulada toda la electricidad recogida en las nubes.

Truenos formidables, secos ó prolongados repercutían en las nubes, mientras el mar, como atraído por una fuerza misteriosa, se levantaba rugiendo, aspirado por la tromba.

Harry, Oliverio y Eduardo, presa de viva ansiedad, contemplaban aquel curioso fenómeno, que hasta entonces no habían visto nunca: la tripulación, sobrecogida de supersticioso espanto, invocaba con voz miedosa á sus divinidades protectoras: *Brahma, Siva y Visnú*.

— ¿Qué va á pasar? — preguntó el teniente.

—¡No lo sé!—repuso el marinero, cuya voz había perdido su acostumbrada firmeza.

—¿Habías visto alguna vez este fenómeno?

—No; pero esto debe de ser algo así como una tromba marina invertida.

—¿Con el vértice hacia el cielo en lugar de tenerlo hacia el mar?

—Sí.

—Pero el mar se levanta como atraído. ¡Mira las olas cómo se agigantan!

—¡Ya lo veo!

—¿Ha llegado nuestra última hora?

—Vamos con el viento, y espero sacar al *pariah* del radio de acción de esta tromba... ¡Mil rayos!

—¿Qué te pasa?

—¡Mire la punta del trinquete! ¡Parece una granada incandescente!

Oliverio levantó la vista, y vió un globito de fuego de las dimensiones de una naranja girar sobre el palo trinquete, proyectando en torno suyo una luz azulada.

—¡Un rayo globuloso!

—¡No sé!—dijo Harry.

—Son raros; pero á veces se ven.

—¿Estallará?

—Seguramente.

—¿Y el palo? Si lo...

No pudo acabar: el globo de fuego, después de girar en torno al palo, corría de un lugar para otro; luego estalló con gran ruido, dividiéndose en varios fragmentos. La verga de una de las velas se rompió á causa del golpe y cayó sobre el puente, mientras la tela y las cuerdas se prendían fuego.

Un grito de espanto salió de todas las gargantas, y en los labios del viejo lobo de mar se oyó una imprecación.

Las llamas, animadas por el viento, se habían comunicado á otra vela, y las chispas saltaban furiosamente hacia las del palo mayor.

—¡Arriba!—gritó Harry.—¡Recoged velas!

Varios hombres se lanzaron á las cuerdas con los cuchillos entre los dientes; pero el *pariah* experimentaba tales sacudidas, que la operación resultaba muy expuesta.

—¡Mil rayos!—rugió el marinero.—¡Arriba los gavieros, ó arde la nave en un minuto!

Eduardo y Oliverio, sin mirar á lo que se exponían, se dirigieron á proa, pero un golpe de mar los hizo caer al suelo.

Cuando se levantaron, las velas del palo mayor ardían también: las llamas amenazaban de-

vorarlo todo, velas, cuerdas, jarcias, y hacía caer sobre la nave una lluvia de chispas.

Era un espectáculo terrible ver aquella pobre nave en poder de la tempestad, entre aquellas olas rugientes que la asaltaban por todas partes, con la arboladura ardiendo, é iluminando con el resplandor de las llamas aquella noche de horror.

Los indios, espantados, se habían refugiado en el castillo y permanecían sordos á las órdenes del marinero. Hasta Oliverio y Eduardo comenzaron á dudar contemplando tanto destrozo.

Harry había perdido su sangre fría; pero de pronto saltó la barra, y acercándose al castillo del barco exclamó:

—¡Seguidme, ó estamos perdidos!

Casi al mismo instante un indio gritó:

—¡Tierra...!

—¿Dónde?

—¡Á Poniente!

—¿Estás seguro?

—¡La he visto á la luz de un relámpago!

—¡Proa á Poniente! ¡Seguidme, amigos: la Pequeña Andamán está á la vista!

Se dirigió al palo mayor, y comenzó á darle golpes con un hacha saltando de un lado para otro, con objeto de evitar que le cayeran encima los tizones encendidos que caían de arriba.

Oliverio, Eduardo y algunos valientes más le imitaron, y armados de hachas principiaron á ayudarle, mientras otros cortaban el trinquete, cuyo tronco ardía como un candelabro.

Todos habían comprendido que si el fuego no se extinguía el *pariah* estaba perdido, y trabajaban con entusiasmo golpeando furiosamente en medio del tumulto de las olas.

Entretanto la nave, aunque sin velas, corría á lo largo de una costa que había aparecido á estribor. El *pariah* marchaba desordenadamente: ora se inclinaba de un lado, ora del otro.

De pronto el palo mayor, cortado por su base y libre de cuerdas y maromas, que habían sido devoradas por las llamas, se derrumbó con gran estrépito, cayendo algunos trozos de madera ardiendo por el agujero que había quedado abierto.

Harry apenas había tenido tiempo de gritar.

—¡Atrás todos!

Los que estaban cortando el trinquete cuando los trozos de madera cayeron abajo, en la estiba, oyeron un chillido agudo procedente del interior de la nave; pero no era un chillido varonil: parecía una voz de niño.

—¿Qué habrá pasado en la estiba?

—¡Eduardo! —dijo Oliverio palideciendo.

—Estoy aquí.

—¿Quién ha caído? —repitió Harry.

—Nadie.

Los tres amigos bajaron á la estiba, y en el último tramo de la escalera vieron tendida una niña, con la frente llena de sangre é inmóvil, como muerta.

—¿De dónde sale esta chiquilla?

—¿Quién podrá ser?—dijo Oliverio.—¡Agua, Harry! Está herida, acaso mortalmente.

—Pero, señor...

—¡Calla! ¡Después aclararemos este misterio!

Luego, mientras Eduardo apagaba el tizón para evitar un nuevo incendio, Oliverio, con la niña en brazos, salió á cubierta.

Casi al mismo instante Garrovi aparecía en el cuadro de popa. El indio estaba desfigurado; una angustia indecible alteraba su rostro; sus ojos echaban llamas.

Un grito horrible se le escapó del pecho al ver á Oliverio que sostenía entre sus brazos á

Narsinga con la frente inundada de sangre.

—¡Garrovi!—exclamó Harry, mientras los indios atemorizados por aquella aparición, huían en todas direcciones.—¡Tú aquí...!

El indio no respondió.

Como un tigre se lanzó sobre el teniente y se apoderó de la pequeñuela rugiendo como una fiera:

—¡Mi hija...! ¡Ah! ¡Malditos seais. !. ¡Me la habéis matado...!

En seguida, antes de que Harry y Oliverio se hubieran dado cuenta de lo que les pasaba, dando un salto formidable subió al castillo del barco, y recogiendo un hacha abandonada gritó desde allí:

—¡Que el mar os trague á todos!

Con un hachazo rompió el timón, que el mar se llevó, y manteniendo en sus brazos á Narsinga, se precipitó en el agua lanzando la última maldición, mientras el *pariah*, empujado por el huracán, se alejaba hacia el Noroeste con su palo ardiendo, que aún lanzaba hacia las tempestuosas nubes las últimas chispas.





## SEGUNDA PARTE

### I

#### LA "DJUMNA,"

Una completa calma reinaba en el golfo de Bengala.

Las olas, movidas por el monzón que había soplado durante toda la noche, pero que se había encalmado al apuntar la aurora, se agitaban pesadamente, sin fuerza, pero con un murmullo monótono y mesurado.

Sólo hacia una costa que se dibujaba al Norte ceñida de escolleras el mar parecía airado, pues en aquella dirección se encrespaban las olas con alguna violencia, coronadas las crestas de amarillenta espuma; de vez en vez se las oía rugir y chocar como si dieran contra unos bajos fondos.

Una nave sin vela y abandonada á sí misma, pues no se veía á nadie en el timón, iba empujada por las aguas, como si fuera arrastrada por alguna corriente marina ó por el flujo que subía hacia el extremo del golfo de Bengala.

Aquella nave, errante, sin dirección, expuesta á encallar en los bajos ó á estrellarse contra los escollos, era una *grab* india, con la proa muy aguda y adornada con esculturas que querían representar á Devendren, Agesini, Nirudi y Vaya; es decir, los devertralís más venerados, los semidioses del Indostán.

Casi toda ella estaba hecha con *tek*, esa madera durísima que resiste cien años, y que puede desafiar las balas de la artillería de pequeño calibre.

Como digo, en sus palos no había ninguna vela, ni sobre su cubierta hombre alguno que guiara la embarcación: solamente un perro negro, de gran talla, de aspecto feroz, con un ancho collar de hierro, y cerca del palo trinquete, un indio tendido en el suelo, con la frente desgarrada, el color demudado, las facciones alteradas y cubiertas de sangre, inmóvil como si hubiera dejado de existir.

El perro daba lúgubres aullidos: se levantaba sobre las patas traseras para mirar hacia la costa, después se acercaba al indio para lamerle la cara, luego corría á popa, y bajaba al cuadro ladrando con mayor tristeza aún.

Cada vez que bajaba á la estiba se oía una voz que gritaba amenazadora:

—¡Abrid! ¡Abrid, ó no dejo uno con vida!

Entretanto la *grab* seguía aproximándose hacia aquella costa que poco á poco iba agigantándose. La embarcación, sin gobierno, sin velas que le diesen estabilidad, andaba á la buena de Dios, presentando á los escollos ora la proa, ora la popa; pero alguna avería debió de experimentar la armadura, porque parecía que poco á poco se sumergía como si su carga aumentara de peso.

Las olas llegaban ya á las bordas, y seguramente penetraba el agua á través de las paredes. El perro, excitado por el peligro, ladraba con más fuerza que antes y se acercaba al herido con insistencia, lamiéndole como si quisiera despertarle; bajaba corriendo la escalera, y después, saltando sobre el castillo de popa, reanudaba los aullidos mirando sin cesar hacia la costa.

De pronto sufrió el barco una sacudida violentísima; la *grab*, que se hallaba á pocos metros de las escolleras, se venció sobre el lado de estribor haciendo rodar al indio contra la pared, mientras el perro, después de dudar breves instantes, se arrojó al agua, sin dejar por eso de ladrar.

—¡Pero abris!—gritaba la voz de antes.

El indio, que no tenía más que la herida de la frente, que debía de haberse desvanecido por la pérdida de sangre, y á quien el encontronazo debió de hacer recobrar el sentido, abrió los ojos y miró en torno suyo.

Con grandes esfuerzos se levantó, y comenzó á darse cuenta de lo que pasaba al ver el puente desierto.

Era un hombre de unos treinta años, de piel casi negra, de gran estatura, con la cabeza cuidadosamente rasurada y barba rala, pero muy oscura.

—¡Vivo!—exclamó.—¡Creía haber muerto y hallarme ya delante de Visnú! ¿Y Garrovi...? ¿Y Hungse...? ¿Y los otros marineros...?

Se llevó las manos á la cabeza, y las retiró bañadas en sangre.

—¡Miserables!—murmuró.—¡Ahora lo recuerdo todo! ¿Cuánto hará que dejaron la *grab*? Hace ya bastante tiempo que debí de desmayarme, pues cuando caí la costa estaba muy distante ¿Y el capitán? ¿Le habrán muerto?

En aquel instante oyó el ladrido del perro, que se perdía en lontananza.

Se asomó á la borda y miró; el perro había pasado ya los escollos y corría hacia la costa.

—¡Pandú también me abandona!—murmuró el infeliz.

Retrocedió vacilando, y entonces se dió cuenta de que la *grab* estaba sumergida hasta las ventanillas de los camarotes de popa.

—Han echado á pique la *Djumna*—murmuró.

Recogió sus fuerzas quiso dar un grito; pero se le enturbió la vista, y cayó al suelo desvanecido nuevamente.

¿Cuánto tiempo permaneció sin sentido? Varias horas debieron de transcurrir, porque cuando volvió en sí el Sol se ponía ya y descendían las tinieblas con la rapidez característica en aquellas cálidas regiones.

Se levantó con grandes fatigas, y aún no había acabado de ponerse en pie cuando le dió otro vértigo; pero dominándose logró cogerse á la borda y contempló el horizonte.

El indio miró sobre cubierta buscando al perro; pero éste no había regresado. Prestó atención para ver si oía los ladridos de *Pandú*: sólo la brisa nocturna dejaba oír sus silbidos á través del aparejo de la *grab*.

—¡Todos me han abandonado!—repitió.—¡Busquemos el agua!

Cogiéndose á las paredes llegó hasta popa, donde había una pipa llena de agua potable, y metiendo en ella el vaso de metal que pendía de una cadena, el indio tomó varios sorbos: después empapó un trozo de lona, y se vendó con él la frente.

Aún no había terminado de atarse la venda, cuando oyó un golpe formidable que hizo oscilar la brújula de la bitácora.

—¿Quién es?—preguntó el indio.

Otro golpe más fuerte que el primero sonó en el interior del barco.

—¿Quién da golpes?

Una voz ronca contestó desde abajo:

—¡Abrid...!

—¡El patrón!—dijo el indio temblando.—Pero ¿no le mataron?

Sin pérdida de tiempo se lanzó á la escalera: Todo estaba inundado: las cajas, las sillas, y hasta la mesa, nadaban, chocando cada vez que el agua, obedeciendo á impulsos exteriores, subía ó bajaba de nivel.

El indio, con agua hasta la cintura, llegó al camarote:

—¿Es usted, patrón?

—¡Sí, yo soy! ¿Y tú quién eres?

—Schapal.

—¡Schapal! ¿No habías huido?

—No.

—¿Tienes un hacha?

—En el castillo estará la que usó Garrovi para herirme en la frente.

—¿Garrovi?—gritó el de dentro con voz feroz.—¿Vive aún?

El indio no respondió: había subido á recoger el hacha.

—¡Aquí estoy!—dijo cuando volvió.

—¿Vive aún Garrovi?—repitió el patrón con rabia creciente.—¡Responde, Schapal!

—Deja que te abra.

—¡Responde!

—Ha huido.

—¿Y Hungse?

—Con él.

—¿Y los demás malabares?

—Todos se han ido.

—¡Maldición! ¿Y mi *grab*?

—Perdida.

—¿Ha encallado?

—Sí.

—¡Lo sospechaba! ¡Abre!

El indio derribó la puerta del camarote después de grandes esfuerzos, pues su debilidad era tan grande, que al pronto ni levantar el hacha pudo.

Un hombre se lanzó fuera, subió la escalera como un rayo, y apareció en la cubierta girando en torno suyo los ojos inyectados de sangre.

Aquel hombre era Ali-Middel, comandante de la *Djumna*.

## II

### ALÍ-MIDDEL

El capitán de la *grab*, así como su hermano Eduardo, era uno de los tipos más hermosos y varoniles salidos del cruce de sangre india con sangre europea, y, como el otro, parecía que, aparte de la estatura, poco ó nada hubiese heredado del padre, pues no tenía ni los ojos azules ni el pelo rubio, distintivos particulares de la raza anglo-sajona.

Tenía Ali casi el doble de años que su hermano, y aún era más alto, más robusto, con anchos hombros, brazos musculosos, pecho desarrollado y cuello grueso. Su piel era de bronce dorado; su rostro, muy hermoso, sombreado por una barba negrísima y rizada; ojos grandes, acaso demasiado negros, nariz recta; labios rojos como cerezas maduras; arrugas precoces surcaban su frente, y bajo las alas de su sombrero de paja aparecían algunos mechones de pelo blanqueados por las canas.

El agua, que desde hacía tantas horas inundaba su camarote, le había empapado las ropas, y el pobre aparecía en un estado lamentable, lleno de cieno por todas partes.

La penetrante mirada de Ali recorrió en un minuto el mar que rodeaba la *grab*, la orilla que se presentó al Norte, los escollos y los bancos de arena.

—¡Huyeron...! ¡Desaparecieron...! ¡Canallas! ¡Huyeron después de robarme la caja de oro, después de haber sublevado á la tripulación, de haber perdido mi nave y de encerrarme en el camarote para que muriese ahogado...!

Luego, viendo al indio que se le acercó apoyándose en las paredes, añadió:

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Te han herido acaso cuando llegó la hora de la repartición?

—No —repuso Schapal:—estoy aquí porque no quise abandonar á mi patrón.

Ali le miró sin responderle; pero poco á poco sus miradas iban dulcificándose.

—¿Por qué no querías abandonarme? ¿Debo creerlo?

—¿No te basta ver mi frente hendida? Si hubiera querido seguirlos, ¿quién me lo hubiera impedido? ¿No se embarcaron los otros malabares con los traidores? Ellos no han sido heridos ni muertos...

—Es verdad. ¿Cuándo huyeron?

—No sé, porque he estado sin sentido muchas horas.

—Hace treinta y seis que estoy encerrado en el camarote. ¿Huyeron en cuanto me robaron la caja del oro?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después del robo?

—Yo... no sé... —dijo el indio titubeando.

—Quiero saberlo todo: si no, me desharé de ti con la misma hacha con que ellos te hirieron.

—¿Me perdonarás...? Me tentó también el maldito oro.

—Habla; después veremos.

—Hungse y Garrovi habían conseguido rebelar contra ti á la tripulación diciéndonos que aquella caja contenía tanto oro y tantos diamantes como se necesitaban para hacer de cada uno de nosotros un *nabab*.

„Habíamos convenido que una vez la caja en nuestro poder, te abandonaríamos sin hacerte daño alguno, pues no teníamos motivo para ello. Una noche Garrovi consiguió poner un narcótico en tu botella, y ayudado por Hungse pudo robarte la caja sin peligro alguno. Estábamos embarcándonos después de haber amarrado las velas para evitar que el viento estrellase la *grab* contra la Pequeña Andamán durante tu sueño, cuando oímos que en la estiba sonaban fuertes golpes.

„Te juro que contra mi voluntad me había mezclado en aquel asunto, y que mil veces hubiera deseado poder volverme atrás. Al oír los golpes sospeché que Garrovi, que aún permanecía á bordo, faltando á su promesa, tratara de hendir los flancos de la *grab* para echarla á pique. Salté á la nave y vi al saniasso con el hacha en las manos.

„—¿Qué has hecho, miserable? „—le grité.



„Echar á tu capitán á pique para que haga compañía á los peces, — me contestó riendo.

„—Puedes marcharte sin mí, —le contesté:— „no puedo permitir esa infamia,.

„—¡Hazle también compañía!, —me repuso.

„Al decir estas palabras el traidor, levantó rápidamente el hacha, hiriéndome en la frente; caí con el rostro bañado en sangre, y antes de caer me pareció oír unos lamentos y ver, como á través de una niebla sanguinolenta, á tu perro reñir con el traidor... Después..., no recuerdo más. Hasta hace pocas horas no he vuelto en mí.

—¿Es eso todo? —preguntó Ali.

—Todo, patrón.

—¡Iba á matarte...; pero te perdono.

—¡Gracias, patrón!

—¿De modo que esos miserables han huído?

—Todos.

—¡Ah! ¡Algún día volveré á Bengala, Schapal, y aunque la India es muy grande, encontraré á los dos traidores, y no quedaré satisfecho hasta que los haga colgar!

Y como si toda su energía se hubiese agotado, se dejó caer sobre un barril, cogiéndose la cabeza entre las manos; un gemido le sacó de su abatimiento.

—¡Ah! ¡Me olvidaba de que estás herido!

—Sufro, patrón —repuso el indio, que se había sentado en el puente.

—Deja que examine la herida.

Le quitó con precaución el vendaje, observó atentamente el corte producido por el hacha, y vió que era más doloroso que peligroso, puesto que el arma sólo había rozado el hueso sin partirlo.

—Si Garrovi hubiera tenido el pulso más firme, no estarías aquí hablando conmigo: afortunadamente, aquel miserable tenía prisa.

Con mucha destreza juntó los bordes de la herida, limpió la sangre que se había coagulado encima, después volvió á poner el trozo de lienzo bien empapado en agua.

—Dentro de una semana estarás completamente sano; pero te quedará una cicatriz como recuerdo de Garrovi.

—¡Yo te aseguro que si le encuentro me vengaré!

—Si le hallas antes que yo... ¿Estás mejor?

—Sí.

—Pero ¿dónde está *Pandú*? Le he oído ladrar, y ahora no le veo.

—Ha saltado á tierra en cuanto la *Djumna* tocó en el banco.

—¡Huir mi perro! ¡Imposible, Schapal!

—Le vi nadar hacia los escollos, y después correr por los bancos.

—Es muy inteligente, y habrá comprendido que sólo en tierra podría encontrar auxilio para mí; pero preferiría que esos isleños estuvieran más lejos de nosotros aún.

—¿Tan malos son?

—¡Uy! Tienen muy mala fama, Schapal. Dos veces he tocado en la Pequeña Andamán, y ninguna de ellas he quedado satisfecho de sus habitantes. Son ladrones, malos, y hasta se aseguran que antropófagos.

—¡Me haces temblar! Sin embargo, tendremos que desembarcar.

—¿Por qué?

—No tenemos ningún bote.

—Construiremos una balsa; y procuraremos llegar á la costa Arracanesa.

—Pero no tendremos víveres.

—¡Viveres! La despensa estaba llena.

—Garrovi y Hungse la han dejado vacía.

—¿Toda? —exclamó Ali palideciendo.

—Han cargado la *pinaza*.

—¡Mil infiernos! ¿Y no tenemos nada que llevarnos á la boca?

—Tú tenías provisiones en tu cuarto.

—Unos bizcochos y unas latas de conserva. ¡Canallas...! ¡Robar hasta los víveres...!

—Ya ves que tenemos que desembarcar.

Allí no respondió: apoyado en la borda de la *grab*, con la frente arrugada, la mirada fija, parecía observar atentamente á las últimas luces del crepúsculo la costa, que se mostraba cubierta de espléndida vegetación.

En la playa no se divisaba ninguna cabaña: ni entre los escollos navegaba ninguna canoa; pero á veces se veían volar por encima de la nave grandes bandadas de aves semejantes á los patos emigrantes.

Un brusco sacudimiento hizo oscilar la arboladura de la *grab*, inclinó aún más la cubierta y sacó al capitán de sus observaciones.

—¿Qué sucede?

—Que la *Djumna* ha mudado de sitio.

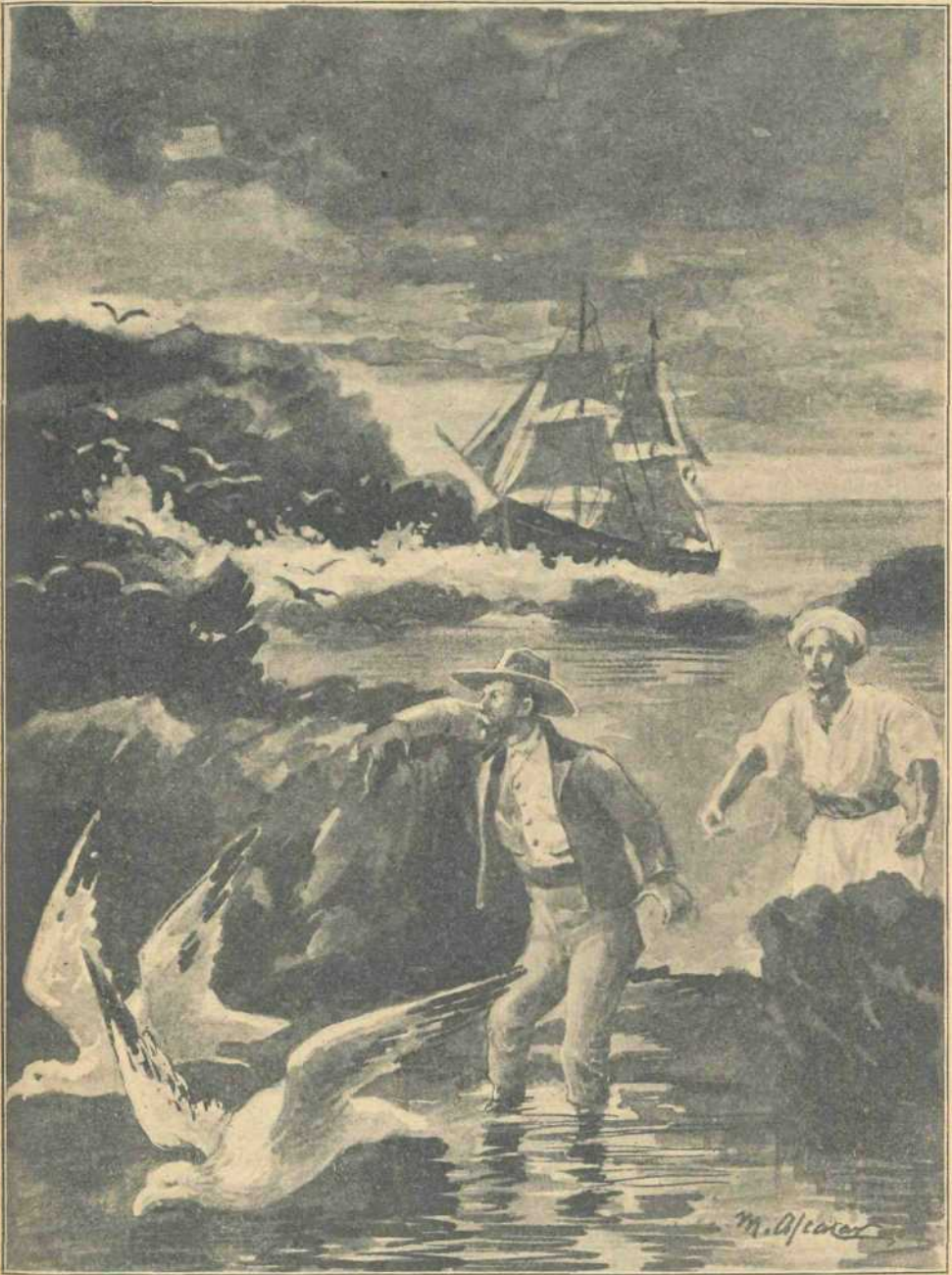
—¿No se apoyaba en el banco?

—Es verdad.

—La rechazará el reflujo.

Se asomó á la borda y miró hacia bajo: el agua, transparente como un cristal azul verdoso, dejaba ver el banco, que la bajamar amenazaba dejar en seco.

Allí comprendió que la *grab* se apoyaba sólo



Llegada á la pequeña Andamán.

por el flanco en arena y que podía de un momento á otro vencerse del todo, faltándole el sostén del agua, ó resbalar de nuevo al mar para irse á pique en seguida á causa de las hendiduras que Garrovi le hizo.

Una imprecação salió de sus labios.

—¿Qué ha pasado, patrón?

—¡Si no nos damos prisa á salir de la *grab*, nos vamos á pique!

—No tenemos *pinaza*.

—Haremos una balsa; ó nos arrojaremos al agua

—¡Al agua! ¡Mira ahí!—dijo el indio señalando los escollos.

Alí miró en la dirección indicada, y á pesar de su valor tembló.

Á la incierta claridad del crepúsculo se veían masas arenosas que sobresalían del agua, fantásticas cabezas con bocas enormes.

Eran lijas formidables pertenecientes á la especie de los peces canes, pero distintas en la forma, pues su cabeza semejaba un martillo de zapatero, aunque igual por ambos lados y con los ojos situados en el extremo; sen menores que los peces canes, pero no menos voraces que ellos ni menos aficionados á la carne humana.

—¡Devoradores de hombres!—exclamó Alí.

—¡No importa! pasaremos lo mismo, y si nos atacan, nos defenderemos á tiros!

—Los traidores se han llevado los fusiles.

—¡Es igual! ¡Tengo mis dos pistolas! ¡Vamos! no perdamos tiempo.

Empuñó el hacha, arma formidable en sus manos, y se puso á demoler las paredes de la *grab*. Mientras Alí reunía los trozos de madera, Schapal bajó al camarote para recoger los víveres, subiendo también consigo las cartas náuticas y los instrumentos necesarios para señalar el Norte, dos pistolas, las municiones que halló y algunas prendas de vestir.

Una vez obtenida la madera necesaria, los dos naufragos comenzaron á unir los tablones con clavos y cuerdas. Dábanse mucha prisa, porque la *grab* seguía inclinándose á causa de la bajar, la cubierta tenía ya una inclinación de 45°, y aún se vencía más hacia el lado de estribor.

Entre Alí y Schapal habían clavado las tablas, cuando de pronto la *Djumna* dió una brusca sacudida: se levantó un poco y volvió á inclinarse hasta que resbaló sobre el banco, retrocediendo á babor.

—¡Patrón!

Alí iba á responder, pero quedó aterrado: la *Djumna* se había levantado completamente y se hallaba libre. Mas poco duró esto, porque en seguida comenzó á hundirse.

En el vientre de la nave se oyó un rugido, producido por el agua que penetraba á borbotones por infinitas hendiduras.

### III

#### SALVAMENTO

Con una sola mirada se dió cuenta Alí Middel, de la gravedad de la situación.

No había tiempo para terminar la balsa, ni aun para arrojar al agua los pocos tablones que habían juntado. Era preciso abandonar la *grab* antes de que ésta fuera tragada por el mar.

De un salto Alí se apoderó de sus mapas, de las pistolas y de las municiones, mientras Schapal cogía el hacha y cuantas cajas de conservas podía contener su *dugbah* recogido y anudado á la cintura.

—¡Al agua!—gritó Alí.

La *Djumna* se hundía rápidamente; las olas invadían la cubierta, corriendo de proa á popa; la pobre nave oscilaba de babor á estribor, rozando las márgenes del barco.

Se sumergió bruscamente, como si hubiera sido colocado en la estiba un enorme peso; desaparecieron las bordas del barco, después la grúa del bote, el timón, el bauprés... Al fin se hundió toda aquella masa, formando, en la superficie del mar gigantesco torbellino...

Luego desaparecieron los tres palos con gran rapidez, quedando solamente visibles los extremos del mayor y del trinquete.

—¡Todo ha terminado!—murmuró Alí con voz sorda.—¡Pobre *Djumna*! ¡Nunca creí que te perdería tan pronto!

El capitán llegó á conmoverse; pero se repuso en seguida, y añadió:

—¡Estaba escrito!

Y volviéndose hacia el indio, que contemplaba en silencio la extensa sabana de agua que los rodeaba, continuó:

—Recojamos esos tablones: antes de que venga la marea baja hemos de estar en los escollos.

Á la pálida luz de la Luna se veían grandes maderos que sobrenadaban en el lugar donde se había sumergido la *grab*.

Eran trozos cortados por el capitán; pero la balsa no parecía por ninguna parte. Schapal

observó con cuidado, y cuando se hubo persuadido de que no había lijas, se recogió el *dulgah*, púsose en el cinturón el hacha, y arrojándose al agua, nadó vigorosamente.

Allí se quedó en el barco, armado con sus pistolas, para amedrantar á las lijas que intentaran acercarse al nadador.

En dos brazadas llegó el indio al punto donde había naufragado la *Djumna*, y empujó hacia el barco las maderas que halló. Eran muy pocas, insuficientes para construir una balsa de dos ó tres metros de largo.

—¡No hay más, patrón!—dijo el indio saliendo del agua.

—Poco es; pero el trayecto es corto.

—¿Y las lijas?

—Las apartaremos á tiros.

—Escasean las municiones, patrón.

—Tenemos diez y ocho ó veinte balas y dos libras y pico de pólvora: creo que basten. Ayúdame, Schapal: pronto volverá la marea alta y cubrirá de agua el banco.

Recogieron los escasos tablones, y los unieron valiéndose de una cuerda que colgaba de uno de ellos y que era muy larga. No era una balsa; era un flotador informe, casi incapaz de sostenerlos, y que ni siquiera podía llevar á los dos naufragos, obligándolos á ir sentados y con las piernas dentro del agua.

Partieron una tabla, hicieron con ella dos *pagayas*, y se embarcaron con los pocos objetos que habían logrado salvar.

La noche era clara; en el cielo, limpio de nubes, brillaban las estrellas, reflejándose en las aguas, mientras la Luna, más grande que de ordinario, proyectaba sus rayos sobre la costa; una brisa fresca producida por el monzón del Noroeste turbaba la superficie del gran golfo de Bengala.

Un silencio profundo reinaba en torno del banco, apenas interrumpido por el golpe de los dos remos.

El flotador avanzaba lentamente y con precaución hacia los escollos que se extendían delante de la costa: aquellos dos hombres seguían remando en silencio, incorporándose un poco de vez en cuando para escudriñar la superficie.

Ya habían atravesado felizmente la mitad de la distancia que los separaba de las primeras escolleras, cuando el indio retiró su *pagaya*, diciendo:

—¡Cuidado, patrón.

Á pocos pasos había oído un ronco suspiro, y levantarse una ola de espuma.

—¡Cuidado, patrón!—repitió Schapal aterrizado.

Allí había retirado también su remo y contemplaba el agua con suma atención, mientras con la mano derecha empuñaba una pistola.

—¿Una lija?—preguntó.

—Sí.

—¿La has visto?

—No; pero la he oído respirar.

—Esperemos á que aparezca.

Un minuto después de pronunciar estas palabras, una de aquellas cabezas de forma de martillo aparecía sobre las aguas: al ver al feroz animal el indio mudó de color, y aun el mismo Ali experimentó algo de espanto.

El monstruo permaneció inmóvil unos momentos dejándose llevar por las olas, y después, girando sobre sí mismo, se aproximó al flotador.

—¡Patrón!—dijo Schapal, con espanto.

—¡No temas!—dijo Ali extendiendo el brazo y apuntando con calma.

Sonó una dotonación que repercutió en las rocas y en los escollos de la isla.

La lija, herida en la cabeza, dió un salto, sacó medio cuerpo fuera del agua, volvió á caer en un círculo de espuma, y desapareció.

—¡Herida!—exclamó Schapal respirando.

—En la cabeza. ¡Mis balas dan siempre!

—¿Estará muerta?

—¡Ca! Tienen la piel muy dura, y para matarlas hace falta una carabina; pero nos dejará tranquilos por ahora.

—¡Calla!

—¿Qué oyes?

—¡Un ladrido!

—¿El perro?

—Tal vez.

—¿Hace mucho que se alejó de la *Djumna*?

—Poco antes de mi primer desvanecimiento.

—Entonces, será *Pandú*: con sus ladridos nos guiará.

Se incorporó cuanto pudo y miró hacia el Norte.

La costa estaba cerca é iluminada por la Luna: se distinguía claramente; pero, como se hallaba cubierta de espesos bosques, no era fácil ver á un animal negro y del tamaño de *Pandú*.

—¿Oyes algo?—preguntó Ali, quien por experiencia sabía que el oído del malabar era más fino que el suyo.

—No — repuso Schapal después de escuchar con atención.

—¿Te habrás engañado?

—No lo creo.

—No importa: antes de un cuarto de hora estaremos en tierra, y *Pandú* nos sa'drá al encuentro.

Cogieron de nuevo las *pagayas* y se pusieron á remar, acercándose á la costa, y observando al mismo tiempo el agua por temor á que saliera de nuevo la lija. Después de herido, el feroz animal no había vuelto á aparecer; pero podía espiarlos por debajo del agua y morderles las piernas.

Cuando ya se hallaban á cincuenta brazadas de la primera escollera le vieron reaparecer á quince pasos de ellos; giró sobre sí mismo como buscando la presa, pero después se sumergió, formando en la superficie un pequeño remolino.

—¡Patrón! — balbuceó Schapal. — ¡Va á alcanzarnos nadando bajo el agua!

—Deja la *pagaya* y empuña el hacha.

—¡Va á mordernos en las piernas!

—Retirémoslas.

Levantaron precipitadamente las piernas y aguardaron con la vista fija en el agua. De improviso apareció junto á la pequeña balsa, tropezándola con su piel rugosa. Allí le descerrajó el segundo tiro, y el indio, envalentonado con la proximidad del peligro, le dió con el hacha tal golpe, que le rompió el hocico.

La lija quiso deshacer con la cola aquel conjunto de tablas y cuerdas; pero sólo consiguió su propósito á medias: el golpe formidable de la cola privó á la balsa de uno de sus apoyos, pero en cambio, la empujó con tal violencia, que los náufragos se hallaron á pocos pasos de un banco, donde fué á parar la improvisada embarcación.

Allí y Schapal se pusieron en salvo, mientras la lija, herida nuevamente, se debatía con furia levantando montañas de espuma.

—¡Á la costa! — dijo el capitán

Recogieron sus víveres y los objetos salvados, aventurándose por entre las escolleras, y dejando que la balsa fuera arrebatada por la resaca del mar.

Como los escollos estaban unidos entre sí por bancos de arena que la bajamar había dejado en seco, no les fué difícil ganar la costa meridional de la Pequeña Andamán.

Ya no distaban más que cien pasos, cuando

Schapal, que marchaba delante de Ali, se detuvo diciendo:

—Patrón, bajo los árboles de la costa veo vagar una sombra.

—¿Será *Pandú*?

—No distingo bien.

Ali se llevó dos dedos á la boca y emitió dos silbidos agudos; luego escuchó.

No le respondieron los ladridos de su fiel *Pandú*, sino uno de aquellos gritos roncós, espantosos, que otras veces había oído en las espesas *junglas* de Bengala.

#### IV

##### LAS ISLAS DE ANDAMÁN

Forman un archipiélago situado en medio del vasto golfo de Bengala, más cercanas á Birmania que á la India, hallándose entre los 14° y 11° de latitud septentrional y los 82° y 83° de longitud.

Su número es muy considerable, pero sólo seis tienen una superficie regular, aparte de la mayor, la designada con el nombre de Grande Andamán, que tiene una longitud de treinta leguas y una anchura de ocho, muchas bahías, altas montañas é inmensos bosques.

Aunque se encuentran tan próximas á la India, su civilización es antiquísima, mucho más que la europea, y aun cuando se hallan situadas en un golfo recorrido por infinito número de navios de todas las nacionalidades, — cosa rara é inexplicable, — puede decirse que hasta hoy se sabe muy poco de aquellas tierras y de sus habitantes.

Incluso los ingleses, dueños de aquellos mares y de las tierras vecinas, se han desentendido de ellas, y aunque se vanaglorian de su posesión, no tienen guarniciones en el archipiélago. Es verdad que hace muchos años, en 1789, ocuparon una de las más pequeñas, fundando una colonia penitenciaria en Port-Blair; pero tres años después, diezmados por el clima, la abandonaron para volver algunos años más tarde y fundar Port-Corwal, que también tuvieron que abandonar (1).

Parece que estas islas, lo mismo que las de Nicobar, que están más al Sur, son las crestas

(1) En 1858 fundaron una colonia penitenciaria, pero está casi deshabitada á causa del clima, que aniquila á presos y guardianes.

de una cadena de montañas submarinas que separándose de la costa septentrional de Sumatra, terminan en las proximidades del cabo Negrais, en el Pegú.

Por eso sin duda son todas montañosas, especialmente la Grande Andamán, que tiene un monte de 2.400 pies de altura llamado Pico de la Silla. Alguna, como la de Basser, que se halla á unas quince leguas del grupo principal, posee volcánes que arrojan á enorme distancia masas de cien quintales de peso.

Estas montañas son fatales á dichas tierras, porque estando situadas en aquella parte del Océano Indico donde domina el monzón del Sureste con mayor violencia, detienen las nubes; así es que durante ocho meses del año se inundan por las continuas lluvias.

La excesiva abundancia de agua que se recoge en las inmensas y pobladas florestas de aquellas islas contribuye á que la estancia en ellas sea muy triste y perjudicial á la salud. La constante humedad ocasiona fiebres terribles, contra las cuales no hay medicamento posible.

Así, los europeos no pueden vivir allí; y si los isleños sufren á veces graves enfermedades, en cambio, la flora se desarrolla de un modo extraordinario. Desde las playas hasta las cúspides más altas, los bosques se suceden sin interrupción; las higueras de la India, los almendros, los árboles del aceite, los árboles del hierro, los *dummar*, que producen la resina, los gigantes-cos bambúes, los ébanos, los *suduos*, que dan una admirable madera para construcción, los *koutch*, etc., etc., se encuentran á millares. Cosa rara: los cocos, tan abundantes en todas las islas indias, son rarísimos en las Andamán.

Tres ó cuatro mil individuos habitan aquellas tierras, donde podrían morar cómodamente cuatrocientos mil.

No tienen pueblos; viven como los salvajes, en las profundidades de sus tétricos y húmedos bosques, ó á la orilla de sus bahías, cazando los animales con lanza, ó pescando con pequeñas redes.

Como no tienen habitación, andan errantes á su capricho, conduciendo consigo sus familias, á las que profesan gran cariño y defienden con furor salvaje contra cualquier atentado. Se dice que cuando se les presenta la ocasión no desdennan la carne humana; pero esto no ha podido confirmarse nunca.

Estos indígenas, cuya vida se asemeja tanto á las de las bestias, tienen una sola virtud: el

sentimiento de independéncia. Y por eso son insociables y reciben á los extranjeros con sospecha y sin mostrarles ninguna cortesía. Cuando creen que se atenta contra su libertad, corren todos en defensa de su tierra con una ferocidad sin igual.

Sin duda, los andamanes son los hombres más pequeños de la región asiática, pues, por lo general, los hombres no pasan de un metro y cuarenta centímetros de altura, y las mujeres apenas llegan á un metro y treinta y dos centímetros: sin embargo, son proporcionados.

Tienen la cabeza pequeña y redonda, el cuello corto, pero grueso; cuerpo robusto, pero las espaldas poco anchas; vientre abultado, frente alta, fisonomía bestial y estúpida. Sus ojos son pequeños; la nariz, chica también y no aplastada; los labios gordos y la piel obscura, como la de los cafres.

Son valientes pescadores y habilísimos cazadores, y comen excesivamente: cuando tienen qué, soportan á veces ayunos prolongados. No saben edificar, ni aun construir chozas, como la mayor parte de los salvajes del globo, y, en cambio, son diestros para hacer canoas con los largos y gruesos troncos de los árboles.

Su religión consiste en la adoración de la Luna, á la que saludan con griterías y danzas semejantes al *korrobory* de los australianos.

Respetan á los muertos, á los cuales entierran con las piernas dobladas, y luego los desentierran para conservar los huesos.

.....

Alí y el malabar se detuvieron bruscamente cuando iban á poner el pie en la Pequeña Andamán, la más meridional del grupo, al ver en la playa aquella sombra negra que vagaba de un lado para otro.

El aullido dado por aquel animal había hecho palidecer al marino, y fruncir el entrecejo al capitán de la *Djumna*. Muchas veces lo habían oído en las *junglas* de la desembocadura del Ganges, y no era fácil que se engañaran.

—¡No esperábamos este recibimiento!— dijo Alí deteniéndose en los últimos escollos.—¡Cargaré de nuevo mis pistolas!

—¿Vas á hacer frente al tigre?—preguntó Schapal dando diente con diente.

—Si tuviera una buena carabina, le saldría al paso; pero con estas pistolas sería una locura que podría costarme cara.

—¿No podríamos salir más allá?

—Hay aquí mucho fondo, y si queremos lle-

gar á tierra, tendremos que espantar á esa bestia.

—Esperemos á que amanezca.

—Y cuando llegue la marea alta cubrirá el agua estos escollos. El flujo viene por el Este; ordinariamente llega á ocho pies, y ni tú ni yo llegamos á los seis: ya ves que el agua podría anegarnos.

Nadaremos.

—Perderíamos nuestras provisiones.

—Entonces, ¿qué vas á hacer?

—Ponerme á tiro y disparar mis armas: tal vez se asuste el tigre y nos deje libre el paso. ¡Ánimo, Schapal! ¡Vamos á ver si *Su Excelencia*, como vosotros decís, se decide á dejarnos pasar!

—Ve con cuidado, porque puede ser un tigre *admikanevallo* (tigre que ha probado la carne humana).

—Mejor; así me será más fácil, porque casi todos los *admikanevallos* son viejos!

Cargó las dos pistolas, y aunque el malabar seguía sermoneándole, se alejó resuelto de la escollera y avanzó con precaución hacia la costa.

El tigre seguía rondando por la playa á la sombra de los árboles, y aunque su cuerpo á veces no era visible, le traicionaban sus ojos de amarillentos reflejos.

Parecía presa de cierta agitación, pues no se detenía un instante, aun cuando no se apartaba de la escollera, como si hubiese comprendido que aquellos dos hombres no tenían más remedio que entrar por allí, y aguardaba la oportunidad para lanzarse sobre ellos.

Probablemente estaría muy hambriento, porque de ordinario estos animales no atacan de frente más que en caso de haber sido heridos: prefieren atacar en medio de los bosques; no gustan de entendedérselas con hombres, sobre todo si son de raza blanca, sabiendo por experiencia que van mejor armados y son más resueltos que los indígenas.

Al ver que Alí se adelantaba, el tigre dejó los árboles y se acercó á la playa, pasando por entre los espesos naranjos que cubrían la pendiente y dando sordos maullidos: parecía dispuesto á arrojarle sobre los náufragos.

Alí se detuvo á veinte pasos del animal, y se colocó detrás de una roca para resguardarse del salto de su peligroso adversario.

Levantó lentamente la pistola que sostenía en la mano derecha, apuntó con serenidad, y oprimió el gatillo.

La bestia, herida por la bala del tirador, dió un salto en el aire lanzando un furioso maullido, y se arrojó sobre el capitán; pero Alí apuntó en seguida con la segunda pistola.

Ya sea que el tigre se diese cuenta de que se hallaba gravemente herido, ó que temiese luchar á la luz de la Luna, el caso es que la fiera en vez de acometer, como parecía dispuesta á hacerlo, se detuvo, dió media vuelta y desapareció rápidamente bajo la arboleda.

—¡Feliz viaje!—gritó Alí.—Me he ahorrado una bala que quizás me haga falta luego.

—¿Ha huido?

—Yo no le veo.

—¿Se habrá escondido para saltarnos á traición?

—Debe de haber comprendido que no íbamos á dejarnos comer. ¿Oyes algo?

—No.

—Entonces, salgamos á la orilla.

—¡Tente en guardia!

—Cargaré la primera pistola, y abriremos bien los ojos.

Lo hizo así, y seguido de Schapal se encaminó á la playa.

Cerca de los primeros árboles se detuvieron, observando atentamente hierbas y plantas, y aguzando el oído con el mayor recogimiento; luego, seguros del silencio que reinaba en aquel lugar, se acercaron al pie de un árbol.

—Esperemos al alba. Mañana veremos lo que se puede hacer para salir de esta situación.

—¿Tienes esperanzas de que podamos alejarnos de esta isla.

—No pienso morir aquí.

—¿Volveremos á Bengala?

—Yo quiero volver á ver á mi hermano Eduardo. ¡Pobre muchacho! ¡Qué inquieto estará sin noticias mías!

—¿Suelen acercarse aquí los buques que pasan?

—No: al contrario, procuran esquivar las islas, sabiendo que no pueden esperar nada de estos salvajes.

—No sé, pues, cómo saldremos de aquí.

—¡Ya veremos!

—¿Recurriendo á los salvajes?

—Al revés: procuraremos mantenernos lejos de ellos.

—Tendremos que construir una chalupa.

—¡Paciencia, Schapal!

Se apoyaron contra el árbol y aguardaron pacientemente á que despuntase el alba.

La Luna se ponía poco á poco y con ella las

estrellas, mientras comenzaba á aparecer por oriente una luz pálida; en breve apareció el Sol en el horizonte.

En la costa reinaba un silencio de muerte, así como bajo los grandes y espesísimos bosques: sólo las olas llegaban murmurando á las escolleras que se extendían en dirección del banco donde había naufragado la *Djumna*.

El tigre debió de alejarse, pues no habían vuelto á oírle; tuvo bastante con el primer tiro.

También los ladridos del negro *Pandú* habían cesado: acaso el fiel perro se había internado en la isla con objeto de llamar la atención de los habitantes.

Los náufragos escuchaban con atención, sabiendo que en aquellas florestas hay mil peligros de que guardarse.

Entretanto seguía aumentando la pálida luz, que teñía el mar de reflejos de color de acero y ponía en fuga á los nocturnos *flyingfose*, extraños volátiles parecidos á los murciélagos.

Entre las plantas acuáticas se oían chillidos y clamores; las aves de la playa comenzaban á despertar saludando al alba.

—Son patos emigrantes—dijo Schapal al ver que Alí miraba hacia la orilla.

—¡Excelente manjar!

—Cuando se tiene una escopeta, es fácil paladearlo. Pero me choca que estén aún por aquí estos patos.

—¿Por qué?

—Porque á principios de Agosto suelen partir de las islas y emigrar á Bengala ó á Orissa, donde anidan.

—¿Estás seguro?

—Conozco las costumbres de estas aves.

—¿Crees que estos patos serán también de las islas?

—Dentro de pocos días se unirán á sus compañeros. Pero ¿por qué te interesas tanto por estas aves?

—Porque pueden ser nuestra salvación.

—¿Cómo? ¿Te burlas?

—No; pero hay que coger uno vivo.

—Pues no es difícil. ¿No tienes pistolas?

—Sí disparo con ellas, los mato.

—¡Nada de balas!

—¿Piensas derribarlos con pólvora sola?

—No: quita las balas, y espera.

Sin más explicaciones, el indio se levantó, fué á la orilla, y anduvo buscando entre los escollos: á poco volvió, enseñando á Alí dos puñados de arena gruesa y bien seca.

—Carga las pistolas con esto: los patos caerán aturdidos, heridos acaso, pero en disposición de emprender el vuelo tras un corto reposo. Con una escopeta cargada de arena he cogido varias aves vivas para un inglés que quería conservarlas en una jaula.

—Los patos son muy gruesos, Schapal.

—También lo es la arena. Ya principian á levantarse. ¡Apresurémonos antes de que se retiren de nuestra presencia!

## V

## LOS PATOS EMIGRANTES

Aunque, según Schapal, la emigración había comenzado hacía algunas semanas, los patos eran muy abundantes en aquella desierta playa.

Grandes bandadas, volando pesadamente se dirigían por encima de las escolleras, mostrando á los primeros rayos del Sol sus blancas plumas y sus alas orladas de negro: por doquiera resonaban sus gritos roncós y desacordes.

Después de cargar las pistolas con la arena, Alí se dirigió en compañía de Schapal á la playa, y amparados en los escollos aguardaban el momento oportuno. Parecía que las aves habían olido el peligro; porque se mantenían á distancia, ó pasaban sobre ellos fuera de su alcance.

Sin embargo, en una ocasión una bandada de doscientos ó trescientos volátiles avanzó por el Este, como si quisiera acercarse á la playa.

—¡Atención!—murmuró Schapal.—¡Vienen hacia aquí, y están muy lejos!

—¡Ya estoy á punto!

En breve se halló la bandada sobre los escollos. Alí, apuntó rápidamente, y disparó contra el núcleo más espeso. Tres aves cayeron, perdiendo gran número de plumas, mientras sus compañeras, asustadas por la detonación, se desbandaban dando chillidos.

Schapal se precipitó sobre las piezas cobradas: una, herida en la cabeza, se hallaba agonizante; pero las otras dos sólo estaban aturdidas y un poco desplumadas.

—¡Patrón! ¡Hay dos con vida!

—¡Que no huyan!

—Les ataré las patas.

Alí había desenvuelto el paquete donde llevaba las cartas y documentos de á bordo, y buscaba entre ellas una cosa; pero de pronto palideció y lanzó una imprecación. Buscó en los bolsillos, en los forros de la americana; pero sin resultado.



—¡Lo he perdido!

—¿Qué buscas?

—Un lápiz que había metido entre los papeles.

—¿Para qué?

—Pero, ¿aún no has comprendido para qué quería los patos?

—No.

—Para que lleven á la India la noticia del naufragio.

—Pero... ¡Soy un cabezota, y no comprendo!

—Había pensado atar á esos patos un documento, con la esperanza de que algún cazador los matara, porque anualmente se matan en la India un número muy considerable de estos animales, sobre todo en Sunderbund. Al encontrar las notas, el cazador se las comunicaría á las autoridades inglesas: así se han salvado otros naufragos.

—¿Y no puedes atarles una carta?

—Sin el lápiz no puedo escribir, y...

—¿Qué?

—¡No, Schapal; no se ha perdido todo!

—¿Qué quieres decir?

—Entre mis mapas tengo documentos suficientes. Creyéndome perdido para siempre, escribí día por día todo lo que pasó, esperando que alguien abordase la *grab* y me vengara.

Abrió el diario de á bordo y sacó de él cinco hojas, las mismas que un mes más tarde habían de encontrar Oliverio Powell y el viejo Harry.

—Aquí están mis notas, con fechas y firma y cuanto pueda constituir una terrible acusación contra esos canallas de Garrovi y Hungre. ¡Oh! Si pudiera añadir que la *Djumna* se fué á pique y que estamos en la Pequeña Andamán! Las notas sólo llegan al 20 de Agosto y hasta el último período está sin terminar, pues cuando estaba acabándola oí sus pasos y me detuve. Sin embargo, por precaución, en la última hoja puse mi firma, temiendo que cualquier acontecimiento imprevisto me lo impidiese.

—De todos modos, atemos esos papeles á uno de los patos.

—Eso haremos.

—Pero ¿no se borrará lo escrito si el ave se moja en el camino?

—Lo envolveremos bien.

—Y después lo untaremos con goma—dijo Schapal, reconociendo los árboles de la costa.—Allí veo unas plantas que dan una especie de resina cuando se les hace una incisión en el tronco.

—Recoge un poco en una concha.

Mientras el indio iba á la playa Ali dobló las hojas, las envolvió en un lienzo que llevaba, y ató el paquete con un trozo de cordelillo.

Había escogido el pato más robusto, cuando llegó Schapal con una concha llena de resina y una fibra vegetal, sutil, sólida y reluciente como la seda.

—Ata el paquete con esta fibra; que es más resistente que la cuerda.

Cubrieron el lienzo con aquella materia resinosa, y ligaron el paquete bajo el ala del pato escogido, asegurándolo de modo que no pudiera perderse.

—¡Ve á tu destino, y que tu muerte pueda salvarnos á nosotros!—dijo Ali.

El pato al verse libre tendió el vuelo, alejándose hacia Levante; los naufragos, conmovidos, le siguieron con la mirada hasta que se perdió en el horizonte.

—¿Confías, patrón?

—Dios, que nos ha salvado, velará aún por nosotros.

—¡Creo que mi Dios no abandonará á uno de sus más devotos creyentes!—dijo el indio.—Son dos dioses, de manera que harán más que uno solo.

Ali no pudo menos de sonreír ante aquella reflexión del creyente de Siva.

—¡Vamos á comer!—dijo el capitán.

Subieron la playa, y sentados á la sombra de un *dammar*, encendieron un alegre fuego, pues llevaban consigo yesca y eslabón.

Desplumaron el pato muerto, lo abrieron por la mitad, y atravesado en una rama lo pusieron á asar sobre las llamas.

Mientras el indio se ocupaba en dar vueltas al improvisado asador, Ali comenzó á recorrer los linderos de aquella inmensa floresta para ver si había alguna fruta que pudiera coger.

Por fin descubrió Ali un árbol de los que buscaba. Aquel árbol no tenía la fruta pendiente de las ramas, como ordinariamente ocurre: el fruto, tan grande que basta para seis ú ocho personas, pesa unas treinta libras y brota directamente del tronco; es de un color entre amarillento y dorado, y de fragancia tan fuerte, que las casas donde se come conservan su olor varios días.

Ali lo cortó, se lo cargó al hombro, y llegó al campo en el preciso momento en que Schapal retiraba el asado del fuego.

Como tenían mucho apetito, comieron bien.

bien los dos, y después se tendieron en la hierba á la sombra del árbol.

—Ahora discurremos—dijo Alí.—Mientras estuve buscando la fruta pensaba en nuestra situación y en el mejor medio para salir de ella.

—¿Y lo has encontrado? ¿Se trata de hacer una chalupa?

—Con esta hacha sería imposible: mejor será que sigamos la costa hacia el Norte y nos proporcionemos una canoa.

—¿Dónde?

—Los andamanes las tienen.

—¿Crees que encontraremos algún poblado?

—Sí.

—¿Y nos darán una canoa?

—La cogemos nosotros, amparados por la obscuridad de la noche.

—¿Y adónde iremos?

—Á las islas Mergul, en el Pegú.

—Pero ¿y el documento que lleva el pato?

—No debemos confiar sólo en eso. Si no hay quien le cace, ¿cómo van á auxiliarnos?

—¡Es verdad! ¿Cuándo partiremos?

—¿Estás cansado?

—No; pero con gusto dormiría unas dos horas.

—Entonces, vamos á descabezar un sueño: de día las fieras no salen de sus guaridas, y nadie nos molestará.

Los náufragos no tardarán en dormirse, arrullados por el murmullo de las olas que rompían en la playa.

El sueño se prolongó más de lo que ellos deseaban, pues cuando abrieron los ojos, el Sol descendía por Occidente, pero como aún quedaban algunas horas de día, decidieron ponerse en camino.

Recogieron sus víveres, se armaron de gruesos garrotes para defenderse contra las serpientes que debían de abundar en aquella isla, y se pusieron en marcha costeano los inmensos bosques.

Los árboles sucedían á los árboles sin dejar paso hacia el interior de la isla: abundaban sobre todo los *teks*, árboles grandísimos y muy frondosos; estos colosos son muy buscados, pues su madera casi incorruptible se destina á la construcción de embarcaciones.

Sin embargo, su sombra es nociva, y los obreros encargados de cortarlos sufren mucho y pocas veces llegan á edad avanzada.

También abundaban los árboles de la canela ó cinomomo, plantas de regular altura, y muy

ramosas: de la corteza de esta planta se extrae la canela.

Tampoco faltaban otras varias plantas que hubieran sido utilísimas en otras regiones, pero que no debían de servirles de nada á los salvajes que habitaban las islas. En medio de aquel laberinto de vegetales aparecían grupos de *justicia tinctoria*, planta de donde se obtiene una preciosa tintura verde muy usada en la India; los *rayoes*, que producen un color amarillo muy buscado; algunos ejemplares de *Jausionia spinosa*, que da una madera encarnada, y grandes grupos de *poan*, de cuyo fruto se saca excelente aceite.

Entre aquellos espesos vegetales aparecían muchas aves: papagayos de plumas multicolores, chorlitos que chillaban melancólicamente, grandes mochuelos de ojos amarillentos, que miraban con estupidez á los dos viajeros, bandadas de unos ruiseñores muy pequeños llamados *babul*, muy bonitos, con las alas pintadas y la cola roja.

Alí y Schapal continuaron su marcha sin apresurarse, y removiendo las matas con los bastones antes de avanzar, por temor á que los mordieran las serpientes que podían ocultarse bajo las hojas de los árboles.

Quando el Sol se ponía decidieron acampar bajo un gran árbol de majestuoso aspecto que crecía solo al borde de la floresta, y cerca del cual corría un arroyuelo de agua dulce.

Comieron los restos del pato asado por la mañana, y encendieron fuego para defenderse de los animales dañinos, sabiendo por experiencia que no suelen acercarse á un campamento iluminado.

Como no era prudente que durmieran ambos al mismo tiempo, pues la hoguera podía extinguirse, Alí se encargó de vigilar durante las cuatros primeras horas; Schapal le relevaría á eso de la media noche.

## VI

### LA SOMBRA FUNESTA DEL MANZANILLO

Después de atizar el fuego, Alí se apoyó en el tronco de aquel árbol grandísimo, el cual sostenía un número infinito de largas ramas que caían hacia abajo en forma de gigantesca sombrilla.

Schapal se tendió junto á él, y á poco comenzó á roncar sonoramente.

Ningún rumor turbaba el silencio que reinaba en aquella costa. El mar había enmudecido; sólo en el aire se oía de vez en cuando el vuelo de algún pájaro que se alejaba inmediatamente.

Allí esperaba con tranquilidad que transcurriesen sus cuatro horas de guardia, creyendo que la costa donde se hallaban no debía de estar poblada de animales peligrosos. Sin embargo, en una ocasión le pareció que experimentaba un extraño malestar, y que bajo la copa de la sombrilla gigantesca iba difundándose lentamente una temperatura muy fresca para el clima de aquella región, tan ardiente aun por las noches.

Al principio no hizo caso, atribuyendo aquel cambio á cualquier corriente de aire del mar; pero como observara que el frío iba en aumento, llegó á inquietarse de verdad.

—¿Tendré fiebre?—dijo.—Me han dicho que las de los bosques de las islas de Andamán son tremendas, y que á veces ocasionan la muerte.

Se levantó para dar algunos pasos, creyendo que sería un mal pasajero; pero le dieron escalofríos. Se sentó, y removió el fuego para calentarse; pero hasta las llamas habían perdido su calor.

—¡Es raro! ¡Nunca he experimentado un mal-estar como éste! ¿Habrá alguna marisma que exhale miasmas palúdicos por aquí? No es posible que me haga temblar de este modo, como si estuviese entre los hielos del Himalaya.

Se abrigó más; pero todo era inútil. El frío seguía ateriéndole, sus miembros temblaban; le parecía que el estómago se le rompía, y el corazón le latía de una manera tan extraña, que se le saltaba del pecho.

Allí era muy animoso; pero comenzó á experimentar un terror vago, pues no hallaba explicación para cuanto le sucedía.

Se acercó á Schapal para ver si su sueño era intranquilo: el indio roncaba plácidamente. Le tocó los miembros, y vió que también temblaba.

—¡Schapal!

El malabar no contestó.

—¡Despiértate!—añadió sacudiéndole.

—¿Qué quieres?—repuso abriendo los ojos con trabajo,

—Di: ¿notas algo?

—Un frío tremendo que me da escalofríos.

—¿Nada más?

—Sí; me parece que no estoy bien.

—¿Á qué lo atribuyes?

—No lo sé.

—¿Tendrás fiebre?

—Puede ser. Déjame dormir...; me pesa la cabeza...; todo pasará...

El malabar se caía de sueño: cerró de nuevo los ojos, se volvió del otro lado y empezó á roncar como antes.

—Será la humedad del bosque—dijo Alf.—Esta indisposición no puede reconocer otra causa.

Volvió cerca del fuego, y se acomodó al lado buscando su calor; pero sus sufrimientos iban en aumento.

Además de los escalofríos experimentaba fuertes dolores de cabeza: parecía que se le saltaban las sienas, y que le golpeaban el cerebro con un martillo.

Á la fiebre se había juntado la jaqueca; pero una jaqueca insoportable. Cosa extraña: experimentaba Alf, en medio de aquellos sufrimientos sensaciones deliciosas. Era una mezcla de tortura y de placer.

—¿Estaré loco? ¡Parece que he bebido *hashis!*

De pronto una sospecha cruzó por su mente: con gran esfuerzo se levantó, y miró el árbol que extendía sobre su cabeza las ramas protectoras, y casi en el mismo instante las fuerzas le faltaron y se le cerraron los párpados.

Trató de reponerse, pero no pudo; cayó junto á Schapal, y allí permaneció con el cerebro trastornado y el cuerpo inmóvil como si estuviera muerto.

Vivía aún, porque seguía respirando, aunque fatigosamente, y, además, soñaba. ¡Qué sueños tan raros! Ya le parecía ver desfilar en su presencia mujeres espléndidas que le ofrecían tazas llenas de bebidas deliciosas; ya eran jovencitas que le invitaban á bailar en medio del corro formado por ellas; ya eran monstruos horribles cubiertos de largos pelos, con boca desmesurada y armada de dientes formidables, que amenazaban devorarlo de un solo bocado.

Después veía auroras de color de rosa, soles que le cegaban con el fulgor de sus rayos, ó noches obscurísimas, tinieblas tan espesas que no le dejaban ver nada, ó nuevas luces, nueva obscuridad, nuevos monstruos y nuevas visiones.

¿Cuánto tiempo estuvo durmiendo? Muchas horas, seguramente, pues cuando abrió los ojos ya no era de noche: un Sol espléndido brillaba en un cielo despejado, derramando sobre él rayos ardientes.

Se levantó con presteza, y, con gran sorpresa suya se halló en la playa, lejos del árbol bajo el

cual se había dormido. Miró á su alrededor con una mirada estúpida, y vió á pocos pasos del sitio donde estaba, á su perro negro que lamía la cara á Schapal, que aún dormía profundamente.

Un grito se le escapó de sus labios:

—¡Pandú!

Al oír la voz de su amo, el perro fiel abandonó al malabar y se dirigió á Alf dando ladridos de contento: parecía enloquecer. Le lamía, le ponía las patas en los hombros, saltaba en torno suyo meneando la cola; después se acercaba al malabar ladrando y lamiéndole, como si quisiera despertarle.

—¿Estaba aquí Pandú?—se dijo Alf.—¿Por qué nos trajo á este lugar? ¡Ah! ¡Ya no me siento tan mal como antes!

Aún estaba débil, pero la jaqueca y los escalofríos habían desaparecido. Miró el árbol gigantesco, y no pudo reprimir un grito de espanto.

—¡Ahora comprendo!—exclamó.

En aquel momento se despertó Schapal.

—¡Patrón!—llamó.—¿Cuándo ha vuelto el perro?

—No lo sé.

—¿Por qué me has arrastrado hasta aquí?

—Ha sido Pandú el que nos ha sacado de la sombra maléfica de aquel árbol. Si no fuera por él, á estas horas habiéramos muerto.

—¡Muerto! Pero ¿qué ha ocurrido mientras dormíamos?

—Mira el árbol donde nos habíamos sentado.

El malabar miró la gigantesca planta, y no pudo reprimir una exclamación de terror.

—¡Un manzanillo!

—Sí, Schapal; nos habíamos acostado bajo ese árbol, cuya sombra mata, como sabes.

—Así se explican mis escalofríos y el sueño irresistible que se había apoderado de mí!

—Sí; si Pandú, llevado por su instinto, no nos hubiera apartado del tronco, no lo habiéramos contado.

—¡Y no nos habíamos dado cuenta de que nos poníamos allí. ¡En adelante tendremos más cuidado.

—Ya lo creo; ¡Hemos escapado de la muerte por un verdadero milagro. ¡Bien, Pandú! ¡Qué cariño y qué inteligencia tiene este animal!

—¿Dónde habrá estado hasta ahora?

—Habrá vagado por el bosque buscando á los salvajes.

—¿Vendrán los andamanes tras él?

—Si vinieran, Pandú nos lo hubiera indicado con su agitación.

En efecto; el perro estaba tranquilo y permanecía sentado á los pies de su dueño, sin apartar de él los ojos. Debía de estar cansado, porque resollaba fuertemente, como si hubiera dado una larga caminata.

—¡Pobre Pandú!—dijo Alf acariciándole.—¡Tendrás hambre! Encendamos lumbre y asaremos el segundo pato; yo entretanto, buscaré otros.

Mientras el malabar recogía ramas secas Alf descendió á la orilla seguido de su perro: los bancos que había cerca de la costa estaban cubiertos de conchas tan ricas en colores y variadas en sus formas, que no las había iguales en ningún otro mar.

Veíanse magníficas *murexe ramosas*, muy grandes, blancas, con reflejos de madreperla por fuera y los bordes del interior de rosa pálida; el *triton*, también muy grande, pero estriado de blanco, negro, azul y café; el *cymbrium*, amarillo por fuera, pero sonrosado por dentro é incrustado de madreperlas, y una gran cantidad de conchas blanquísimas, pequeñas, llamadas *kauris*, y que en algunos pueblos pequeños de África y Asia se usan como moneda.

En el Océano Índico no cuesta más que cinco ó seis liras el saco, que contiene unas doce mil; pero en los países distantes crece su valor. En Siam cada saco vale diez y á veces doce liras; pero su precio aumenta considerablemente en Africa, porque aquellas conchitas que se cogen en la playa de Zanzibar sirven de moneda en muchos Estados del interior del continente africano.

Alf recogió abundantes moluscos, apoderándose también de un *limulus*, crustáceo notable, defendido en la parte superior por una especie de coraza de hueso semejante á las de las tortugas.

No se distinguía ningún poblado, ni ninguna canoa surcaba el mar: hacia el Norte y Eoroeste se extendía la grande é impenetrable floresta.

—¡Bah! ¡Uu día ú otro encontraremos una barca!—murmuró Alf.—¡No es posible que todo esté desierto!

Después regresó donde estaba Schapal asando el segundo pato. Hacia las diez, una vez que hubieron tomado fuerzas, reanudaron la marcha, bordeando siempre la floresta.

## VII

## EN LOS BOSQUES

Durante cuatro días los náufragos de la *Djumna* prosiguieron su camino; pero adelantaban muy poco á causa de la curva que describía la playa y de los obstáculos que les salían al paso, y á menudo veíanse obligados á abrirse camino por entre las matas, utilizando para ello el hacha que llevaban.

El día quinto, agotadas sus provisiones, acordaron detenerse para buscar con qué alimentarse. Los árboles que habían hallado hasta entonces no eran frutales; pero seguramente dentro de la floresta los habría, porque la flora de las islas de Andamán no difiere mucho de la de la India.

Después de construir un pequeño refugio con algunos troncos y ramas de árboles, precedidos por el perro se aventuraron en la sombría y húmeda floresta, abriéndose paso con grandes fatigas, entre aquella maraña de vegetales, y con mucha precaución para no ser sorprendidos por algún tigre que pudieran estar en acecho.

Antes de poner el pie en un sitio removían las hierbas y hojas secas con los bastones para que huyeran los reptiles: ya habían visto algunas *minute-snakes* ó serpientes del minuto, uno de las más pequeños del género. También habían tropezado con los *bis-cobra*, que huían entre la hojarasca. Estos grandes lagartos, de horrible aspecto, y lengua bifida, son de temer tanto como las mayores serpientes, pues son muy poderosos é inoculan un veneno activísimo que no tiene antídoto.

Mientras en la costa del mar reinaba un silencio casi absoluto, en aquella floresta saturada de humedad, infecta de miasmas peligrosísimos que producían la fiebre de los bosques, se oían mil rumores. Insectos que chillaban, ronquidos agudos, aullidos lejanos.

Entre las hierbas corrían á centenares, á miles, unas hormigas blancas llamadas *termiti fatali* ó *caria*, más gruesas que las nuestras, con el cuerpo blanco y la cabeza amarilla, armadas con unos tentáculos de fuerza increíble.

Nada resiste á las mandíbulas de estos pequeños seres: trepanan y pulverizan las maderas más resistentes; agujerean las paredes de las casas, construyendo galerías tortuosas; destruyen y debilitan las vigas poniendo en peligro

las construcciones más sólidas, y, por último, llegan á desmenuzar los huesos.

Tampoco faltaban aves entre las ramas de los árboles. Veíanse multitud de cuervos apoyados en las copas de los *dammar*, milanos, papagayos que chillaban á voz en grito, tórtolas de blanco plumaje, y de vez en cuando los *ciephilippine*, erguidos en el borde de su nido, colgantes en forma de botella, entretejidos divinamente con una especie de algodón y con pajas y suspendidos de las ramas por un hilo muy sutil.

Alí y el malabar llevaban recorridos quinientos ó seiscientos metros, cuando el perro se detuvo dejando oír un sordo ladrido.

—¿Algún animal?—dijo Alí armando una pistola.

—Ahora lo veremos—repuso el malabar; y separó con precaución las ramas que los impedía ver más allá. De pronto se echó atrás murmurando con voz alterada:

—¡Una *malapamba*!

—¿Qué es eso?

—Una de esas serpientes enormes que también se encuentran en los bosques de mi país.

—¿Son peligrosas?

—No son venenosas; pero dicen que matan á los hombres apretándolos con sus anillos.

—¡Veamos!

Alí separó de nuevo las ramas, y vió una serpiente tan larga como no la había visto nunca en Bengala: medía veinte pies; es decir, más de seis metros, con una circunferencia de cinco palmos. Tenía la piel cubierta de escamas verdosas con manchas oscuras.

El enorme reptil estaba devorando un perro salvaje, una especie de chacal con el pelo corto, aleonado y cola roja. Ya se había comido la mitad, y se esforzaba por acabar el resto, abriendo la boca cuanto le era posible.

Estas serpientes, como las *tamul venganatí*, que tienen de quince á veinte pies de longitud, son capaces de tragarse animales diez veces más gruesos que ellos: tal es la elasticidad de sus fauces.

—No merece la pena que nos molestemos en matarla; pero está junto á ese árbol, cuya fruta se halla ya en sazón, y sería una lástima que la despreciáramos. ¡Dame el hacha!—dijo Alí.

—¡No la mates! Podría revolverse y deshacerse con la cola.

—¡No será tan ágil! Además, está muy entretenida con su presa.

Cogió el arma y saltó junto al reptil: éste,

interrumpido en su laboriosa digestión, se irguió dirigiendo al valeroso marinero dos miradas que despedían fuego; pero, embargado por el perro que estaba comiendo, y que no podía apartar ni engullir, no era de temer.

Allí, sin amedrentarse por los agudos silbidos de su adversario, á hachazos lo tendió en el suelo sin vida, y dividido en tres pedazos.

—¡Vete al Diablo!—exclamó el capitán limpiando el arma en la hierba. —¡Ayúdame, Schapal!

El árbol bajo el cual yacía el reptil estaba cargado de esa fruta deliciosa llamada por los indios *ham*, de tres ó cuatro pulgadas de largo, de forma ovalada, con una corteza verde y dura, y que contiene una pulpa amarilla de aromático y exquisito sabor.

Cuando no están maduras del todo tienen sabor intenso á trementina, y comiéndolas producen erupciones cutáneas y fiebres perniciosas; pero cuando están en completa madurez son muy buenas y saludables. Se comen crudas ó secas; pero los indios suelen mezclarlas con el *carrí*, condimento usado en toda la India, compuesto de carne y pescado adobado con hierbas, aromas, pulpa de tamarindo y otros ingredientes.

Los dos náufragos cogieron abundante fruta, y siguieron internándose en la floresta con intención de cobrar alguna pieza antes de retirarse á su albergue.

Aquella parte del bosque no parecía habitada por animal alguno. Allí y Schapal aguzaban el oído, pero en vano: no se percibía ningún rumor entre las matas, ni canto alguno en la copa de los árboles.

Además, si *Pandú* hubiera notado la proximidad de algún *nilgó*, preciosos ciervos que abundan en los bosques de la India y en los de las islas del golfo de Bengala, ó de alguna otra fiera, no hubiera tardado en indicárselo á su amo.

Ya comenzaban á desesperar, cuando de pronto *Pandú* se detuvo en seco, levantándose sobre las patas traseras y a argando el cuello.

—Algo ha oído mi perro.

—¿Habrás dado con la pista de alguna pieza?

—¡Silencio!— dijo Ali.

*Pandú* seguía escuchando: así permaneció algunos momentos; luego se volvió hacia el capitán meneando la cola.

Ali le acarició, diciendo á Schapal:

—Si *Pandú* no se lanza ni se atreve á ladrar,

es que no se trata de un animal cualquiera. Le conozco bien: es valeroso, pero prudente, y no pone nunca á su amo en peligro.

—¿Qué habrá oído?

—Si hablara, ya nos lo hubiera dicho; pero ahora tenemos que adivinarlo.

—Patrón—dijo Schapal,—¿será que se aproximan los salvajes?

—En eso estaba pensando. Debemos batirnos en retirada, pues cerca de la costa me considero más seguro: allí podremos refugiarnos en las escolleras.

—¡Vamos pronto, porque *Pandú* comienza á dar señales de impaciencia!

Efectivamente; el inteligente animal ya no se mostraba tranquilo. Olfateaba hacia la derecha, después giraba sobre sí mismo y escuchaba con la cabeza baja, levantando las orejas; luego se acercó á su dueño, y le cogió de la americana como diciéndole que se retirase de allí.

Persuadido de que se acercaban los salvajes, con quienes no tenía interés de encontrarse, Allí se puso en marcha hacia la costa.

*Pandú* los precedía. No había cuidado de que el perro desconociese el camino: se adelantaba, y á poco volvía hacia los náufragos, mirando á Allí con ojos que tenían algo de humano, y con los cuales parecía decirle:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Hubieran querido redoblar el paso; pero no se atrevían por temor á llamar la atención de los salvajes. Habrían recorrido unos quinientos metros, volviéndose de vez en vez para evitar una sorpresa, cuando Schapal, que tenía un oído muy fino, se detuvo diciendo:

—Parémonos aquí: las matas son muy espesas, y podremos escondernos bien.

—¿Qué has visto?

—Nada; pero he oído.

—¿Andar de los salvajes?

—Escucha: marchan paralelamente á nosotros.

Allí se echó en el sue'lo, y acercando el oído á tierra se puso á escuchar, conteniendo la respiración.

*Pandú* se paró al ver así á su amo, y volvió al lado de Allí.

Al oído del anglo-indio llegó un vago rumor, producido por la marcha de varias personas.

—¿Has oído?—preguntó el indio al ver que Allí se ponía en pie.

—Si; pasos de hombres que avanzan á través de la floresta.

—¿Nos habrán descubierto?

—Oigamos otra vez.

Volvió á echarse en tierra; pero á sus oídos no llegó ningún rumor.

—¡Mala señal!—murmuró. — Si se han detenido, es indicio de que se han percatado de que nos hemos parado.

—¿No se oye nada?

—Nada. Quisiera saber á qué distancia están y si nos siguen á nosotros.

—No te quepa duda.

—También sospecho que siguen nuestras huellas. ¿Vendrán á buscarnos?

—Pronto lo sabremos—dijo Schapal, que se levantó bruscamente.

—¿Cómo?

—Mira ese árbol que hay enfrente de mí. ¿No ves unos cuadrumanos entre las ramas?

Allí miró en la dirección indicada por el indio, y sobre un árbol vió infinidad de monas tan pequeñas como ardillas y con la cabeza desmesurada y horrible, con dos ojazos amarillos, semejantes á los de los mochuelos.

Entre las monas distinguió dos gráciles *loris*, llamados por los indios *tevangas*, animales de costumbres nocturnas y en extremo suspicaces, pues los habitantes de la India, y aun los isleños, los persiguen encarnizadamente, no por su carne, que es pésima, sino por sus grandes ojos, con objeto de impedir que los brujos se sirvan de ellos para fabricar filtros.

—¿Por qué perseguirán los salvajes á estos animales?—dijo Alí algo sorprendido.

—¿No ves que están tranquilos?

—En efecto; no se mueven.

—Si se acercaran los salvajes, huirían mientras estén ahí, no tenemos que temer.

—Pues no podemos darnos por satisfechos, Sin duda han notado que se acercan sus perseguidores.

Los dos *tevangas*, que parecían dormitar, se levantaron bruscamente sobre sus débiles patitas, treparon con presteza por una de las ramas más gruesas, se detuvieron un momento junto á una grieta del tronco, y después desaparecieron.

—¿Qué me dices, Schapal?

—Que lo más prudente es que reanudemos nuestra caminata.

—Soy de esa opinión. ¡Á la playa, y pronto! ¡No abandones el hacha!

Se levantaron, saltaron las matas que los ocultaban y echaron á correr. Aun no habían dado cincuenta pasos, cuando oyeron la infernal gritería de los salvajes.

Alí se volvió, y vió una docena de negros feísimos que saltaban las plantas con la agilidad del kanguro, y que agitaban armas, que debían de ser lanzas y bastones nudosos, que serían mazas; algunos iban armados de arcos.

—¡Corre, corre!—gritó á Schapal.

Corrían velozmente, como almas que lleva el Diablo, precedidos siempre por *Pandú*, el cual les indicaba el camino, pues de otro modo les hubiera sido materialmente imposible reconocerlo.

De vez en cuando *Pandú* se detenía y hacía frente á los salvajes ladrándoles y enseñándoles los dientes; y como la raza canina era totalmente desconocida en las Andamán, los salvajes, creyendo que se trataba de alguna fiera, se paraban recelosos, perdiendo mucho de su valor.

Los fugitivos se aprovechaban de estos momentos de vacilación para ganar terreno: el aliento principiaba á faltarles cuando entre el follaje distinguieron la superficie brillante del mar.

—¿Dónde nos refugiamos? preguntó Schapal.

—En las escolleras. Allí nos defenderemos mejor.

Salieron del bosque, cruzaron precipitadamente el arenal, y se arrojaron á los escollos saltando los canales y canalillos que la marea alta empezaba á cubrir.

—¡Allí; en aquél que es el más alto!—dijo Alí señalando una peña que sobresalía á unos cuatrocientos metros de la playa.

Pasaron por un banco de arena y se encarraron en el escollo, hasta la cima, donde ya estaba *Pandú* ladrando alegremente.

## VIII

### ENTRE LA MAREA Y LOS SALVAJES

La peña donde se habían refugiado, prefiriéndola á la floresta donde podían caer en cualquier emboscada, era un escollo de unos seis metros de altura y que terminaba en una pequeña plataforma.

Era el más distante de la costa, de modo que los indios sólo podían llegar hasta él en canoa ó chalupas. Además, entre la orilla y la pe-

ña había trescientos ó cuatrocientos metros de espacio lleno de escollos y bancos de arena, y cruzado de canales que durante la marea alta no se podía pasar más que á nado.

Allí se regocijaba de su elección y aguardaba tranquilo el asalto de los salvajes.

Éstos habían aparecido ya en la orilla; pero no se atrevían á llegar hasta las escolleras, pensando acaso que los fugitivos no se dejarían apresar así como así. Eran más que antes: pasaban de veinte, y recorrían la playa sin intenciones hostiles.

Debían de pertenecer á alguna tribu distinta de la de los andamanes, pues mientras éstos son ordinariamente de baja estatura y muy delgados, los que perseguían á los náufragos eran más bien altos y formados, y menos oscuros que los primeros.

Sin duda formaban parte de alguna colonia venida de Nicobar.

—Me parece que no les ha gustado nuestra fuga —dijo Ali.—Seguramente, pensaban sorprendernos en la floresta.

—¿Crees tú que esos salvajes son peligrosos? —preguntó Schapal.

—La verdad; siempre he oído hablar mal de los andamanes. Se asegura que no hacen remilgos ante un plato de carne humana. Si es ó no cierto, no lo sé, pero lo más prudente es que permanezcamos lejos de ellos.

—¿Y si no fueran antropófagos y todo eso fuesen cuentos de los viajeros?

—¿Has oído hablar de lo que le pasó á la *Orwell*?

—No.

—Si estuviera aquí mi amigo Bak, no te daría muy buenos informes de los andamanes; y si tuviéramos tiempo, yo te contaría la historia, y te convencerías de quiénes son estos isleños, aun cuando no son canibales. Estemos alerta y no los dejemos acercarse; la esclavitud no se ha hecho para mí, y mucho menos para ti. Pero ¿qué hacen esos bestias? Vuelven á la floresta y dejan centinelas. ¡Malo, Schapal, malo; eso me preocupa!

Los salvajes, después de rondar por entre los primeros escollos, se habían retirado al interior del bosque, dejando en la playa, ocultos tras las peñas que emergían del agua, unos cuantos compañeros como centinelas de vista.

—¡Ah, bribones! —dijo Ali.—¡Ahora comprendo su calma!

—Yo no.

—¡Apostaría cualquier cosa á que se disponen á atacarnos por el mar!

—¿Cómo?

—Con balsas ó con algo parecido. Si tuviera una escopeta pronto despacharía á esos vigías; con estas armas no se puede hacer nada.

—Garrovi se lo llevó todo.

—¡Miserable! ¡Algún día le encontraré, y no tendré compasión de él. Pero preocupémonos de lo que nos interesa. El Sol se pone, y en breve será de noche: esperan la obscuridad para acometernos.

—¡No seremos tan tontos que nos durmamos!

Allí no respondió: miró en torno suyo, y vió que el agua cubría poco á poco bancos y escollera. Frunció el ceño, y levantando los ojos los clavó en Schapal. En su mirada se reflejaba una inquietud tan intensa, que no pasó inadvertida para el indio.

—¿Qué tienes?

—Me parece que hemos cometido una imprudencia al refugiarnos aquí.

—¿Por qué?

—Las mareas son muy fuertes en el golfo, y esta peña es poco alta.

—No comprendo...

—Cuando la marea haya adquirido su máximo de elevación, ¿estaremos aún en seco? ¿Has pensado en este peligro? Mira: las olas comienzan á agitarse animadas por la brisa de la tarde.

El indio había palidecido.

—¡La marea! —exclamó.

—¿Viste la peña esta mañana antes de que nos internásemos en el bosque? Entonces la marea era alta.

—No la vi.

—Eso quiere decir que vamos á pasar muy mala noche, y que las olas de la resaca nos arrojarán de aquí.

—¿Crees que las aguas cubrirán del todo la roca?

—Esta mañana no se distinguía.

—¿De modo que tendremos que hacer frente á las olas y á los andamanes?

Ali había enmudecido; observaba el oleaje de la marea que en el golfo de Bengala no alcanza la altura extraordinaria que en Manica, pero son muy importantes, sobre todo cuando sopla el monzón. No es raro verla alcanzar una altura de seis y hasta ocho metros, mientras el escollo sólo sobresalía del agua seis y algunos pies.

—¿Y qué vamos á hacer? —dijo Schapal.—



Amparados por la obscuridad podíamos volver á la floresta.

—¿Y los andamanes? Vigilarán para no dejarnos escapar.

—¿No habrá otro escollo más alto cerca de éste?

—¡Mira; mira una lija que se acerca! —indicó Alí cada vez más preocupado.—¡Buena noche se nos prepara! ¡Será un milagro que estemos vivos mañana! Ó las flechas de los isleños ó los dientes de las lijas darán razón de nosotros. Pero no desesperemos; puede darse el caso de que la marea no suba tanto y nos deje en paz. ¿Qué hacen los salvajes?

—Procuran acercarse.

—¡Eh! ¡Alto allá! ¡Aún tengo armas y municiones!

Alí se volvió hacia la playa: los isleños encargados de la vigilancia de los fugitivos deseaban dar fin á la aventura.

Uno, que parecía el jefe de los demás, á juzgar por el gran número de escamas de tortuga que le adornaban el pecho, había atravesado ya á nado dos canales y se había izado sobre un escollo que sólo distaba cincuenta pasos de la peña ocupada por Alí y el indio.

En la mano sostenía un arco, y parecía medir la distancia para cerciorarse de que la flecha haría blanco.

—Medita su atentado—dijo Schapal.

—Arrojadas desde cierta distancia, sus flechas hacen poco daño: tienen en la punta una espina de pescado, pues estos isleños no conocen el hierro.

—¡Mándale una bala!

—Estoy aguardando que se acerque: estas pistolas son de buen calibre, pero de poco alcance.

—Si nos ve armados, andarán con más recelo.

—Se acercará; no cabe duda.

El salvaje, alentado por la inacción de los fugitivos y creyéndolos desprovistos de armas, había dejado el escollo y atravesaba el tercer canal, sosteniendo entre los dientes el arco.

Á treinta pasos de la peña hizo pie, trepando á otro escollo que la marea no había cubierto aún. Deseoso de dar á sus compañeros una prueba de valor, se arrojó al suelo y tendió el arco, colocando en él una flecha.

—¡Cuidado, Schapal! Imitale, pues esa camisa que llevas no te defiende contra el dardo que va á arrojar.

El indio se echó en el suelo, y sobre él pasó flecha, que fué á caer á unos diez metros de la fleña.

—¡Es valiente el granuja—dijo Alí;—pero yo no soy mal tirador!

Apuntó con una de las dos pistolas: en aquel momento se levantaba el salvaje para juzgar del efecto de su dardo y se destacaba sobre el horizonte. El anglo-indio, á quien á su vez correspondía dar una prueba de valor y demostrar á los asaltantes que no se hallaban inermes, hizo fuego entonces; y aún no había cesado el estampido de la detonación, cuando se vió caer al salvaje, soltando el arco.

Quedó de rodillas unos instantes; después cayó fuera del escollo y desapareció entre las olas.

En aquel mismo momento el Sol se ocultaba por el mar, y una densa obscuridad reinó en la isla y el en vasto golfo de Bengala.

—¡Despachado!—exclamó Schapal, mientras los salvajes que aguardaban en la playa huían en todas direcciones, aullando como una bandada de patos asustados.—¡Buen tiro, á fe mía!

—¡Estoy muy satisfecho; aún soy un buen tirador! Veremos ahora qué hacen los salvajes: las armas de fuego hacen siempre gran impresión en estos pueblos primitivos. ¿Y la marea?

—Sigue subiendo.

Alí se levantó y miró el escollo: el agua había cubierto ya gran parte de la peña, y la espuma de las olas principiaba á salpicar la plataforma.

Hasta *Pandú* se asustó y ladraba incesantemente.

—¿Qué hacemos?—dijo Schapal.

Alí-Middel meneó la cabeza sin responder una palabra: así estuvo algunos minutos, y al cabo respondió al indio:

—Por aquí hay hojas secas, dispersas por la plataforma; recógelas y haz una hoguera: así veremos si se aproximan los andamanes.

Mientras Schapal se apresuraba á obedecer, el capitán se acercó á la orilla y escudriñó la costa. En la orilla no se veía á nadie.

Acaso, después de la muerte de su compañero habían renunciado al asalto, ó tal vez intentarían atacarlos por el mar. Alí, lleno de inquietud é incertidumbre, se acercó á Schapal, que entretanto había recogido las ramas y hojas que el ardiente calor del Sol había desecado durante la jornada.

Con el eslabón encendieron fuego; luego

se sentaron junto á la hoguera y vaciaron los bolsillos, que llevaban llenos de fruta. Se pusieron á cenar en silencio, y *Pandú*, al borde de la plataforma ladraba sin cesar á las olas, que rugían en la obscuridad de la noche.

En la costa no se distinguía á nadie: además, el cielo estaba cubierto de una espesa niebla, y la luz de la Luna no podía alumbrar la floresta.

—¿Qué harán los andamanes? — se preguntaba intrigado *Alí*. —¿Habrán tomado miedo de nosotros, ó se aprovecharán de las tinieblas para sorprendernos?

Por el momento no debía de amenazarlo ningún peligro, pues *Pandú* se lo hubiera advertido á tiempo.

*Alí* y *Schapal*, tumbados cerca del fuego, aguardaban silenciosamente. Hacía ya varias horas que habían cenado, cuando una ola rompió en el borde de la plataforma y apagó truscamente el fuego.

*Alí* y el indio se levantaron en seguida, sacudiéndose la espuma que los había manchado, y el primero exclamó:

—¡Ya está aquí la marea: dentro de poco estaremos en el agua!

—Dejemos el escollo antes de que nos arrojen as olas.

—¿Y adónde quieres ir?

—Hasta la playa no hay más que cuatrocientos metros, y la resaca nos llevará.

—¿Y si vigilan la costa? ¿Quién nos dice que los andamanes han renunciado á sus proyectos?

—Hubieran venido ya en alguna balsa.

—¿Y las lijas?

—¡No encontraremos ninguna!

*Alí* dió una vuelta por la plataforma: las olas la combatían impetuosamente, barriéndola de parte á parte. Era preferible aventurarse á permanecer allí.

—¡Sí! — dijo *Alí*. — ¡Vámonos, *Schapal*! Espera que me ate las pistolas y las municiones á la cabeza, porque si no, nos encontraremos indefensos.

*Pandú* se puso á ladrar mirando hacia la costa.

—El perro nos indica un peligro.

—¿Qué, vienen ya los andamanes?

El capitán de la *Djumna* contempló el espacio que mediaba entre la playa y el escollo, y creyó distinguir una sombra que avanzaba por el mar.

—¿Será una balsa? — se preguntó; y rápida-

mente se ató las pistolas y la bolsa de las municiones, asegurándoselas bien á la cabeza con su faja de lana encarnada, cubriéndose con el sombrero de anchas alas, luego dijo á *Schapal*:

—¡Al agua!

## IX

## LA PERSECUCIÓN

Un minuto después el capitán, *Schapal* y *Pandú* se hallaban entre las olas. Los dos primeros no eran grandes nadadores; pero no los asustaba aquella distancia de cuatrocientos metros. Para no fatigarse se dejaban llevar por las aguas y se limitaban á mantenerse á flote, seguros de que así llegarían á la costa, gracias á la marea.

*Pandú*, que era un nadador infatigable, se mantenía junto á su dueño, el cual, como iba vestido del todo, se cansaba más que el indio, que casi no llevaba ropa y que estaba descalzo.

Se hallaban ya sobre los bajos fondos y los escollos, y corrían peligro de tropezar con ellos ó romperse una pierna. Más de una vez dieron en ellos, pero sin sufrir el menor daño.

En los momentos de calma miraban en torno suyo, con objeto de observar la masa oscura que los indios habían lanzado al agua; pero no conseguían su propósito porque la espuma los envolvía y los cegaba.

Así avanzaron algunos centenares de metros, cuando descubrieron á pocos pasos de ellos la deseada playa.

—¡*Schapal*! — dijo *Alí* con voz afanosa, — en cuanto la ola nos empuje, levántate y huye en seguida, si no quieres que el mar te recoja otra vez!

—¡Sí, patrón! — repuso el indio.

La ola llegaba imponente, altísima, con la cresta coronada de blanca espuma y los levantó en vilo, empujándolos hacia adelante con increíble velocidad.

*Alí* se dejó llevar hasta que el agua le puso sobre la arena de la playa, é inmediatamente, antes de que sobreviniese la segunda ola y le arrastrara más adentro, se puso en pie y huyó hacia la floresta.

Cuando se consideró seguro volvió la cabeza, y vió sorprendido que *Schapal* y *Pandú* habían desaparecido.

—¿Habrán sido arrastrados por las olas? — se preguntó sobresaltado, corriendo á la playa con la esperanza de hallar á lo menos los cadáveres

de sus dos acompañantes; pero no encontró nada de lo que buscaba.

Fué á llamar; pero se detuvo: los andamanes podían estar cerca, y no era prudente delatarles su presencia. En aquel momento creyó oír entre las olas el rumor de un ladrido prolongado.

—¡Es *Pandú*!—exclamó—No se ha separado de Schapal; y procurará conducirle hasta aquí.

Desató la faja de lana, miró si las pistolas se habían mojado, y satisfecho del examen, las guardó, dirigiéndose á escape hacia el Sur.

Seguía la orilla del mar, alejándose del punto que los andamanes habían ocupado durante el día, siendo imposible que los vigías le hubieran visto salir á tierra. Pero ¿por qué había oído el ladrido en aquella dirección? Acaso existía allí alguna corriente y ésta empujaba á Schapal.

Á los pocos minutos oyó un nuevo ladrido, y después otro más cercano; no cabía duda, el indio y el perro procuraban ganar tierra por el Sur.

Alí echó á correr velozmente, ya acercándose á la orilla cuando el agua se retiraba, ya apartándose de ella cuando volvían las olas. Los ladridos seguían oyéndose; pero no la voz de Schapal.

El capitán continuó su marcha, y de pronto oyó delante de él un nuevo ladrido, más fuerte que los anteriores: no provenía del mar; había salido de detrás de una duna de arena.

—¡*Pandú* ha llegado á tierra!—exclamó el capitán—Espero que no esté solo.

En pocos minutos recorrió la distancia que le separaba de la duna. No se había equivocado: *Pandú* estaba detrás, y arrastraba por la arena un cuerpo humano que parecía sin vida. Al ver á su amo el pobre animal ladró tristemente, y dejando su carga comenzó á hacerle fiestas.

—¡Sí; aquí estoy dispuesto á ayudarte! ¡Veamos si vive aún el pobre Schapal!

El indio yacía sobre la arena como un cuerpo inerte. Alí le desembarazó de las hierbas marinas que le envolvían y le cogió en brazos, llevándole á una segunda duna más distante de la orilla.

Le puso una mano sobre el corazón, y observó que latía.

—¡Bah—dijo,—sólo está desvanecido, y los indios tienen la piel muy dura!

Bajo la mano notó algo viscoso y cálido: la retiró, y se vió los dedos llenos de sangre. Sólo entonces cayó en la cuenta de que el indio tenía una herida en la frente, de la cual manaba sangre en abundancia.

La herida que Garroví le hiciera se había abierto por efecto de algún encontronazo con las peñas.

Se arrancó una de las mangas de la camisa y le vendó la frente; después volvió á coger en brazos al indio, y le condujo á la floresta, depositándole debajo de un plátano cuyas gigantes cas hojas eran suficientes para resguardarle.

Se puso á darle friegas, hasta que un hondo suspiro le advirtió que Schapal volvía en sí.

—¿Dónde estoy?—preguntó. ¿En el fondo del mar?

—Da las gracias á *Pandú* por haberte traído aquí: sin este valiente animal, á estas horas estarías haciendo compañía á los peces.

—¡*Pandú*!—exclamó Schapal acariciando al perro.—¡Ah..., sí..., recuerdo...: me cogió por el cuello cuando estaba á punto de hundirme! ¡Te debo la vida...!

—¿Cómo no tomaste tierra cuando yo?

—No tuve tiempo de llegar á la playa; la ola siguiente llegó con ruido y velocidad inauditos. Nadé por la arena con la cabeza baja y las piernas por alto, y luego me sumergí. Cuando salí á flote, *Pandú* estaba á mi lado: me había cogido por el cuello de la camisa y me sujetaba con los dientes. No sé lo que sucedió después: una rápida corriente que bajaba hacia el Sur nos empujaba á pesar de nuestros esfuerzos. No recuerdo cuánto tiempo hemos estado luchando con el mar... Por fin, extenuado, me dejé caer, y aquí estoy...

—¿Te trajo *Pandú*?

—Sí; él ha sido. ¿Y los andamanes?

—No he vuelto á verlos.

—¿No nos habrán visto llegar á la orilla?

—No lo creo.

—¿Se habrán embarcado todos en la balsa?

—Puede. Pero no creas que estoy muy tranquilo. ¡Mira á *Pandú*!

Desde hacía unos instantes, el perro parecía hallarse muy agitado; se puso en pie y escuchaba con las orejas gachas y el hocico á ras del suelo.

—¿No querrán dejarnos tranquilos esos bribones?—dijo Alí empuñando una pistola.

Hizo señas á Schapal para que no se moviera, y él avanzó hacia la playa manteniéndose al amparo de la sombra proyectada por los árboles de la floresta. Escudriñaba atentamente el horizonte, y á poco le pareció que una sombra humana se deslizaba por los linderos del bosque, y desaparecía detrás de un árbol.

El capitán, que era muy valiente y confiaba en el auxilio de *Pandú*, al ver la sombra avanzó hacia el árbol, seguido por el perro, y reconoció todas las plantas de aquel lugar; pero no halló á nadie: el salvaje, al verse descubierto, habría buscado refugio en cualquier otro arbusto.

No queriendo el capitán, internarse en el bosque por temor á una emboscada, se disponía á regresar á la playa, cuando oyó un silbido. Apenas tuvo tiempo para dar un paso atrás, una lanza se clavó en el tronco del árbol que acababa de abandonar.

Antes de que Ali tuviese tiempo de contenerle, *Pandú* se perdió en la floresta: oyóse un grito agudísimo, y luego el rumor de la lucha que el perro sostenía con el salvaje.

—¡Aquí, *Pandú!*—gritó Ali.

Al aullido del salvaje siguió un chillido ensordecedor.

Los andamanes, advertidos de la fuga de los extranjeros, acudían vociferando.

El capitán se precipitó hacia el barranco donde quedó Schapal.

—¡Huyamos pronto!—le gritó.—¡Están ahí!

Y sin preocuparse del perro se lanzaron en la tenebrosa floresta, corriendo á la desesperada y sin saber adónde iban. Cuando extenuados se decidieron á hacer alto, ya no se oía nada. Se hallaban en medio de un grupo de plantas que chorreaban humedad, y donde ni una fiera se hubiera refugiado.

—¡Esperemos aquí; estoy reventado, y ya no nos siguen!

—Y, además, estamos cerca de *Pandú*.

—No temas: pronto ó tarde nos encontrará.

—¿Cómo tarda tanto?

—Habrá querido rematar á aquel salvaje que estuvo á punto de sorprendernos.

—¡Son el diablo esos bandidos! Creíamos que aun andarían alrededor de la peña, y casi nos prenden en el bosque, ¿Qué querrían hacer con nosotros.

—No sé; pero deben de tener necesidad de esclavos ó... de chuletas humanas.

—¡Calla!

—¡Ah! ¡Aun no te he contado la historia del *Orwell!*

—Entre los salvajes y la marea no nos dejan ¡Chis! ¿Oyes ese ruido?

—¿Los salvajes otra vez?

—No: oye.

Comenzaba á clarear, y un rayo de luz se di-

fundía por entre el follaje dejando ver el tronco de los árboles.

En medio de un grupo de colosales tamarindos se había oído un inesperado clamoreo acompañado de roncoss maullidos.

Ali y Schapal se miraban con ansiedad.

—¿Serán fieras que riñen?

—Yo he oído esos aullidos muchas veces—dijo el indio.—Son rinocerontes.

—¡Mala vecindad!

—También reconozco esos maullidos.

—¿Tigres?

—No; panteras.

—¡Tan peligrosas son como los otros!

Los aullidos continuaban, y tan agudos, que no era fácil reproducir su tonalidad estridente, furiosa y metálica. Se oían mugidos, ya graves, ya agudos, y silbidos que parecían delatar la presencia de una legión de colosales serpientes.

Impelido por una viva curiosidad salió Ali de su escondite, á pesar de que Schapal le aconsejó que no se exhibiera, para no excitar la cólera del monstruo.

Pero el follaje era tan espeso que no se veía nada: no cabía duda de que entre los tamarindos se estaba librando un furioso combate. Las ramas oscilaban como si en una pesada mesa golpease los troncos.

—¡Deja que el rinoceronte se las componga como pueda, y dispongámonos á preparar á cualquier árbol!—dijo Schapal.—No te servirán de nada las pistolas contra ese coloso.

—Tienes razón: no conviene aguardarle aquí. Además hay panteras también

Se agacharon entre las plantas, y á poco oyeron un galope desenfrenado y pesadísimo. Los árboles se plegaban y caían al suelo, y las frutas llovían por todas partes.

Poco después vieron salir un colosal rinoceronte todo lleno de barro, que llevaba encima dos preciosos animales de piel manchada; dos panteras.

Las fieras, hambrientas seguramente, habían atacado al coloso y le mordían con rabia, procurando desgarrarle la piel, la cual es tan gruesa, que muchas veces desvía las balas de los mejores escopeteros.

Ya le habían cortado las orejas y mutilado el carnoso labio: los ojos también habían desaparecido entre las garras de aquellas fieras. El pobre rinoceronte, impotente para desembarazarse de sus adversarios, loco de dolor, corría á todo correr tropezando en los árboles y clamando de

modo tan espantoso, que temblaba toda la floresta.

De pronto se detuvo, giró sobre sí mismo, se levantó sobre las patas traseras, y se dejó caer de espaldas: una de las panteras, dando un salto vertiginoso, se echó fuera y desapareció entre el césped; pero la otra, que no pudo separar las uñas de la piel del bruto, cayó debajo de aquella pesadísima masa y murió ahogada.

El rinoceronte se levantó en seguida, y dando un grito estridente, levanto de victoria, y sintiendo entre sus patas la pantera muerta, la embistió con rabia, destripándola y desgarrándola por completo.

Sin embargo, su victoria era aún peor que la de Pirro. Tenía el lomo desgarrado, el cuello arañado, la piel le caía á pedazos, y una lluvia de sangre le inundaba: se paró, y principió á roncar afanosamente.

—Está muy grave—dijo Ali, que se hallaba prudentemente escondido detrás de un árbol.— ¡Cómo le han dejado las panteras! ¿Qué te parece, Schapal?

—Que esa bestia sólo tiene diez minutos de vida.

—¿Es buena la carne de rinoceronte?

—Se deja comer; sobre todo cuando el animal es gordo, y éste lo es.

—¡No nos vendría mal ahora un asado! Esperemos á que exhale el último suspiro. ¡Eh! ¡Pandú!

Cerca de donde estaban se había oído el ladrar de un perro, y á poco vieron llegar á *Pandú*, que venía desenfrenado con el hocico lleno de sangre.

—¡Ah! ¡Qué animal más valiente! ¡Cuánto le deberemos si salimos bien de esta maldita isla!

*Pandú* se detuvo al ver al rinoceronte, y pensando que iba á acometer á su amo se dirigió hacia el animal, mordiéndole las patas delanteras. El pobre coloso tenía otra cosa en qué pensar; respiraba penosamente con la cabeza casi apoyada en el suelo y arrojando sangre por la boca. No sentía ya, y permanecía insensible á los mordiscos del perro.

—¡Aquí, *Pandú*! ¡Déjale morir en paz!

El perro se apartó del animal, y á poco de la garganta del muribundo salió un rugido extraño; levantó la cabeza como buscando aire para la respiración, y luego se dejó caer sobre el vientre.

—¡Ya es nuestro! —dijo Schapal cogiendo el ha cha.

—¡Cuidado! —dijo Ali, deteniéndole. — ¡No nos olvidemos de la otra pantera!

—Viéndonos no saldrá. Pocas veces acometen al hombre en lugar descubierto: sólo atacan á traición en sitio donde puedan esconderse.

—Entonces, vamos.

El rinoceronte era de los más grandes que Ali había visto en su vida: tenía casi la talla de un elefante de mediana estatura, quitando las patas, que en los rinocerontes son mucho más bajas, aunque no menos robustas.

Estos animales, los más violentos y brutales de cuantos existen en el globo, tienen una piel que parece una coraza, más resistente que la de los elefantes, y sólo penetrable por las modernas armas de fuego. Sin embargo, las panteras le habían causado una infinidad de desgarraduras.

La cabeza, que es de forma casi triangular, y provista junto á la nariz de un cuerno de marfil, como de un metro de largo, había sido horrendamente mutilada por los panteras; las orejas habían desaparecido.

—¡Mucho te va á costar despellejar esta bestia! —dijo Ali.

—Cortaré por las ancas repuso el indio: —la piel es ahí menos resistente.

Tras seis ó siete hachazos el indio consiguió separar un trozo de carne de varios kilogramos de peso, y que podía bastarles para un par de días.

—Ahora encendamos fuego—dijo el capitán. — ¡Tengo tanta hambre como las panteras!

—¿Y los salvajes?

—Deben de haber perdido nuestra pista: hasta que *Pandú* no nos avise, no hay peligro.

Ayudado por el indio plantó en el suelo dos ramas, y cortó otra, en la cual atravesó la carne; luego encendió hojas secas arrojando leña encima.

Mientras tanto *Pandú* roncaba sobre la hierba. Viéndole tranquilo, los naufragos creyeron, con razón, que los andamanes habían renunciado á perseguirlos.

Cuando Ali y Schapal creyeron que la carne estaría bastante asada, la apartaron del fuego y la depositaron en una hoja de plátano que á la vez les servía de mesa y de plato, y se pusieron á comer con un apetito envidiable, sin olvidar á *Pandú*.

Ya habían acabado, cuando cerca de ellos se oyó un ronco zumbido.

—¿Qué pasa? —dijo Ali, deteniendo á *Pandú*.

—La pantera que reclama su parte. Tiene razón: le hemos quitado su presa.

—¡Dale de comer!

—Iba á proponerlo, pues cuando están hartas estas fieras dejan en paz á los hombres.

Cogió el hacha, partió un pedazo de carne y arrojándolo hacia el punto donde rugía la pantera, cada vez más amenazadoramente, exclamó:

—¡Toma y vete!

La pantera se lanzó sobre la carne: cogerla y desaparecer, fué todo uno.

—Y ahora, querido Schapal—dijo el capitán de la *Djumna*,—ya que no nos amenaza nadie, vamos á descabezar el sueño. *Pandú* vigilará, y podemos fiarnos de él.

## X

## LA RETIRADA DE LOS SALVAJES

Escogieron un frondoso árbol cuyas ramas caían hacia el suelo, y que se hallaba á bastante distancia del punto donde yacía el rinoceronte; se prepararon un cómodo y fresco lecho con hojas de plátano, y, confiando en la vigilancia del perro, se abandonaron plácidamente en brazos de Morfeo.

Pero su mala estrella había, sin duda, decretado que aquellos infelices no tuvieran un momento de reposo. Apenas comenzaron á roncar, cuando los despertaron en primer término los ladridos de *Pandú*, y en segundo lugar, un espantoso concierto que hubiera amedrentado al más valiente.

—¡No se puede descansar en esta maldita isla!—gritó *Alí* poniéndose en pie.

—Son los chacales que acuden de todas partes para saciarse en el pobre rinoceronte. Son preferibles á los salvajes.

—¡Pero no nos dejarán dormir!

—Pronto acabarán. Deben de ser doscientos ó trescientos, y se darán mucha prisa. Tápate los oídos y haz como que no los oyes.

Imposible no oírlos: ni un sordo hubiera sido capaz de dormir con aquel ruido de mil demonios. Una hora duró aquél suplicio y sólo entonces pudo *Alí* conciliar el sueño.

Media hora después *Pandú* volvió á ladrar. *Alí* se levantó furioso.

—¿Los chacales otra vez?

—No; no se oye nada.

—*Pandú* no ladrará por gusto.

—¿Será la pantera?

—¿No habrá tenido bastante con lo que le dimos?

—Afortunadamente, el Sol está alto, y podremos distinguirla.

—¿Y si fuesen los salvajes?

—¡Vámonos, vámonos de aquí! ¡Me parece que no he de dormir ni un solo minuto!

—Ni yo. ¿Sabes lo que me hace suponer que son hombres los que se acercan?

—El silencio repentino de *Pandú*.

—Sí. ¡Ah! ¡Calla! ¡Ya no podemos dejar este escondite!

*Pandú*, que se había alejado, volvió á su amo con las orejas gachas y el rabo entre piernas.

Dos hombres casi desnudos y tan delgados que podían contárseles las costillas avanzaban agachados por entre las matas: uno iba armado de una lanza con la punta terminada en una espina de pescado, el y otro llevaba un arco de grandes dimensiones.

—¡Ellos otra vez!—balbuceó el capitán montando las pistolas. —¿Qué querrán estos hombres, á quienes no hemos molestado en lo más mínimo?

Los salvajes debían de seguir una pista. Se detuvieron junto al fuego que los naufragos habían encendido y removieron las cenizas: después se dirigieron al sitio donde estaba el esqueleto del rinoceronte.

—¿Vendrán aquí? Si estuvieran solos, no dudaría en hacer fuego contra ellos.

—No; sus compañeros deben de estar cerca.

Los salvajes dieron varias vueltas en torno del esqueleto, preguntándose seguramente quién había podido matar un animal tan enorme: luego se alejaron por entre el bosque hacia el Septentrión.

Viéndoles desaparecer, *Alí* dió un suspiro de satisfacción.

—Mientras ellos van hacia allí, ganaremos nosotros la playa y les volveremos la espalda. Esperemos á que pasen los demás.

Un cuarto de hora después apareció un pequeño grupo; que, confiado en los exploradores que le precedían, marchaba descuidadamente siguiendo las huellas de los otros.

Cuatro, escogidos de entre los más robustos, llevaban en hombros un envoltorio fuertemente ligado y rodeado con hojas de plátano: el bulto tenía la forma de un cuerpo humano.

—¿Qué llevarán ahí?

—Apostaría cualquier cosa á que es el cadáver del jefe muerto por mí. No habrán querido

dejarlo á los peces, y lo colgarán en algún árbol de su poblado.

Los salvajes, que caminaban muy aprisa, desaparecieron en el bosque.

—¿Podremos dormir ahora?

—Creo que sí.

—Echémonos, y cuando nos despertemos volveremos á la costa. Sólo del mar podemos esperar nuestra salvación.

Se acurrucaron junto á un árbol, y estuvieron durmiendo hasta las dos de la tarde.

—Ahora, en busca del mar—dijo Ali cuando se levantó,—y durante el camino buscaremos la cena.

Aún no se habían puesto en marcha, cuando á mano derecha oyeron chillidos estridentes.

—Es la cena que nos sale al encuentro: nuestra mala estrella se ha cansado de perseguirnos.

—Deben de ser pavos.

Se internaron con precaución, deteniendo á *Pandú* para que no espantara á los volátiles. Los chillidos se oían cada vez más cerca; los náufragos apartaban con suavidad las ramas, y así llegaron hasta un claro donde se hallaban reunidos trescientos ó cuatrocientos pavos reales.

Estos soberbios volátiles corrían en torno de las hembras haciendo la rueda, esponjando las anchas plumas, en las cuales la púrpura y el oro se unían á los brillantes reflejos de las esmeraldas y de los zafiros, y agitaban el elegante rizo que adornaba sus cabezas.

Estas aves, que son originarias de la India y de las islas de Bengala, viven en bandadas numerosísimas en medio de los bosques en estado salvaje: vuelan muy poco, y prefieren correr, siendo tan ágiles que muchas veces ganan á los perros.

Sólo por la noche se refugian bajo los árboles, de los cuales descienden al amanecer para buscar semillas que se tragan enteras. Construyen sus nidos en tierra; pero en en cuanto á sus hijuelos les salen las alas las madres se apresuran á llevarlos á los árboles para que aprendan á volar.

Ali sabía que los pavos tienen el oído torpe, pero que, en cambio, gozan de una vista excelente, y ordenó á Schapal que se detuviera con *Pandú*, ocultándose entre las matas. Cuando se consideró á distancia el capitán disparó ambas pistolas al mismo tiempo en el centro del grupo: dos pavos cayeron á tierra; los demás, asustados por la detonación, huyeron rápidamente, desapareciendo entre las ramas.

Ali iba á adelantarse para recoger la caza, cuando oyó á su derecha un ruido ensordecedor y espantoso: parecía que por el bosque avanzaba un huracán. Las plantas caían derribadas al suelo; los arbolillos tiernos se inclinaban á un lado y á otro; la tierra temblaba como si pasara por allí un regimiento de caballería, y de vez en cuando se oían sordos mugidos.

*Pandú* se lanzó en medio de la floresta ladrando de coraje. Schapal gritaba:

—¡Huye! ¡Vamos á morir despedazados!

Aun cuando Ali ignoraba el peligro que en aquel momento lo amenazaba, comprendiendo por el acento con que pronunció las anteriores palabras que el caso era grave, abandonó los pavos y volvió adonde el indio estaba. Un árbol alto, de tronco no muy grueso, había donde Schapal aguardaba.

—¡Pronto, sube!—dijo el indio al marinero.

Ali se abrazó al tronco, y principió á preparar con la agilidad de un mono: el malabar le seguía; y aunque el árbol era alto, en dos segundos llegaron á la copa.

Casi en el mismo instante apareció una inmensa muchedumbre de animales de pavoroso aspecto, y enorme talla: eran unos trescientos *jungli-kudgias* ó *bhainsas*, búfalos formidables más temibles que los tigres, pues no se detienen por nada ni ante nada.

Los búfalos viven en estado salvaje en medio de los grandes bosques, y se parecen más á los bisontes de la América del Norte que á los toros comunes. Son de formas sólidas; tienen cinco pies y medio de estatura; el cuello gordo y corto; una joroba muy pronunciada que se extiende, como en los bisontes, hasta medio cuerpo; la cabeza corta y cuadrada con unos cuernos formidables retorcidos hacia dentro, y que luego se levantan en punta.

Asustados por los tiros de Ali-Middel, habían echado á correr temiendo ser atacados de pronto. Como no tienen muy buena vista, pasaron debajo del árbol donde se hallaban los fugitivos sin advertir su presencia; pero como tienen un olfato tan fino, no tardaron en encontrar á sus enemigos.

En efecto; los náufragos vieron que los búfalos se detenían, daban la vuelta y se paraban á corta distancia del árbol: su cólera había cesado, pues miraban á los dos hombres con más curiosidad que odio.

Comenzaron á dar vueltas y vueltas en torno de la planta, levantando los sonrosados hocicos

y olfateando sospechosamente á aquellos dos seres que permanecían acurrucados entre las ramas; luego se pusieron á pacer tranquilamente, mientras los demás se tendían á la sombra rumiando.

—¡Estamos presos!—dijo Ali.

—Y acaso por mucho tiempo; porque son muy calmosos estos *bhainsas*.

—¿Querrán sitiarnos?

—Seguramente.

—¡Demonio! ¡Y no tenemos qué llevarnos á la boca...! Ni agua! ¿Y si probara á espantarlos con un tiro?

—No; si se enfadacen, son capaces de derribar el árbol. ¡Dejémoslos en paz!

—Pero si se prolonga el sitio, no podremos sufrir la sed.

—Nuestra buena estrella nos ha traído á esta planta preciosa, que nos dará de comer y de beber. ¡Vaya! ¡Vas á beberte un buen vaso de vino!

## XI

### EL ATAQUE DE LOS BHAINAS

La promesa de Schapal podía parecer extraordinaria, inverosímil, en aquel momento, y en la copa de aquel árbol; sin embargo, el malabar no tardó en cumplir su ofrecimiento.

El árbol donde se habían refugiado era un *borasso* con hojas en forma de abanico, planta muy común en aquellos climas, y una de las más útiles y de las más raras.

Tenia unos quince metros de altura, tronco esbelto que adelgazaba en la parte superior, cubierto de abundantes hojas, dispuestas en forma de abanico, de metro y medio de largas, y anchas como un quitasol.

Se hallaba cargado de frutas tan grandes como la cabeza de un niño de tres años, frutas redondas y de corteza amarillenta. El malabar sacó su cuchillo de maniobras que llevaba en la faja, se encaramó en una rama, cortó una hoja é hizo con ella un vaso de forma cónica; luego practicó una incisión en uno de los tallos más tiernos y colocó debajo del corte el vaso que había fabricado, sujetándole al tallo con algunos filamentos vegetales.

Hecho esto, arrolló otras hojas, practicó otras incisiones y aguardó.

Poco después, de los cortes practicados por el malabar comenzaba á gotear un líquido que despedía un ligero olor á alcohol.

—Bebe—dijo el malabar cuando se hubo llenado uno de aquellos vasos.

Ali probó el líquido y luego se lo bebió ávidamente; era dulce, algo picante y sabía á vino.

—Es riquísimo—exclamó.—Yo había bebido algo parecido; el *toddi*.

—Si, pero esto es mejor, bebe más; las ramas seguirán proporcionándonos vino durante mucho tiempo. Si lo dejásemos fermentar, cuando lo bebiéramos nos emborracharíamos, pero lo beberemos antes; también se puede sacar azúcar de este líquido, pero para ello necesitábamos un recipiente con cal para impedir su fermentación y fuego para que se condensase.

—Pero por el momento no poseemos eso ni podemos encender fuego.

—Es verdad. Aguarda.

Schapal tomó uno de aquellos frutos, lo abrió con el cuchillo y extrajo dos huevos blancos como los de los ánades.

—Cómete uno—le dijo al capitán.

Ali probó uno y lo encontró muy bueno; sabía como nuestras almendras.

—Este árbol es una providencia; durante dos ó tres días podríamos permanecer aquí á despecho de nuestros sitiadores.

Cogieron más fruta, y una vez que hubieron hecho una buena provisión y retiraron los vasos llenos de savia, se acomodaron como mejor pudieron y se pusieron á comer sin preocuparse de los búfalos.

Éstos, por su parte, parecían haber renunciado á toda idea de ataques; unos, tumbados á la sombra de los árboles rumiaban pacíficamente, otros pacían entorno del árbol sin perder de vista á los prisioneros.

De vez en cuando un búfalo se acercaba al tronco, miraba á los refugiados con sus ojos inyectados de sangre, y golpeaba el árbol con su cornamenta, como queriendo convencerse de su firmeza.

De pronto esta calma se vió turbada bruscamente por culpa de *Pandú*; el perro, que hasta entonces había permanecido oculto y callado, viendo que el cerco se prolongaba, salió de su escondite y se arrojó sobre el búfalo más próximo, mordiéndole una oreja.

El bruto, al sentir herida aquella parte tan delicada, comenzó á rugir, dando brincos endiablados; pero el perro cada vez apretaba con más fuerza, animado por las voces que le daban sus amos, los cuales suspendieron la comida.

Los otros búfalos, viendo á su compañero en



peligro, acudieron en su ayuda, y el perro, comprendiendo que iba á ser arrollado, abandonó á su adversario, pero no dejó el campo; con una agilidad sorprendente saltaba ya sobre éste, ya sobre aquél; al uno le mordía en las patas, al otro en las orejas, sin dejar de ladrar ni dejarse sorprender.

—¡Bravo, *Pandú!* ¡Muerde fuerte!

—¡Muérdeles en las orejas!

Los búfalos, enfurecidos por aquellos mordiscos, galopaban á la desesperada, derribando plantas, aplastando las hierbas, mugiendo y dando cornadas en todas direcciones.

Alí, temiendo que á su perro le ocurriese algo, creyó llegado el momento de hacer uso de sus armas, y disparó contra un búfalo, que pasaba al galo de bajo el árbol.

El *bhainsa*, al sentirse herido, se empujó como un caballo instigado por las espuelas, y comprendiendo que el proyectil debía haber partido del árbol, se dejó ir contra el tronco, con tal violencia, que le hizo oscilar bruscamente.

Schupal tuvo tiempo de preparar á las ramas más resistentes; pero Alí, que aun tenía las pistolas en las manos, perdió el equilibrio y cayó á tierra.

Los búfalos, al ver precipitarse aquel cuerpo, se dirigieron en actitud amenazadora adonde estaba; pero Alí, aunque aturdido por la caída, se puso en pie, y al ver aquellos animales que se le venían encima, echó á correr á través de la floresta.

Pero no podía competir con unos animales que corrían como los caballos.

Uno de los más ágiles le alcanzó y le arrojó á lo alto con una violencia inaudita.

Schupal, pálido, aterrorizado, impotente, vió al capitán dar dos ó tres vueltas en el vacío y caer en la bifurcación de un gran árbol y quedar aprisionado entre las hojas y las ramas.

—¿Estás herido?—preguntó Schupal.

Alí no dió señales de vida; yacía inerte, con los brazos colgando. Los búfalos saltaban como endemoniados, queriendo alcanzar la rama donde estaba el herido, aunque sin conseguirlo; el perro seguía azuzándolos, y algunos comenzaron á perseguir á *Pandú*, alejándose de los árboles donde se hallaban los náufragos de la *Djumna*; los demás, viendo que algunos se apartaban, fueron tras ellos. Después, cansados de los mordiscos y de los saltos del perro, se desbandaron al galope, corriendo hacia el interior de la isla.

Por fin cesó todo peligro, y Schupal pudo bajar á tierra y acercarse á Alí.

—¡Ya han huido!—le gritó.—Baja, que ya no corremos peligro...

No pudo terminar; una gota de sangre le cayó en la cara.

—¡Gran Siva! ¡Le han matado!

Trepó arriba, y se halló en breve junto á su compañero. Alí, pálido, con los ojos entreabiertos, colgaba inerte como si estuviera muerto. Su americana blanca se hallaba manchada de sangre, la cual manaba de una herida, producida, sin duda, por el cuerno del búfalo.

Schupal le puso una mano sobre el corazón, y notó que aun latía.

—Confíemos; Alí es muy robusto.

Schupal cogió á Alí en brazos y le separó de todas las ramas que le tenían aprisionado; después, sirviéndose de su faja, larga y resistente, hizo descender el cuerpo hasta el suelo, depositándolo sobre el césped.

Luego saltó á tierra, despojó á Alí de sus vestiduras y le examinó la herida; el infeliz había recibido una cornada bajo la sexta costilla; el cuerno le había penetrado algunos centímetros, pero sin causar grandes males.

La séptima costilla había sido brutalmente destrozada, y Alí se debió desvanecer á causa del dolor.

—La cura será larga, pero no hay peligro; creía que sería más grave.

Cerca de donde se hallaba, distinguió un estanque; cortó un trozo de su *dugbah*, y fué á empaparlo en agua, y le lavó cuidadosamente la herida, juntando después la costilla rota.

Luego le vendó el pecho para detener la hemorragia, que podía tener gravísimas consecuencias.

—Ahora construyamos un refugio, pues á la costa no se le puede conducir más que con unas angarillas.

Iba á levantarse cuando Alí abrió los ojos, gimiendo blandamente.

—Scha...paal...—murmuró.

—Aquí estoy.

—¿Qué ha pasado? ¡Siento un fuerte dolor en el costado derecho!

—De una cornada que te ha dado un búfalo.

—¡El búfalo! ¡Ah...! ¡Ya recuerdo...! ¿Se han ido?

—Sí; *Pandú* les ha obligado á internarse.

—¡*Pandú!* ¿Vive? ¡Déjame que le vea!

— Andará persiguiendo á los búfalos para que no vuelvan.

—¿Es de gravedad la herida?

—Tienes rota una costilla y una herida profunda; pero te curarás.

—Pero no podré moverme en mucho tiempo.

—¿No estoy yo aquí?

—Pero tú solo no puedes llevarme hasta la costa, y yo no quedo tenerme en pie.

—Permaneceremos aquí. Construiré una guarida que nos defienda de los animales y de la intemperie. Dentro de un mes reanudaremos la marcha...

—¡Un mes! ¡No podía haberme ocurrido mayor desgracia!

—Consuélate pensando que aún vivo yo.

—Es verdad.

—¡Vamos! Échate allí y reposa tranquilo, mientras yo te construyo una cabaña; después buscaré los pavos, y hierbas que cierren pronto tu herida.

—Antes busca las pistolas.

—Ya sé dónde están.

—¿Crees que volverán los *bhainsas*?

—No. Además, estaremos bien resguardados, pues Schapal sabe hacer cabañas sólidas y resistentes. Duerme, que yo cuidaré de todo.

## XII

### LA NAVE INCENDIADA

Schapal se puso á trabajar con una celeridad extraordinaria y con aquella maña peculiar á los indios, especialmente á los malabares. Antes de que anocheciese construyó una cabaña con troncos de árbol, cubriéndola con un techo de grandes hojas y de ramas resistentes.

Ayudado por *Pandú*, que regresó pronto, halló los dos pavos muertos por Ali, y recogió abundante fruta del *torasso*.

La primera noche que pasaron en la floresta transcurrió tranquila: el indio estuvo velando la mayor parte de ella, no por miedo á que los atacaran los animales, sino para renovar los paños al capitán.

Al día siguiente el malabar anduvo buscando algunas hierbas medicinales, y tuvo la suerte de hallar unas llamadas *lengua de serpiente*, cuyo jugo es muy utilizado por los esculapios indios.

Ali experimentó un gran alivio con aquella medicina, y al tercer día la herida comenzó á cicatrizar; pero la costilla fracturada exigía un

reposo bastante largo y una inmovilidad de varias semanas.

El malabar se multiplicaba para que no le faltase nada al capitán, y todos los días por la mañana se internaba en la floresta en busca de viveres; unas veces volvía con algún pavo ó alguna *saras*, uno de los volátiles mayores que se encuentran en aquellas islas: tienen plumas grises y relucientes como la seda, cabeza fina defendida por un pico corto y adornado de plumas rojas, cuello largo y derecho y patas altas y robustas.

Estos animales son el emblema de la fidelidad conyugal; viven siempre juntos macho y hembra, y cuando uno de los dos muere, el otro no le abandona y gira en torno del cadáver lamentándose tristemente.

Otra vez Schapal descubrió varios árboles frutales, entre ellos uno cargado de nueces de coco, y algunos bananos de fruta deliciosa, llamadas *musa sapientium* por los naturalistas porque durante cierto tiempo fué el alimento preferido por los sacerdotes de Brahma.

Allí nunca se había visto en tanta abundancia, y se aprovechaba de ella para recuperar las fuerzas perdidas.

Así transcurrieron cuatro largas semanas sin que les sucediera el menor contratiempo; el herido principiaba á levantarse, y daba frecuentes paseos por las inmediaciones de la cabaña.

Un suceso inesperado vino á inquietar nuevamente el ánimo de los naufragos. Schapal se había alejado en busca de frutas frescas, y Ali, custodiado por *Pandú*, se había sentado en un árbol caído. De pronto el capitán vió llegar al indio á escape, como si le persigieran.

—¿Qué te pasa?

—Cerca de nosotros están los salvajes.

—¿Te siguen?

—No; pero no están muy lejos.

—¿Has descubierto sus pisadas?

—Sí.

—Pueden ser antiguas.

—No; el fuego estaba aún encendido.

—¡Demonio! ¡Cuenta, cuéntalo todo!

—Al pasar junto á un árbol muy grueso que tenía en el tronco una cavidad, me dió en la cara un soplo de aire caliente. Miré dentro, y vi que estaba lleno de cenizas; las revolví con el bastón, y encontré debajo brasas que iban consumiéndose lentamente.

—¡Ya! Sería un horno de los salvajes.

—¡Un horno!

—Sí; para asar sus víveres los andamanes encienden fuego al pie de un árbol, y á medida que las llamas consumen la corteza van sacando los carbones, hasta que se forma una cavidad que luego les sirve de horno.

—¿Y cómo prenden fuego á los árboles?

—Frotando dos trozos de leña bien seca, operación que requiere cierta habilidad y mucha paciencia.

—¿De modo que el horno que he descubierto puede haber sido utilizado hace muchos días?

—Tal vez. Sin embargo, estaremos alerta para que no nos sorprendan, y en cuanto yo pueda andar nos iremos á la costa: ya estoy curado, y espero que dentro de algunos días respiremos el aire del mar.

Aunque casi tenían la seguridad de no ser descubiertos en aquel refugio, por la noche vigilaron por turno, temiendo que *Pandú* con sus ladridos los delatara.

Al amanecer fué Schapal á reconocer los alrededores; pero volvió más que aprisa, pues el tiempo que hasta entonces había sido muy bueno, se disponía á cambiar.

Empezó á llover, y el agua caía á torrentes sobre el bosque; por el lado de la costa se oía rugir el mar, el cual no distaba de su escondite más que un par de kilómetros.

Schapal amontonó sobre el techo hojas y más hojas para evitar que la lluvia inundara la cabaña; luego reforzó las paredes, pues sobre la floresta se había desencadenado un furioso vendaval.

Durante los días consecutivos siguió lloviendo con violencia creciente, y la lluvia se presentaba acompañada de truenos formidables y de descargas eléctricas. Schapal tuvo que renunciar á sus correrías: afortunadamente, había matado un *nilgó*, y tenía carne en abundancia.

Una noche fueron despertados bruscamente por los ladridos de *Pandú*; creyeron que iban á ser atacados, y se armaron con presteza.

El perro, con la cabeza vuelta hacia el mar, ladraba furiosamente y hacía esfuerzos desesperados por abrir la puerta.

—¿Qué habrá oído *Pandú*?

—¿Serán los salvajes?

—¡Abre, Schapal!

El malabar obedeció, y en cuanto *Pandú* se vió libre se lanzó en dirección de la costa ladrando con más fuerza cada vez.

La noche era tempestuosa y llovía á mares; los relámpagos alumbraban de cuando en cuando

las tinieblas. Alí y Schapal miraron por entre el follaje; pero no vieron nada; prestaron atención y no oyeron más que el ruido del agua y el fragor de los truenos.

—Algo debe de ocurrir en la costa: si no, *Pandú* no nos hubiera abandonado.

—¿Habrá encallado algún barco en las escolleras?

—Es posible: con este huracán...

—¡Voy á ver!

—¿No tienes miedo?

—Se trata de nuestra salvación...

—Ve, Schapal; pero date prisa.

El indio se armó de un bastón y del hacha y se lanzó á través del bosque, guiándose á la luz de los relámpagos.

Á lo lejos se oían los ladridos de *Pandú*.

Al cabo de un cuarto de hora Schapal llegaba á la orilla: el mar, agitado por el viento, rompía con impetu irresistible contra la costa, como si quisiera arrebatar la isla entera. Olas monstruosas se quebraban rugiendo y salpicando los árboles de la floresta.

A la luz de un relámpago vió Schapal al perro que se hallaba sobre una roca con la cabeza vuelta hacia el Noroeste, y ladrando furiosamente.

Miró en aquella dirección, y á una distancia de tres ó cuatro millas distinguió un vivo resplandor: parecía que una luz gigantesca se deslizaba sobre el tempestuoso mar con rapidez.

Al pronto Schapal no pudo ver bien lo que era; pero observando con más atención, vió que se trataba de un barco, un *pariah*, que ardía por los cuatro costados.

Aquel espectáculo tremendo, horrible, duró breves instantes. Parte de la arboladura cayó al agua; después la nave, empujada por el viento, se perdió en lontananza. Durante algunos minutos, Schapal distinguió aún un punto luminoso que se alejaba con rapidez: luego todo desapareció entre las nubes y la lluvia.

—¡Desgraciados! ¿Qué suerte los esperará?

*Pandú* ya no ladraba: intentaba seguir á la nave corriendo por la orilla; pero á poco regresó junto al malabar.

—¡Vamos! —dijo el indio.—Alí nos esperará con impaciencia.

Se pusieron en marcha; pero *Pandú* se paraba á cada instante volviendo la cabeza y cogiendo por el traje al indio, como pidiéndole que regresara á la costa.

—Es inútil *Pandú*; no puede salvarnos.

Cuando Schapal llegó á la cabaña, Ali le aguardaba lleno de curiosidad.

—¿Ha pasado alguna embarcación?

—Sí; una nave presa de las llamas y del huracán.

—¿No se había engañado *Pandú*?

—No; pero no podíamos aguardar ningún auxilio de aquel barco: me parece que no irá muy lejos.

—¡Pobres marineros! ¿Pasaba muy cerca de la costa?

—Á tres ó cuatro millas.

—Debieron conducirla á la playa si querían salvarse: no tienen otro recurso. ¿Hacia dónde iba?

—El huracán la empujaba hacia el Sur.

—Puede que naufrague en la costa meridional.

—En ese caso, de poco nos servirá su ayuda.

—Pero, siendo muchos, podríamos resistir mejor á los salvajes, construir una barca... Schapal, iremos hacia el Sur.

—¿Tienes esperanzas?

—Si la tripulación se ha percatado de la proximidad de la costa, habrá empujado la nave hacia la isla.

—Si quieres, volveremos al Sur.

Sí; mañana nos pondremos en camino.

En aquel instante *Pandú* dió un prolongado ladrido: tenía la cabeza vuelta hacia el mar, y parecía escuchar con suma atención.

—Nunca he visto á tu perro tan alterado como esta noche: me cogía de la ropa para no dejarme volver aquí.

—Esperará que vuelva la nave para salvarnos.

—¿No oyes qué ladridos tan lúgubres? Parece que nos augura alguna desgracia.

—¡Bah! Eso son supersticiones en las que nunca he creído. ¡Vamos á descansar!

Cerraron la puerta; pero *Pandú* no quiso entrar y se quedó fuera. Poco después los naufragos roncaban. Schapal se despertó varias veces, pues el perro no cesó de ladrar durante toda la noche.

### XIII

LATSCHIMI

Al amanecer cesó la lluvia y el viento amainó, dejando en paz á los árboles de la floresta.

Á eso de las ocho de la mañana reapareció el

Sol, y entonces Ali y Schapal decidieron salir de su escondite.

—¿Te sientes con fuerzas bastantes? —preguntó Schapal.

—Aún estoy bastante débil—respondió Ali;—pero un buen paseo y una buena bocanada de brisa marina acabarán de aliviarme. Dedicaremos el día de hoy á la caza, y cuando tengamos víveres suficientes para una semana nos despediremos de estos lugares y nos encaminaremos al Sur; Tengo una esperanza...

—¿Cuál?

—Encontrar, más pronto ó más tarde, la nave que viste.

El indio meneó la cabeza.

—¿Dudas?

—El mar estaba muy revuelto, y la nave ardía: será un milagro que haya logrado salvarse.

—Esos milagros ocurren todos los días. El incendio pudo destruir nada más que la arboladura, dejando intacto el armazón. Ahora vamos á cazar: voy sintiendo apetito. ¡Ah! ¡Si tuviera una escopeta!

—¿No tienes las pistolas?

—Pero alcanzan poco.

Tomaron las armas y salieron. *Pandú* al ver á su amo le miró, y lanzó un ladrido que dejaba adivinar cierta tristeza.

—¿Qué tiene mi perro? Ha perdido la alegría.

—No comprendo: le encuentro muy triste, y debía estar muy contento al verme ya sano; ¡Bah; ya se pondrá alegre cuando coma!

Recorrieron una parte del bosque observando atentamente el follaje con la esperanza de cobrar alguna buena pieza, cuando entre las ramas superiores de los árboles oyeron gritar:

—¡Craaac...! ¡Craaac!

Ali se detuvo; miró á lo alto, y vió acurrucados en las ramas de un enorme *tara* unos doce volátiles muy raros, de un metro de longitud, con plumas negras en el dorso, el vientre y la cola blancuzcos, y con la cabeza armada de un pico monstruoso.

Las aves estaban despojando el árbol de su fruto; operación para ellas llena de dificultades, pues, á pesar de su enorme pico, se veían obligadas á arrojar primero al aire el alimento y recogerlo después entre las mandíbulas abiertas, dejándolo caer en el esófago.

—¿Qué son?—dijo Schapal.

—*Calaos rinocerontes*—contestó Ali.

—¡Qué picos! ¿Cómo podrán servirse de ellos?

—Ne pesan nada: están formados por un tejido esponjoso recubierto de una ligera capa de materia córnea, muy dura, y que da al pico una solidez á toda prueba.

—¿Y se pueden comer esos animales?

—¡Ya lo creo; son un excelente bocado!

—¿Y están muy gruesos?

—Mucha pluma y poca carne: probaremos á cazar alguno, si se están quietos. ¿Son muy astutos y desconfiados. Ya nos han visto.

Los *calaos*, después de dar un *craaoc* estruendoso, tendieron el vuelo; pero Ali no se desanimó, pues sabía de antemano que eran muy malos voladores. En efecto; después de recorrer setenta ú ochenta metros se detuvieron en otro árbol que se levantaba en medido de una red inextricable de plantas pequeñas.

—Los sorprenderemos—dijo Ali.

Los dos cazadores se echaron al suelo y se deslizaron por entre las matas como si fuesen dos reptiles: los *calaos*, creyéndose seguros, reanudaron la comida.

Ali avanzó con gran cautela, y llegó hasta el pie del árbol donde estaban las aves: entonces se levantó sin hacer ruido, y apuntó á las que se hallaban en las ramas inferiores. Sonaron dos tiros, y cayeron dos aves, mientras las otras huían precipitadamente.

Schupal, que las vió caer, se arrojó sobre ellas, y las remató dándoles con el hacha un golpe en la cabeza; luego se las presentó á Ali.

—¿Quién hubiera creído que estos pajarracos tan gruesos iban á pesar tan poco?

—Ya te lo decía: son todo pluma. Y estas aves se hallan provistas de abundantes depósitos de aire; entre la piel y la carne tienen muchas vejigas que se llenan de aire cuando respiran y se dilatan: por eso desde lejos parecen tan pesadas, y en la mano las encuentras tan ligeras. ¿Tú creías que eran tan gordos como los patos?

—Y ahora veo que no pesan mucho más que una gallina.

—No importa: ya nos hemos asegurado el almuerzo y la cena. Póntelos al hombro, y vamos hacia la costa: los asaremos en la playa.

Cuando llegaron á la costa el mar aún estaba revuelto; pero como había cesado el viento, era de esperar que pronto sucedería la calma.

Ali recorrió con la vista la superficie del golfo y después la playa, que iba formando una gran curva hacia el Sur.

—¿Á qué distancia pasó la nave?

—Á cuatrocientos ó quinientos metros.

—¿Iban muchos hombres á bordo?

—Me pareció que la tripulación era muy numerosa para un *pariah*.

—¿Eran todos indios?

—No; nosotros no llevamos nunca barretina, y algunos de aquéllos la llevaban: serían europeos.

—¿Dónde se habrá refugiado la nave?

Se interrumpieron bruscamente, avanzando algunos pasos.

—Schupal, ¿no ves en el mar una cosa que empujan las olas hacia la playa?

—Sí; parece el palo de un navío.

—Que tal vez pertenezca al *pariah*: daría cualquier cosa por que llegase hasta aquí.

—¿Para qué?

—Para averiguar el nombre de la nave: no en vano se imprimen el nombre de los barcos en las arboladuras.

—¿Y qué sacarías?

—Conozco casi todos los barcos que frecuentan Calcuta, y el capitán que mandaba el *pariah* podía ser amigo mío.

Poco á poco el árbol se aproximaba á la playa, perdiéndose unas veces y apareciendo otras. Por fin las olas lo arrojaron contra los escollos y allí quedó detenido.

Ali y Schupal acudieron en seguida para reconocerlo.

—Es el palo mayor, y está aserrado por el pie.

—¿No tiene nombre?

—No.

Un triste lamento los hizo volver la cabeza. *Pandú* daba vueltas alrededor del palo, olfateándolo y quejándose lastimosamente.

—¿Qué tendrá este perro?

—Aquí hay un misterio que me gustaría aclarar: ó *Pandú* ha reconocido la nave, ó á bordo iba alguna persona conocida.

—¿Quién?

—¡Qué sé yo! No me parece natural la agitación del perro.

—¿Iría algún amigo tuyo en el *pariah*?

—Puede. El instinto de *Pandú* es maravilloso: hay que buscar la nave.

—Mañana nos pondremos en camino. Hoy te fatigarías mucho.

—Sí; las piernas me flaquean aún. ¿Tomamos un bocado, Schupal? El aire del mar me ha abierto el apetito.

Recogieron leña, desplumaron un *calaos* y lo

pusieron á asar; después hicieron una buena provisión de moluscos.

Pero *Pandú* no se separaba del mástil: lo olía, lo olfateaba por todas partes, y de vez en cuando se acercaba á Ali ladrando, y luego volvía al madero.

Terminada la comida, y habiéndose calmado el golfo, Ali y Schapal acordaron dar un paseo hacia el mar, con la esperanza de encontrar más restos del *pariah*.

Recorrieron un kilómetro sin descubrir nada; llegaron hasta una escollera desde cuya cima podía distinguirse una inmensa extensión de la costa y del golfo.

—¿No ves humo al Sur?

—No.

—Entonces, confiemos en que la tripulación logró dominar las llamas. ¡Oh; hemos de encontrar la nave! Ahora volvamos á nuestra cabaña, Schapal: mañana reanudaremos nuestra vida errante.

Se metieron por la floresta, deteniéndose aquí y allá para recoger algún mango ó algún plátano, y cuando llegaron á la cabaña era casi de noche.

Iban á penetrar en su guarida, cuando vieron á *Pandú* que dió varios saltos y se dispuso á acometer á un enemigo invisible.

—¡Cuidado—dijo Ali;—*Pandú* ha descubierto algún enemigo ó enemigos!

—¡Ya lo veo!

Ali sacó las pistolas y entró con precaución en la cabaña. Con gran sorpresa suya no vió á nadie, y todo lo halló tal como lo habían dejado. Además, si se hubiera escondido alguien dentro, *Pandú* sin vacilar se hubiera arrojado sobre él.

—Salgamos—dijo Ali.

Miró el suelo, y vió pisadas humanas impresas en la húmeda tierra, que el Sol aún no había enjugado. Pero eran tan diminutas, que parecían de un niño.

—Aquí ha estado alguien: un hombre, no; es seguro.

—¿Qué niño iba á aventurarse? ..

—Puede haberse dado el caso de que pasara por aquí una tribu, y que se destacara un niño para buscar fruta, y haya descubierto nuestro refugio.

—¿Y volverá?

—¡Pst! Los andamanes no se detienen más de un día en un mismo sitio: son más nómadas que los árabes y los beduinos. ¡No nos preocupemos!

Removieron las hojas que les servían de lecho y se durmieron pronto, tranquilizados por el silencio del perro.

Al día siguiente Schapal se levantó en cuanto comenzó á clarear, y dijo á Ali:

—Voy á hacer provisión de fruta y á ver si cazo otro *calaos*. La mañana está muy húmeda, y no te vendrán mal dos horitas más de reposo.

—Ve, Schapal: no nos pondremos en camino hasta el mediodía, cuando caliente bien el Sol.

El indio tomó las dos pistolas del capitán y se metió por la floresta, avanzando con gran precaución. Habíase alejado ya un kilómetro de la cabaña, acercándose á la costa, cuando en medio de un grupo de árboles vió alzarse uno grandísimo, con el tronco derecho, de diámetro notable, con las ramas levantadas como si fueran los brazos de un candelabro, y con las hojas de color verde tan oscuro, que formaba con su masa una especie de cúpula de dimensiones gigantescas.

—¡Un *mhowah*! —exclamó el indio frotándose las manos de alegría.—¡No podía haber dado con planta más preciosa!

Razón tenía Schapal para ponerse contento, pues estos árboles, que los malabares llaman también *mhowah*, y los naturalistas *cassia latifolia*, son los más útiles que crecen en aquellas regiones, y de los cuales los indios sacan muchas cosas necesarias para su existencia.

Los *mhowah* comienzan á producir en Febrero; en cuanto el Sol adquiere un poco de fuerza, se cubren en poquísimos días de una cantidad increíble de flores con la corola amarillenta, semejantes á un grano de uva, carnosa, densa, y cuyos estambres aparecen por una abertura muy estrecha.

Cuando llegan á la madurez la corola carnosa se cae, y entonces comienza la llamada *lluvia del maná de las junglas*. Esta lluvia de bayas (porque son verdaderas bayas, dura varios días), y los labradores las recogen con gran precaución: se calcula que cada árbol produce cerca de ciento veinte á ciento treinta libras.

Puestas á fermentar las bayas se, obtiene un vino blanco picante, y destilándolo se saca un aguardiente riquísimo.

Más adelante estos árboles dan un fruto grande como la almendra, recubierto de una cáscara de color violáceo: estas almendras, que son blancas, se prensan para obtener de ellas un aceite muy bueno y una harina que sirve para hogazas.

Por último, la corteza del *mhowah* es utilizable, y con ella se hacen cuerdas muy resistentes: hasta la madera se emplea en la construcción, pues tiene la virtud de resistir á la destrucción de aquellas terribles hormigas que taldran hasta los huesos.

Como la estación estaba avanzada el *mhowah* descubierto por el malabar carecía de flores pero de las ramas pendían los frutos. Schapal estaba seguro de que removiendo entre el césped hallaría fruta abundante caída del árbol, é iba á agacharse, cuando creyó ver un bulto oscuro que corría bajo las matas.

—¡Oh!—exclamó.—¿Será algún animal que me disputa la recolección?

Cargó una pisto'a, y miró atentamente hacia el lugar donde había creído ver moverse las hojas.

—A'gún jabalí—murmuró;—pero no se irá sin una bala!

Con la pistola en la mano derecha y con el bastón en la izquierda se internó entre los matorrales, abriendo bien los ojos y aguzando los oídos; pero no volvió á encontrar nada sospechoso.

Se paró ante una mata muy espesa, y con las precauciones de siempre separó las ramas. Fué tal la sorpresa que experimentó, que se quedó atónito, con la mirada fija y la boca abierta.

Bajo aquella planta, muy escondida entre las ramas, se hallaba agazapada una niña que desde el primer momento se veía que no era una salvaje andamana, sino una bengalí.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Schapal saliendo de su estupor.

La niña se puso en pie lentamente dejando caer algunos puñados de almendras que llevaba, y apareció del todo á la vista del asombrado malabar.

Era una figurita graciosa, delgada, con la piel bronceada, ojillos inteligentes y brillantes como dos diamantes negros, y con la cabellera larga, rizada y negra también. No representaba más de nueve ó diez años, y como las majeres de Bengala, llevaba su *sari* de percal anudado alrededor de las piernas, y el *suk* en el cuello.

Debía de estar herida, pues en la frente llevaba una venda manchada de sangre.

—¿Qué haces aquí?—repitió Schapal.

—Ya lo ves: recoger fruta.

—¿Y quién eres?

—Una bengalí.

—¡Una bengalí aquí! ¡En esta isla! ¿Estás presa por los salvajes?

—No; me trajeron aquí las olas.

—¿Naufragó la nave en que venías?

—No lo sé: una ráfaga de viento me arrebató de la cubierta.

—¿Cuándo?

—La otra noche.

—¿Una nave que ardía?

La niña miró con desconfianza al malabar; pero luego añadió:

—Sí.

—¡Yo vi esa nave! Era un *pariah*; ¿verdad?

—Sí; un *pariah*.

—¿Adónde iba?

—No lo sé.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo ignoro.

—¿Quién lo tripulaba?

—Unos bengalíes.

—¿Y qué hacías tú á bordo?

—Nada; me recogieron en la desembocadura del Ganges, donde me había abandonado mi familia.

—¿Has llegado sola?

—Sí, sola.

—¿Estás herida?

—No es nada: una rozadura que me hice al chocar con una peña.

—¿Cómo te llamas?

—Latschimi.

—Bien, Latschimi; recojamos estas almendras, y después te presentaré al patrón.

—¿Á quién? Hasta ahora no me has dicho cómo te encuentras aquí.

—El patrón y yo somos *náufragos*: él es bengalí; yo, malabar.

—¿Cómo se llamaba tu nave?

—La *Djumna*.

La pequeña tembló al oír aquel nombre y miró con estupor al malabar.

—¡La *Djumna*!

—¿La conoces?

—¡Ah; no! Creía haber oído ese nombre alguna vez; pero no. ¿Y tu patrón cómo se llama?

—Alí-Middel.

Latschimi volvió á temblar; pero pronto se dominó.

—Tampoco le conozco.

Después se inclinó hacia el suelo como si quisiera ocultar aquella inexplicable turbación, y se puso á recoger almendras.

Schapal, que no había notado nada, se apresu-

ró á imitarla. Sin embargo, la niña parecía preocupada, y de vez en cuando miraba entre los árboles como si temiera ver aparecer á alguien. Poco después llegaban á la cabaña.

Fácilmente se adivina cuál sería la sorpresa de Alí al ver á Schapal en semejante compañía. Informado de todo, dijo á Latschimi, que le miraba con insistencia:

—Te quedarás con nosotros, y te protegeremos contra los animales y los salvajes. Cuando estemos en la India no te abandonaré tampoco, y si tú quieres, te serviré de padre.

—Gracias, patrón: eres muy bueno.

—Dime: ¿la nave en que ibas pensaba acercarse á estas costas?

—No lo sé.

—¿Corría mucho peligro?

—La arboladura ardía.

—Pero ¿cómo comenzó el fuego?

—No sé. Me encontraba en la estiba; cuando subí al puente las velas y los mástiles estaban ardiendo.

—¿Había mucha gente á bordo?

—Unos doce.

—¿Todos indios?

—Todos.

—¿Y no sabes adónde se encaminaba aquella nave?

—Muy lejos; pero no sé adónde.

—Puede que la encontremos.

—¿Dónde?— preguntó Latschimi con cierta inquietud.

—En las costas meridionales.

—Aquellos hombres eran muy malos.

—¿Serían piratas.

—Puede.

—Acaso te equivoques.

—¡No, no; aquella gente era muy mala!— repitió la pequeña con energía.— Robaban las personas.

—Entonces, serían negreros. ¡No importa, los buscaremos!

—¡Me volverán á coger!— dijo Latschimi manifestando gran terror.

—¿Te maltrataban?

—Siempre me estaban pegando.

—¡Bah! Delante de mí no lo harían. Alí-Mid del no teme ni á piratas ni á los negreros. Vamos á la costa, porque esta humedad me es muy perjudicial.

Comieron algunas almendras y el último trozo de carne que les quedaba, y se pusieron en camino. Llevaban ya recorridos unos treientos

pasos, cuando Schapal advirtió que *Pandú* no iba con ellos.

—¿Y el perro?

—Me dejó antes de que volviesses, y creí que había ido en busca tuya.

—No le he visto.

—Habrá descubierto alguna pieza, y andará persiguiéndola. Me pareció que se dirigía al Sur.

—¿Habrá oído el desembarco de aquellos hombres?

—¿De la nave que ardía?

—Sí.

Es posible. *Pandú* tiene un olfato maravilloso: ya nos alcanzará.

Latschimi parecía prestar mucha atención á aquel diálogo.

Á eso del mediodía llegaron á la playa. Alí se detuvo respirando con satisfacción el aire puro del mar.

—Aquí nos detendremos algunos días; hemos de reponer nuestras provisiones, y aún estoy débil.

Como el Sol abrasaba, construyeron otra cabaña que los resguardase de sus rayos, y después descendieron hacia los bancos para recoger ostras.

Al anoecer, después de una ligera cena, los tres náufragos se tendieron en el interior de la cabaña, mientras en el horizonte aparecía la Luna, reflejándose en las tranquilas aguas del golfo.

## XIV

## EL ODIIO DE GARROVI

Hacia ya algunas horas que Alí y Schapal roncaban sonoramente, cuando de la cabaña salió, sin hacer el menor ruido, una forma humana que se detuvo una vez que se vió al aire libre.

Era la pequeña bengali: sus ojillos, que brillaban de una manera muy extraña, se fijaron alternativamente en el capitán, que dormía con las pistolas colocadas debajo de su cuerpo, y en el malabar, que asía fuertemente el hacha.

Más que en los hombres, la niña se fijaba en sus armas. Permaneció inmóvil algunos minutos; después sacudió la cabeza como si quisiera apartar de sí algún pensamiento importuno.

Se levantó y miró hacia el bosque, inclinán-



dose hacia adelante como si quisiera oír mejor: por aquella parte no se oía ningún rumor. Tranquila por aquel silencio, la pequeñuela se puso resueltamente en camino siguiendo la costa.

¿Adónde iba tan á deshora, sola é indefensa, cuando podía ser acometida por cualquier tigre hambriento? Marchaba aprisa, corriendo ligera como un pajarillo, sin hacer ruido, sin respirar, como si conociera perfectamente la costa.

Dos kilómetros debía haber recorrido cuando se detuvo mirando hacia un grupo formado por varios árboles gigantescos.

Arrancó una hoja de una planta, la puso entre sus labios, y emitió algunas notas semejantes á las que los músicos indios arrancan del *baurý*.

Latschimi aguardó, conteniendo la respiración; al poco rato salieron del bosque otras notas, parecidas á las que ella dió.

—¡Es él!—murmuró sonriendo, mientras por sus ojos cruzaba un rayo de alegría.

Reanudó la marcha costeano los altos árboles: luego se detuvo y repitió la señal, no haciéndose aguardar la respuesta; pero tan cercana, que la niña echó á correr en dirección de una colinita que se levantaba á pocos pasos del sitio donde estaba.

En efecto; allí, sentado sobre la hierba, le aguardaba un hombre: era un indio delgado como un faquir, de piel muy oscura, sin esos reflejos amarillos que suelen tener los individuos pertenecientes á las razas de aquel país del Sol abrasador.

—¡Narsinga mía!—exclamó al ver á la niña.—Hace diez horas que estoy esperándote con un ansia indecible. ¿Te has perdido?

—No me he perdido, padre mío.

—¡No! Entonces, ¿que ha sido de tí?

—He encontrado á unos hombres.

—¿Salvajes?

—No; á un hombre blanco: á él...

—¿Á quién?

—Al capitán de la *Djumna*.

El indio miró á la niña con espanto.

—¡Él...! ¡Alí! ¿Quién me lo envía; Siva, ó los genios del mal? ¡Ese hombre ha muerto!

Se levantó ciñéndose su *dubgah*; pero en seguida se dejó caer otra vez en tierra.

—¡Maldición! ¡No me acordaba de que tengo una pierna rota! ¡Narsinga, cuéntamelo todo!

La baengalí refirió á su padre adoptivo todo cuanto le había ocurrido, punto por punto, hasta la fuga de la cabaña.

—¡Ah - dijo el indio cuando Narsinga calló; —también vive Schapall! ¡Yo que creí matarle de un hachazo! ¿Y *Pandú*? El perro es quizás el más peligroso de todos.

—Padre mío, ¿qué debo hacer?

Garrovi, pues él era, no respondió: meditaba profundamente.

—¿Á qué distancia se encuentran?—dijo al fin.

—Á dos kilómetros.

—¡Ah! ¡Si pudiera arrastrarme hasta allí!

—¡Imposible: el camino es muy malo!

—¡Pero es preciso que yo mate á aquellos hombres!

—Padre, es posible que Alí no te odie como tú crees

—¡Si no le mato, me matará él á mí!

—Puede que te perdone: no me parece tan malo.

—¡Al verme á mí lo sería; y aunque me perdona, me arrebataría el oro que destino para tí!

—No me hace falta.

—¿Por qué?

—Porque Alí me tendría con él como si fuera su hija.

—¿Y me abandonarías?

—Sí; para salvarte la vida.

—¡Oh; nunca! ¡Yo te amo como si fueras hija mía, y he asesinado para hacerte rica!

—Renuncio á ese oro que no he deseado, y que tú has conseguido á cambio de tantos delitos. Me horroriza cuanto has hecho; lo ignoraba..

—¿Crees que cuando te recogí en el camino de Bangpur hambrienta y desnuda y te adopté como hija era para afiliarte á la miserable secta á que yo pertenecía? ¡No! Cuando te vi experimenté una extraña sensación nunca sentida; mi corazón latía como el de un padre que adora á sus hijos, y desde aquel día no tuve más que un deseo: enriquecer á mi hija adoptiva. ¡Y por tí, Narsinga, por tí, me embarqué, pensando encontrar fortuna en lejanas tierras; por tí hice traición á mi capitán; por tí envenené á los tres misorianos; por tí maté á los malabares, y por tí asesiné á traición á Hungre, para adueñarme de la caja del oro!

—¡Basta, padre! ¡Me das miedo!

—¿Crees ahora que puedo perderte?

—Pues huyamos: yo te ayudaré.

—Entonces lo perdería todo, y no quiero verte pobre.

—¡Si ya te he dicho que no quiero riquezas! ¡Vámonos, y dejemos que Alí busque á sus compañeros!

—No, Narsinga.

—¿Qué quieres hacer? ¿Qué esperas?

—¡Matarlos á todos!

—¿Á Alí y á Schapal?

—¡Y á los otros; así poseeré mis tesoros otra vez!

—No harás eso, padre mío.

—¿Quién me lo impedirá?

—Tienes una pierna rota.

—¡Me arrastraré como las serpientes, y mataré á Alí mientras duerma!

—Y Schapal te matará á ti.

—¡No le dejaré tiempo!

—Te matarán los otros.

—¡Tengo aquí un pomo con veneno que basta para dar cuenta de todos! Cuando los haya exterminado volveremos á Bengala! ¡Oh; no me acordaba del presidente de la *Young-India*; pero ya veremos lo que se hace con él!

Al oír estas palabras, Narsinga no pudo reprimir un gesto de horror: aquel hombre que hasta entonces había sido para ella su padre, y á quien amaba sinceramente, le repugnaba, le daba miedo.

—¿Qué debo hacer?—preguntó, á pesar de todo.

—Vuélvete á Alí; no conviene que sospeche;

¿Cuándo piensa dejar la costa?

—Mañana.

—Impídeselo.

—¿Cómo?

—Fingiéndote mala.

—No me creerá.

—Eres astuta, y sabrás engañarle.

—¿Y después?

—Mañana por la noche, cuando se ponga la Luna, iré allí, y le mataremos.

—¡Padre...!

—Calla, Narsinga! ¡Adiós!

La pequeña se levantó, alejándose sin volver a cabeza. Caminaba lentamente, absorta en sus reflexiones. De vez en cuando meneaba la cabeza y decía con energía:

¡No; Alí no morirá!

Llevaría ya recorrida la mitad del camino y comenzaba á dibujarse la cabaña, cuando se sintió cogida bruscamente por dos brazos robustos que la echaron al suelo.

Antes de que pudiera gritar ni moverse fué aprisionada en una especie de red hecha con fibras vegetales, levantada y conducida como si fuera un fardo.

Varios hombres, destacados silenciosamente

en la floresta, la circundaban; serían unos quince ó veinte salvajes, completamente desnudos, armados con arcos, con lanzas y con escudos hechos con cortezas de los árboles.

Eran todos bajos, pero bien proporcionados; sus rasgos fisonómicos estaban muy lejos de ser hermosos, con aquellos ojos pequeños y ribeteados, con aquellos labios abultados y gruesos y con aquellas narices aplastadas; tenían, además, un no sé qué de feroz y de bestial.

Marchaban á lo largo de la playa, en silencio, unos detrás de otros, y empuñando sus armas; los dos últimos llevaban la red que contenía á Narsinga, suspendida de un palo.

La niña no dudó ni un momento respecto de las intenciones de los salvajes. Caminaban hacia la cabaña ocupada por Alí y Schapal.

En efecto; á unos treinta pasos de la guarida se detuvieron, rodeando el refugio: primero escucharon, después avanzaron al mismo tiempo todos.

Reunidos todos en torno de la cabaña, se precipitaron dentro dando voces formidables.

Alí y Schapal, que dormían profundamente, no tuvieron tiempo de tomar las armas; en menos de lo que se dice se vieron ligados y envueltos en redes vegetales que les impedían todo movimiento.

Los salvajes suspendieron las redes de dos palos, como habían hecho con Narsinga, y se ocultaron por los bosques caminando velozmente.

Al amanecer se detuvieron en un claro rodeado de espeso bosque. En medio de aquel llano se alzaban algunas miserables cabañas, abiertas por los cuatro costados, y defendidas en la parte superior por un montón de hojas colocadas sin orden ni concierto.

## XV

### LOS ANDAMANES

Al entrar en su campamento los raptos fueron saludados por una gritería infernal; unas veinte mujeres, miserables criaturas casi desnudas, tan delgadas que daban miedo, temblorosas por efecto de la fiebre, y unos doce diablillos desnudos del todo y untados de barro para defenderse de las picaduras de los insectos, salieron corriendo de las tiendas, y saludaron á sus maridos y padres respectivos con saltos de mono y con tales aullidos, que eran capaces de ensordecer á cualquiera.

Los salvajes depositaron á los presos debajo de una cabaña, desembarazándolos de las redes pero dejándolos atados á unas sólidas estacas clavadas en la tierra; después se alejaron sin decir una palabra.

Alí, que estaba furioso, antes de que se fueran los llenó de improperios; pero no obtuvo respuesta alguna ni consiguió hacerles volver la cabeza.

— ¡No te entienden — dijo Schapal!

— ¡Si pudiera romper estas ligaduras, yo me haría comprender. ¡Bribones! ¿Qué los hemos hecho para que nos traigan aquí? ¿También tú has caído en poder de estos bribones? ¡Ah! ¡Si hubiera estado *Pandú* con nosotros, hubieron pagado cara su osadía!

— ¿Qué querrán hacer con nosotros?

— No sé.

— ¿Querrán asarnos? Me han dicho que los andamanes son antropófagos.

— Unos dicen eso: pero otros navegantes lo han negado.

— Entonces, ¿para qué nos han hecho prisioneros?

— Ya lo sabremos. Aquí viene uno de estos bandidos.

Un salvaje algo más alto que sus compañeros, pero no menos feo, con el pelo teñido de rojo, los brazos adornados de conchitas blancas y las caderas cubiertas de una tela descolorida, avanzaba con cierta desconfianza hacia los presos.

Una vez delante de éstos les dirigió algunas palabras en una lengua que nadie comprendió: entonces los interrogó en bengali.

— ¿De dónde venís?

— ¡Vaya! — exclamó Alí. — ¡El salvaje conoce nuestro idioma! Según parece, estos andamanes han tenido alguna relación con nuestros compatriotas.

El salvaje sonrió y dijo:

— Durante mi juventud estuve en Bengala; unos indios que desembarcaron aquí me robaron.

— ¿Y ahora eres el jefe de esta tribu?

— Sí, después de matar al que la mandaba.

— ¡Grandísimo picaro! ¿Y ahora quieres decirme por qué nos habéis detenido?

— Porque vosotros, los hombres de Bengala, sabéis hacer muchas cosas que nosotros no podemos proporcionarnos; en aquella ciudad donde estuve dos años como esclavo vi cosas maravillosas y vosotros nos las construiréis.

— ¿Nos crees capaz de hacerlas?

— Seguramente.

— Somos marineros nada más.

— Me alegro; me haréis una de esas cajas que flotan.

— Sabemos dirigir las, pero no hacerlas.

— Lo dices para no trabajar; pero yo te obligaré.

— ¿Y si yo me niego?

— Cuando el hambre te atormente trabajarás.

— ¡Eres un bandido!

— Después me haréis una casa muy grande para mí; y otras más pequeñas para mis súbditos.

— ¿Y después? ¿Qué se te antoja?

— Armas de esas que truenan y matan á grandes distancias. Os concedo dos días de descanso; luego comenzaréis á trabajar.

El salvaje dió media vuelta, y se fué sin responder á las insolencias que le dirigieron Alí y Schapal.

— ¡Está loco! Hay que huir, Schapal: sino, estos canallas van á matarnos de hambre.

— Ojalá pudiéramos huir, pero estas cuerdas no son fáciles de romper. ¡Si tuviésemos un cuchillo! Pero como nos han quitado las armas...

— Romperemos las cuerdas.

— Nos vigilan: mira aquellos salvajes que nos observan desde los matorrales.

— Pues hay que buscar algún medio. Ese hombre está loco. ¿Cómo vamos á construir naves y á edificar palacios?

— Sí, está loco; pero va á darnos que hacer.

¡Ya veremos!

En aquel instante algunos salvajes que salían de una cabaña se les acercaron arrastrando unos cestos hechos con hojas entrelazadas, cestos que depositaron junto á los prisioneros; después les desataron las manos, pero no los pies y se colocaron en torno de ellos con sus armas.

Los cestos contenían trozos de mono asado al humo, algo de pescado, mangos que habían sido puestos en remojo y que exhalaban un olor muy pronunciado á trementina, y una de esas nueces grandes llamadas por los indios *tavarárré*, gruesas como la cabeza de una persona y que las olas empujan hacia aquellas islas, robándolas de las florestas de las islas Seyquelas: este fruto es muy apreciado por su virtud medicinal, y se pagan á precios fabulosos aun en los países donde crecen.

Los tres presos, temiendo que durante los días venideros les faltara aquella abundancia,

hicieron mucho honor á la comida, y cuando terminaron fueron atados de nuevo. Allí se negaba á que le ligaran las manos, pero acudieron más salvajes, y entre todos le redujeron.

— ¡Resignémonos, — dijo Schapal;— si no pueden perder la paciencia estos salvajes y matarnos.

— No se atreverán, porque su jefe sabe el poder que Inglaterra tiene en la India.

— ¿Quién nos iba á vengar en medio de estos bosques?

— Los de la nave incendiada— dijo Narsinga, que hasta entonces no había desplegado los labios.

— ¿Crees que han desembarcado?

— Sí.

— ¿Tenían el propósito de desembarcar aquí?

— Sólo venían á eso.

— Pero antes nos dijiste que ignorabas su rumbo.

— Es verdad.

— ¿Por qué?

— Más tarde lo sabrás.

— Dime, por lo menos, quiénes eran.

— Bengaleses guiados por un blanco llamado Harry.

— No le conozco.

Narsinga miró con sorpresa al capitán.

— ¿Y al teniente Oliverio?

— Tampoco.

— ¿Si que conocerás á un joven que se llama Eduardo?

— ¡Eduardo! — exclamó Ali lleno de esperanza.

— Sí, Eduardo Middel.

— ¡Eduardo! ¡Mi hermano! ¿Está aquí? ¡Niña, no me engañes!

— No te engañe.

— ¿Y quién eres tú? ¡Di!

— Una muchacha que debía cometer un terrible atentado á bordo de la nave que conducía á tus salvadores.

— ¡Tú! ¡Vamos; estás de broma!

— No.

— ¡Cuéntame lo todo, ó harás que me vuelva loco!

— ¡Sí; habla, cuenta! — dijo Schapal.

— Hablaré; pero es preciso que me concedas la vida de un hombre.

— ¡De un hombre! ¿Quién?

— Un hombre á quien odias.

— ¿Yo?

— Sí.

— ¿Dónde está?

— En esta isla.

— Pero ¿dónde?

— Cerca de nosotros.

— ¿En este campamento?

— No; pero puede que á estas horas te hubiese dado muerte si los salvajes no te hubieran apresado: yo debía ayudarle, y hubiera procurado salvarte porque no quería tu muerte.

Ali y Schapal contemplaban á Narsinga con estupidez.

— Explicanos todos esos misterios.

— Prométeme que no haréis daño á ese hombre!

— Di antes cómo se llama.

— Es mi padre adoptivo.

— ¡Como si no me dijeras nada!

— Después te diré su nombre.

— ¡Vaya! Pues te prometo no causarle el menor daño.

— Cuento con tu palabra.

— ¿Su nombre?

— Garrovi.

— ¡Él! — rugió Ali con odio. — ¡Debo matarle!

Me has prometido su vida.

— ¡Te digo que tengo que matarle!

— ¡Sí; le mataremos — dijo Schapal. — Tú tienes que vengar á tus tres misorianos, la *Djumna* y el oro del presidente de la *Young-India*; yo, el hachazo de la frente.

— Me has prometido... — murmuró Narsinga.

— Pero yo no he prometido nada — dijo Schapal.

Narsinga inclinó la cabeza sobre el pecho, y dos lágrimas asomaron á sus ojos. Ali se movió al ver el llanto de la pequeñuela.

— ¿Quieres á ese demonio? — le preguntó.

— Me ha querido siempre como si fuera su hija.

— ¡Imposible!

— Sí; ha asesinado y ha robado por mí

— ¡Mientes para salvarle!

— No; te lo juro por Siva.

— Oye: cuéntame todo lo que sepas; luego juzgaremos á Garrovi.

— Pregunta.

— ¿Es verdad que está aquí mi hermano?

— Sí; la nave que vió Schapal iba tripulada por Eduardo Middel, por un viejo marinero que se llama Harry, y por un teniente de Bengala.

— ¿Cómo supo mi hermano que estaba yo aquí.

— Según me ha contado Garrovi, el teniente mató un ave que llevaba unos papeles.

—¡El pato emigrante! —exclamó Schapal.

—¡Ahora lo comprendo todo! El teniente se informó, buscó á mi hermano...

—Y al presidente de la *Young-India*, que fué el que armó el *pariah* que debía buscarte. El presidente descubrió el paradero de Garrovi.

—¿Prendieron á Garrovi?

—Sí, y le embarcaron á bordo.

—¿Contigo?

—No; yo me embarqué á escondidas.

—¿Con qué objeto?

—Para ayudar á mi padre en su fuga. Aprovechándome de mi pequeñez, me escondí en un cajón que contenía la ropa de Garrovi; conmigo llevé sierras, barrenas, y cuanto podía necesitar para hacer un agujero en los costados de la nave.

—¿Te lo mandó Garrovi?

—No, pues desde que le prendieron no pude hablar con él.

—¡Cuánta astucia y cuánta inteligencia cabe en esa cabecita! —exclamó Alí admirado.— ¡Sigue!

—Por temor á ser descubierta y desembarcada, no me presenté á Garrovi hasta que el *pariah* se hubo alejado bastante de la costa; mi padre fué encerrado en un pequeño camarote de popa. Tú hermano y el presidente de la *Young India* le habían prometido salvarle la vida si conducía la nave al sitio donde había naufragado la *Djumna*, y además restituirle el oro robado; pero él te temía, y sabía que le matarías en cuanto le encontrases.

„Garrovi, para evitar que pudieran descubrirme, levantó dos tablones del suelo y me escondió en la sentina; sólo salía por la noche para comer lo que él me guardaba. Desde que me vió comenzó á pensar en el modo de perder la nave, y no tardó mucho en idear un plan; primero, desarbolar el *pariah*, y después hundirlo en el mar.

„Como él no podía salir de su jencierro, me encargó á mi de tan penoso trabajo; todas las noches, provista de una sierrecita, trabajaba con tesón hasta que se me agotaban las fuerzas.

„Yo no conocía á los tripulantes ni sabía el objeto de su viaje: sólo sabía que Garrovi estaba preso y que de la pérdida de la nave dependía su salvación.

„Cuando estalló la tempestad el palo mayor crujió, pero no llegó á caer del todo, pues los marineros se percataron á tiempo del peligro y reforzaron la arboladura: entonces me ordenó

Garrovi que hiciese una vía de agua al barco.

„Un rayo incendió la arboladura, un tizón cayó en la estiba cuando yo pasaba para refugiarme en mi escondite, y me hirió en la frente.

„Me habían descubierto; pero en aquel instante, Garrovi, que logró abrirse paso por entre los maderos del piso, apareció sobre cubierta, me arrebató de brazos del teniente, y después de romper el timón con un hachazo se arrojó al mar conmigo en brazos, nadando hacia esta isla.

„Consiguí salvarme; pero las olas le hicieron chocar contra una roca y le fracturaron una pierna.

—¿Y ahora dónde está?—dijo Alí.

—Escondido en la floresta: aún no está bien del todo.

—Pero ¿puedes tú amar á semejante hombre?

—Le he amado: ahora le compadezco. Ha rogado por mí.

—¿Con qué fin?

—Con el de hacerme rica.

—¿Tanto te quería?

—Con locura; me recogió en un camino muerta de hambre.

—¿Quiénes son tus padres?

—No lo sé: cuando Garrovi me encontró, no tenía yo aún dos años.

—¿Te habías perdido, ó te habían abandonado?

—Lo ignoro. ¿Perdonarás á Garrovi? Ya no le amo, porque sé lo malo que es.

—¡Dos palabras!

—Di.

—¿Crees que la nave habrá llegado aquí?

—Garrovi lo cree.

—¿Cuándo le has visto?

—Anoche: mientras dormíais fuí á verle y á llevarle de comer.

—¡Eres admirable!

—¡Bueno! ¿Le perdonarás?

—Acaso...—dijo Alí como hablando consigo mismo.

Después añadió volviéndose al malabar.

—Es preciso que huyamos y alcancemos á mi hermano.

—¿Cómo? ¿No ves cómo nos vigilan estos enanos?

—¡Si pudiera romper estas cuerdas!

—Yo probaré: tengo unos dientes muy pequeños, pero muy agudos, y en otra ocasión roté las cuerdas que aprisionaban á Garrovi; incli-

nándome hacia adelante llevo hasta donde tú estás. Á la noche probaré...

—¿Y adónde iremos?—dijo Schapal.—¡No tenemos armas...!

—¡Una idea!—dijo Alí.—Si recobro mis pistolas, ya no volverán á prendernos estos enanos.

Dirigiéndose á uno de sus guardianes, añadió después:

—Di á tu señor que necesito hablarle.

## XVI

## LA FUGA DE LOS PRISIONEROS

El salvaje no debió de entender lo que Alí le dijo pero como sabía que el jefe de la tribu comprendía la lengua de los prisioneros, fué inmediatamente en su busca.

El jefe, imaginándose que los bengalíes tendrían que hacerle revelaciones de importancia, se apresuró, pero tomando antes sus precauciones: llegó armado con un arco de dos metros de largo y con un manojo de flechas de medio metro de longitud provistas de agudas espinas.

—¿Me llamabas?

—Sí—repuso Alí.—Para decirte que accedemos á tus pretensiones.

El salvaje no pudo contener su alegría.

—¿Me construiréis una de esas cajas que flotan?

—Sí.

—¿Y un palacio?

—También.

—¿Y armas que truenen y maten á mucha distancia?

—Hasta cañones, si quieres.

—Te daré todo lo que quieras de comer.

—No basta.

—¿Qué más deseas?—preguntó el andamán.

—Necesito armas para trabajar la madera con que he de hacer esas cosas.

—Te las daré.

—Pero tus armas no sirven: esas lanzas son insuficientes.

—Tengo tu hacha.

—Tampoco es bastante.

—¿Qué más necesitas?

—Mis pistolas.

—¿Qué vas á hacer con ellas?

—Derribar los árboles.

—No he visto eso nunca en Calcuta.

—¿No has visto que los árboles caigan al suelo heridos por el rayo?

—¡Es verdad!—dijo el salvaje.

—¿Y mis armas no truenan igual?

—También es verdad.

—Pues si no me las das, no tendrás lo que deseas.

—Te daré todo lo que necesites.

—Me basta con eso: mañana empezaremos á trabajar.

El jefe, lleno de alegría por estas promesas, se retiró aullando el *aukalarieú*, grito con que los salvajes muestran su regocijo.

—¡Ya veremos si mañana cantas también el *aukalarieú*!

—¿No huimos hoy?

—No; sin armas no daríamos muchos pasos sin que fuéramos acometidos por los salvajes ó las fieras; mañana daremos el golpe.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuando llegue el momento oportuno, ya lo sabías. Mirad, el jefe comienza á proveernos de viveres; la cena promete ser más abundante que el almuerzo.

Sus esperanzas resultaron fallidas: fué muy abundante, sí; pero los manjares eran apropiados solamente al paladar de los andamanes. La cena consistía en grandes lagartos asados y un trozo de gato salvaje que despedía un olor imposible, un poco de miel, y un cesto de moluscos y crustáceos.

Los presos hicieron honor á la miel, á los moluscos y á los crustáceos; y cuando vino la noche; les quitaron las ligaduras pudieron tenderse en el suelo, y procuraron conciliar el sueño.

Los guardianes no se retiraron; al contrario, llegaron nuevos andamanes, y todos juntos se sentaron en torno de una hoguera que encendieron cerca de la cabaña de los presos.

No fué muy tranquilo el sueño de éstos, pues apenas cerró la noche, cayó sobre ellos una plaga de mosquitos que los martirizaron sin compasión. Si hubieran estado libres, hubieran imitado el ejemplo de los andamanes, que se embadurnan de barro para defenderse de tales picaduras.

Al amanecer, fué el jefe seguido de algunos hombres á despertar á los presos, que al fin habían conseguido dormirse. El jefe llevaba el hacha, las pistolas y las municiones que quedaban.

—¿Estáis dispuestos?

—Quítanos estas cuerdas, y vamos.

—Pero ¿no huiréis?

—¿No tienes tus guerreros?

—Sí; pero los hombres de Bengala son más fuertes que nosotros.

—Vosotros sois muchos, y nosotros dos nada más, y esta pequeña, que es inofensiva.

— ¡Bien; veámos!

El salvaje hizo una seña, y los andamanes cortaron las ligaduras de los presos.

—Llévame á un bosque donde haya árboles muy grandes—dijo Alí.—Necesito mucha madera para construir una de esas casas que flotan.

Alí tomó por la mano á Narsinga y se puso junto al jefe; detrás iban Schapal y los andamanes, quienes con las armas en la mano no perdían de vista á los presos.

En breve se hallaron en medio de un espesísimo bosque, formado por *borarsos*, espléndidos *ficus piscarpa*, árboles resinosos del *dammár*, y *tek* altísimos. Alí se detuvo, y después de inspeccionar bien el lugar se fijó en un *tek* colosal, de unos 45 ó 50 metros de altura, y tan grueso que no hubiesen podido abarcarlo tres hombres cogidos de las manos.

—Este árbol me conviene—dijo Alí.

—¡Cómo! ¿Piensas derribar este árbol?

—Sí; pero han de ayudarme tres hombres.

—Pero cuando caiga nos aplastará á todos.

—Yo sé cómo he de hacer para que eso no ocurra; con tal que tú me ayudes también...

—¿Qué hay que hacer?

Alí señaló otro *tek* tan alto como el primero, situado á poca distancia, diciendo:

—Tú con los tuyos subiréis allá arriba, y estiraréis las cuerdas que atemos al árbol primero.

—¿Y tú?

—Yo con el hacha cortaré el *tek* por la base.

¿Comprendes?

—Sí.

Entretanto Schapal hizo cortar algunos *calamus*, y agarrándose á las ramas inferiores trepó por el *tek* que habían de derribar, y estaba atando el extremo de aquellas cuerdas vegetales á las ramas más altas.

Los andamanes, que ya se habían dado cuenta de la maniobra, treparon al segundo *tek* cogiendo los extremos opuestos de los *calamus*, y se acomodaron en la parte superior del árbol.

—Dame las armas y sube—dijo Alí al desconfiado jefe.

—¿No te escaparás?

—No están armados tus hombres?

—Sí; pero preferiría quedarme aquí.

—Puede aplastarte el *tek*.

—Estaré con cuidado.

Alí le miró con ira, pero se contuvo.

—Quédate; pero ten mucho cuidado.

—No temas: toma el hacha.

—¿Y las pistolas?

—Yo también sé disparar, y cuando me lo mandes lo haré.

Alí experimentó vehementes deseos de arrojarle sobre el bribón; pero aún no había llegado el momento oportuno.

Tomó el hacha y comenzó á golpear el árbol en su base, arrancando trozos de la corteza.

Schapal por su parte se entretenía en reunir al pie del segundo *tek* gran cantidad de hierba seca y ramas muertas que abundaban por aquellos alrededores.

El jefe, nada tranquilo por tan extraña maniobra, preguntó á Alí:

—¿Qué hace tu esclavo?

—Preparar leña para quemar las ramas del árbol.

—Pero están mis hombres arriba.

—Cuando caiga el *tek* bajarán: calla, y déjame trabajar.

El capitán se puso á golpear de nuevo el coloso con tan poco éxito como siempre, mientras Schapal seguía acumulando leña.

De pronto el marinero se paró diciendo:

—¡He terminado!

—¡Apártate, Narsinga!—dijo en voz baja.— ¡Cuidado con las flechas!

El capitán dejó caer el hacha como si se hubiera fatigado mucho, y volviéndose al jefe añadió:

—Las armas de fuego harán el resto.

—¿Disparo?

—Sí; pero antes advierte á los tuyos que en cuanto oigan los tiros tiren de las cuerdas con toda la fuerza que les sea posible.

—¿Y el árbol caerá?

—En seguida—dijo Alí; y volviéndose á Schapal agregó: —Enciende una rama de *dammár*; hay que quemar las hojas del *tek*.

Mientras Schapal obedecía encendiendo una rama resinosa, los andamanes, prevenidos por su jefe, clavaban las lanzas en el tronco que los sustentaban, y suspendieron los arcos de las ramas para tirar mejor de los *calamus*.

—Ahora tú—dijo Alí.

El andamán se acercó al *tek*, apoyó en él las dos pistolas, cerró los ojos, y después de unos instantes de vacilación hizo fuego.

Como era de esperar, el árbol permaneció en su puesto, y en su lugar cayó el jefe atontado

de dos puñetazos que le dió en la cabeza Ali.

En el mismo instante Schapal prendía fuego al montón de leña que había hecho al pie del segundo *tek*: las llamas subieron rápidamente hacia donde estaban los andamanes, envolviéndolos en nubes de humo.

—¡Huyamos!—gritó el indio.

Ali se lanzó sobre el jefe, arrebatándole las pistolas y las pocas municiones que quedaban; recogió el hacha, y tomando á Narsinga por la mano, se apartó de aquel lugar.

Al ver huir á los presos, los andamanes soltaron las cuerdas y empuñaron las armas; pero era tarde. Como no podían bajar, pues las llamas se lo impedían, comenzaron á dar voces para ver si les oían sus hermanos.

Ali, Schapal y Narsinga huían precipitadamente por la floresta: mientras durase el fuego no tenía nada que temer.

—¡Aprisa, Schapal—gritaba Ali:—esos bribones nos buscarán en cuanto se apague el fuego.

—¡Qué sorpresa habrán tenido!—decía Schapal.

La floresta se presentaba cada vez más cerrada, más espesa, más difícil; obstáculos tras obstáculos, impedimentos tras impedimentos, y ellos seguían siempre adelante sin preocuparse de la dirección.

Después de dos horas de marcha, con los vestidos desgarrados y las manos ensangrentadas, se detuvieron á orillas de un pantano, que se extendía en medio de un bosque lleno de humedad.

—No nos encontrarán. Podemos pararnos.

—Este lugar es muy peligroso: aquí debe de reinar siempre la fiebre de los bosques.

—Estaremos pocos días: en cuanto tengamos la seguridad de que no nos persiguen, buscaremos la costa. Ya nos buscará Eduardo; ¿verdad?

—Seguramente—dijo Narsinga.

¡Pobre hermano mío! ¡Me creará muerto!

—Deja los pensamientos tristes, y pensemos en salir de este apuro.

—Es verdad; busquemos un escondite antes de que nos descubran los andamanes. Desearán vengarse.

—Sobre todo el jefe. ¿No le mataste?

—No; pero tiene para rato con el golpe que le di. Venid: busquemos un sitio desde donde nos podamos defender en caso de que nos ataquen.

## XVII

## LAS ARENAS MOVEDIZAS

Como queda indicado, su fuga precipitada los había conducido á las orillas de un pantano escondido en medio de un bosque espesísimo: las plantas que lo circundaban eran tan altas y tan frondosas, que sobre las aguas reinaba una obscuridad y una humedad tales, que las ramas gotearan sin cesar, y el agua chorreaba por los troncos de los árboles.

Ali se acercó á la orilla del lago y examinó atentamente aquellas aguas oscuras y fangosas como si quisiera persuadirse de que bajo ellas no se ocultaban arenas movedizas ni huéspedes peligrosos.

En medio del agua descubrió una islita llena de vegetación, y se le ocurrió la idea de refugiarse allí, seguro de que los andamanes no darían con ellos.

Cortó una rama, la metió en el agua, y vió que la profundidad era poco más de un metro, y el suelo bastante sólido.

—Pasemos allí—dijo.—No creo que una estancia de treinta ó cuarenta horas nos sea fatal.

Tomó á Narsinga en brazos y se la puso al hombro, confiándole armas y municiones para evitar que se mojaran; después entró resueltamente en las aguas apoyándose en un bastón. Schapal no se hizo rogar, y armándose también de un garrote, por temor á los cocodrilos, se metió en aquel lago fangoso y negruzco.

Al pronto iba bien: el piso parecía resistente; pero conforme se fueron apartando de la orilla los pies se les hundían en la tierra, dificultando su marcha; el terreno cedía bruscamente.

Caminaban con suma prudencia, tanteando antes el sitio donde iban á poner los pies; pero cuando ya se hallaban á cinco ó seis metros del islote Ali notó que le faltaba la tierra bajo los pies, hundiéndose hacia la cintura.

—¡Schapal—exclamó;—un banco de arena movediza.

—No; el terreno que yo piso no puede estar más duro.

—¡Me hundo!

—Espera; yo te ayudo.

—¡No; que nos hundiremos los tres!

—¿Qué hago?

—Sube al islote, y alárgame una rama muy larga.

El indio avanzó hacia la isla; pero se encontró





...arrancó una larga y sólida rama, y se la alargó rápidamente á Ali.

con que el banco se extendía también en aquella dirección, y para salvarlo fué dando la vuelta en redondo; pero así perdía un tiempo precioso, lo que podía ser fatal al capitán y á Narsinga.

Alí permanecía inmóvil, sabiendo que el menor movimiento hubiera acelerado su pérdida; pero el agua subía, subía lentamente mojóndole los hombros, la barba y amenazaba llegarle á la boca.

Narsinga callaba; pero veía que la superficie del agua seguía subiendo, mientras su valeroso salvador descendía poco á poco en la horrible tumba que se abría bajo sus plantas.

—¡Pronto, Schapal, ó somos perdidos!

—¡Aquí estoy!—gritó el indio, que había hallado al fin una lengua de tierra sólida y subido al islote: desgajó una rama de varios metros de larga y la tendió hacia Alí, sujetándola con fuerza por el extremo opuesto.

—¡Gracias!—murmuró á penas el desgraciado capitán.—¡Gra...!

La segunda palabra fué interrumpida por el agua, que le penetraba ya en la boca.

Se agarró desesperadamente á la rama, y Schapal tiró con toda su energía, sacando al capitán con grandes esfuerzos del banco que le aprisionaba.

Á poco los pies quedaron libres, y Alí pudo ganar la orilla; dejó en ella á Narsinga, y cayó al suelo rendido.

—¡Me has salvado!—dijo la niña cogiendo entre sus manos la cabeza de Alí.—¡Soy tuya!

—¡Nos hemos salvado juntos!—repuso Alí.—Nunca he tenido tanto miedo como ahora. ¡Esas arenas son terribles!

—También he pasado yo un mal rato—añadió Schapal.—Temía no llegar á tiempo y veros perecer á los dos.

—No olvides la dirección del banco, Schapal.

—¿Por qué?

—Porque nos veremos obligados á cruzar de nuevo el pantano.

—Ya sé dónde está el paso, y no lo olvidaré.

—Visitemos nuestra posición. Me parece que estamos en buen sitio: aquí podremos descansar con seguridad.

—Y más, estando defendidos por las arenas movedizas.

Aquella isleta que surgía casi en medio del pantano tenía un diámetro de 25 ó 30 metros, y se hallaba cubierta de vegetación; algunos plátanos, unos cuantos mangos y dos ó tres *dam-*

*mar*. Por los troncos de los árboles corrían largos cantores, parecidos á los que abundan en Java y Sumatra, que casi sin interrupción emiten un sonido extraño, *gek-kó*; en las ramas, pequeños pajaritos de colores brillantes y reflejos metálicos gorgeaban sin cesar.

—Es un escondite impenetrable: si los andamanes nos persiguen, no se figurarán que estamos aquí.

—Me parece que no abunda la caza, y aún no hemos comido.

—Hay mangos.

—Que estarán llenos de resina y serán muy malos.

—Hay plátanos.

—Para hoy, nada más.

—Mañana ya veremos.

—¡Silencio!

—¿Qué has oído?

—¡Escucha!

En lontananza se oyeron unos aullidos; después cesaron. Los pájaros de la floresta enmudecieron atemorizados; pero poco después reanudaron sus trinos y sus gorjeos.

—¿Habrán dado los andamanes con nuestra pista?—se preguntó Alí.

—Ó habrá caído el árbol.

—¡No es posible! Además, deben de estar muy lejos.

—¿Qué hacemos?

—Por ahora, nada: recojamos algunos mangos y plátanos.

—Yo me encargaré de ello—dijo Narsinga.

La niña, que era ágil como una mona, trepó por los mangos y recogió muchos frutos; mientras, Schapal arrancaba grandes racimos de plátanos. Alí hurgaba con el bastón en las matas para ver si saltaba algún animal: iba ya á alejarse de la orilla en vista del fracaso obtenido, cuando de pronto vió que unos peces de diez centímetros de longitud saltaban fuera del agua, llegaban á la orilla, y ayudándose con las aletas y la cola, se ocultaban entre las plantas acuáticas.

—¡Hola, hola! ¿*Periophthalmus* tenemos? ¡Schapal, ven á ayudarme!

—¿Has encontrado algún animal?

—Unos peces.

—¿Y no has encontrado una red?

—No hace falta; se han escondido entre las hierbas y el césped.

—¡Qué raro!

—¡Mira cómo rebullen!

El indio se inclinó, y, efectivamente, vió vein-

te ó treinta peces que saltaban entre las matas persiguiendo á los insectos. Pronto se repuso de su sorpresa, y ambos comenzaron á cazar aquellos extraños ani males. Lograron coger veinte; los restantes huyeron, desapareciendo en el agua.

—¡Nunca he visto cosa semejante!—dijo el indio.

—Pues yo he visto otros peces en medio de campos cultivados—repuso el capitán.—En Java y en Sumatra se encuentran á veces *anabas*, que así se llaman aquellos peces, á doscientos, y aún á trescientos pasos de las orillas de los ríos ó del mar.

—¿Vivos?

—Y coleando. Hasta los he visto intentando subirse á los arbustos. Dicen que también suben á los árboles; pero yo no lo he visto, y no puedo asegurarlo.

—¡Chis!

—¿Gritos otra vez?

—Sí.

—¡Pero esos bribones no querrán dejarnos en paz ni un momento?

—E! jefe querrá pagarte los dos puñetazos.

—¡Pues como le pille, le meto dos balas en la cabeza!

—¿Quedan muchas balas?

—Once.

—¡Pocas son!

—¡Bastantes para ese cauala! ¡Se acercan; escondámonos!

Apenas habían terminado de esconderse, cuando apareció un andamán: caminaba con toda clase de precauciones, observándolo todo, registrando las matas y los árboles. Se acercó al pantano, y estuvo breves instantes reconociendo aquel paraje: parecía como si quisiera descubrir las huellas de los fugitivos sobre el fondo limoso del lago.

De pronto se puso en pie y comenzó á mirar con viva curiosidad el islote: su instinto de habitante de las selvas no le había engañado.

Levantó los brazos y dió dos gritos agudísimos: á su llamamiento acudieron otros dos salvajes armados de grandes arcos y manojos de flechas. El primero se lanzó al agua en dirección del islote: debía de conocer el fondo del pantano, porque avanzaba con lentitud y reconociendo la arena.

—¡Nos han descubierto!

—Todavía no—repuso Ali.—Callemos, y no nos dejemos ver.

—Pero antes de un cuarto de hora estará aquí ese salvaje.

—¿Y el banco de arena? Bien es verdad que estos enanos pesan menos que nosotros; pero ni aún así pasarán. Si da con el paso, yo tengo aquí dos pistolas.

—Se nos echarán los otros encima, y nos sitián.

—El sitio ya lo preveo, y no será corto.

—¡Mala situación, cuando la despensa se halla tan desprovista!

—Viviremos como podamos, y cuando tengamos el vientre vacío nos apretaremos el cinturón.

El andamán seguía avanzando; se hallaba sólo á veinte pasos de la isla cuando se paró bruscamente y gritó aterrorizado.

—¡Ya se ha hundido.—dijo Ali.—¡No te muevas!

¡Deja que se le trague!

El andamán se debatía en medio del agua; pero esto, en vez de salvarle, contribuía á agravar su situación, y continuaba hundiéndose en el fango. Sus compañeros no se atrevían á socorrerle: andaban como unos poseídos, tendiéndole los brazos y corriendo de aquí para allá, pero sin osar aventurarse en el lago.

Al ver á aquel desgraciado pronto á desaparecer, Ali dió un paso adelante y cogió una rama para tenderse á la salvaje; pero Schapal le detuvo diciéndole:

—¡No, que van á descubrirnos, y por salvar á ese hombre nos perderemos nosotros!

—¡Va á perecer!

—Ya lo veo; pero es necesario que se ahogue. Si te hallaras en su lugar, los andamanes, en vez de auxiliarte, te coserían á flechazos.

—Sí; pero yo no puedo presenciar impasible la muerte de un hombre, aunque sea mi enemigo. Pase lo que pase, yo le salvo.

—¡Patrón...!

—¡Estoy decidido!

Desgajó una rama, llegó á la ribera y se la presentó al salvaje: el infeliz estaba con el agua hasta la boca, y al ver el palo en manos de su enemigo creyó que éste iba á partirle el cráneo y dió un grito de espanto.

—¡Cógete..., pronto!

El salvaje, viendo la rama al alcance de la mano la agarró, mirando á su salvador con ojos aterrorizados.

—¡No la sueltes!—añadió el capitán mientras tiraba con fuerza, logrando sacarle del banco.

En cuanto se sintió libre el andamán saltó á la isla y cayó á los pies de su salvador, diciendo en bengalí:

—¿Me matas, ó me concedes la vida?

—Si te he salvado, es porque no pensaba matarte; no temas.

—¡Soy tu esclavo; haz de mí lo que quieras!

—Ya veremos para qué sirves. ¿Y tus compañeros?

—Han desaparecido—repuso Schapal.

—¡El Diabolo los lleve!

—No se los llevará muy lejos: volverán, y nos atacarán.

—¡Nos defenderemos!

—¿Con este enemigo en casa?

—Es nuestro esclavo.

—¿Te fías?

—¡Vaya! En cuanto tenga la menor sospecha, le tiro al agua, y no hay quien le libre de las arenas movedizas. Ahora vamos á comer, ya que nos dejan tiempo.

## XVIII

## EL PEOR EMEMIGO

El andamán salvado por Alí era uno de los más pequeños de la tribu; pero parecía muy robusto, á juzgar por la anchura de su pecho y los músculos de sus brazos. Como sus compatriotas, iba casi desnudo, y llevaba únicamente un cinturón hecho con corteza de árbol y un collar de escamas de tortuga y conchas blancas.

No aparentaba miedo alguno por hallarse inerte en poder de sus enemigos: al contrario, mostraba plena confianza. Después de decir que era esclavo de Alí, se acurrucó junto á éste sin preocuparse para nada de sus compañeros, los cuales habían desaparecido.

Schapal trajo todo lo que habian recogido; unos veinte pescados, dos docenas de mangos y unos treinta plátanos; Alí, como hombre previsor, hizo tres montones, diciendo:

—Para hoy, para mañana, y para pasado.

—¡Qué raciones tan escasas!—dijo Schapal.

—Mejor es quedarse con ganas que morir de hambre.

—¿Y si continúa el bloqueo?

—En tres días pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Qué esperas?

—¡Ya veremos! ¡La comida, pronto, la comida!

Narsinga encendió fuego con el eslabón y la yesca, y puso sobre los tizones algunos pesca-

dos. En cuanto estuvieron asados se pusieron á comer, y en pocos minutos dieron cuenta de todo, no olvidándose de dar su parte al andamán.

Luego, viendo que no aparecía nadie en la orilla opuesta, Alí y Narsinga se tendieron en el suelo, mientras Schapal vigilaba. El salvaje, que, sin duda, temía la vuelta de sus compatriotas, se colocó junto al indio, mirando fijamente hacia la otra ribera.

Schapal no le perdía de vista, dispuesto á precipitarle en el estanque en cuanto hiciera un movimiento sospechoso.

De pronto el andamán le señaló con el dedo un gran grupo de plátanos que se alzaba en la orilla fronteriza.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—¡Vienen!—repuso el salvaje en bengalí.

—¿Tus compañeros?

—Sí.

—No los veo.

—Pero Kalari les oye.

—¡Ah! ¿Te llamas Kalari? Bien, amigo Kalari. ¿Dónde están ahora tus compañeros?

—Se arrastran por entre los plátanos.

—¿Y crees que están decididos á prendernos?

—El jefe quiere la casa que flota.

—¡Maldita sea la nave...! Pero ¿crees que intentarán atravesar el pantano?

—Sí.

—¿Y las arenas movedizas?

—El jefe es muy astuto.

—¿Le ayudarás?

—No, porque soy vuestro esclavo.

—¿Siguen acercándose?

—Sí; se esconden en los plátanos.

—¿Querrán rendirnos por hambre.

Schapal se escondió entre dos matas de la orilla, llevando consigo las pistolas del capitán, y aguardó con paciencia á los enemigos para saludarlos con una descarga.

Sin embargo, los andamanes no parecían tener ningún interés en salir de su escondite: debían de hallarse ocupados en algún trabajo misterioso, pues de vez en cuando Schapal veía que las grandes hojas de los plátanos se agitaban por unas sombras negras que se deslizaban entre los troncos y se desvanecían después.

¿Qué estarían tramando? Seguramente, nada bueno, pues tomaban tantas precauciones. Schapal iba sintiéndose cada vez más inquieto, más alarmado. De cuando en cuando interroga-

ba al prisionero; pero éste, aun aguzando mucho el oído, no podía adivinar lo que hacían sus compañeros.

Hacia el anochecer se despertó Ali, y Schapal le informó de la presencia de sus enemigos y de sus misteriosas vueltas por la floresta.

—¿Prepararán alguna balsa para atacarnos durante la noche? —dijo el capitán. —Si nos acometen al mismo tiempo por todas partes, vamos á vernos apurados.

—¿Qué piensas hacer?

—Por ahora, vigilar atentamente: después ya veremos qué es lo que conviene hacer.

—¿Y si llegan al islote?

—Nos refugiaremos en los árboles.

—Y prenderán fuego á las matas.

—Están muy verdes, y no arderán. Mientras tanto, podría yo matar á unos cuantos asaltantes. Andamos escasos de municiones; pero estos salvajes se asustan en seguida de las armas de fuego. Escondámonos entre las plantas, y preparémonos á rechazar brillantemente el asalto.

El Sol se ponía tras los grandes árboles de la floresta, y las tinieblas caían rápidamente sobre el pantano: en pocos minutos la oscuridad llegó á ser absoluta en aquel lugar, tan poco iluminado aun en pleno día.

Ali, Schapal, Narsinga, y hasta el prisionero, esparcidos por las orillas del islote, no perdían de vista la ribera contraria, esperando y temiendo cualquier sorpresa.

Los andamanes no se dejaban ver; pero cuando el viento no agitaba la floresta se los oía: debían de estar cortando ramas de los árboles. Serían las once de la noche, cuando Schapal oyó un ruido semejante al que produce un cuerpo humano al caer en el agua.

—¡Patrón—dijo,—me parece que alguien se ha arrojado al pantano!

Ali, que vigilaba la orilla opuesta, acudió con una pistola en la mano, decidido á meter una bala en la cabeza al nadador.

—¿Le ves?

—Veo una cosa que flota cerca de la orilla; pero no parece un hombre.

—Sí; debe de ser una balsa pequeña formada por algunas ramas entrelazadas.

—Con dos hojas de plátano á modo de velas: el viento la empuja lentamente hacia aquí.

—¿Irá alguien escondido?

—No es posible: la balsa es muy pequeña.

Á poco se oyó otro golpe, y apareció otra balsa con sus hojas de plátano; después lanzaron

otra, luego otra, hasta doce, que, empujadas por la brisa, avanzaban hacia el islote.

—No comprendo lo que pretenderán hacer los salvajes con esas balsas.

—Kalari—dijo Schapal al prisionero,—¿sabes qué intentan?

—No; pero estad prevenidos, porque el jefe es muy astuto y puede prepararos una sorpresa.

—¡Veremos! Ya tengo curiosidad de saber qué contienen esas balsas.

Mientras tanto los flotadores seguían adelantando, sin que delante ni en pos de ellos se viera nadar á ningún enemigo. Pronto salieron de dudas: dos ó tres balsas, las que habían salido primero, fueron á enredarse entre las plantas de la orilla. Ali y Schapal descendieron para ver lo que contenían; pero el indio, que marchaba delante, se detuvo diciendo:

—¡Párate!

—¿Qué has visto?

De entre las hojas que cubrían las balsas salieron unos silbidos.

—¡Por Siva!—dijo Ali palideciendo.

—¡El silbido de las *nayas negras*!

—¡Y de las serpientes del minuto!

—¡Huyamos!

—¡Hundamos las balsas!

—¡Es ya tarde!

El indio tenía razón: las serpientes, viendo delante el islote, abandonaron los flotadores y pasaron á tierra. Ali, lleno de espanto, las vió levantar las hojas que las cubrían, enderezarse, saltar rápidamente á la isla, y ocultarse entre el césped.

Eran *nayas negras*, llamadas también *cubrecabellos*; serpientes terribles, pues matan á los hombres más fuertes en menos de un cuarto de hora, y *minute-snake*, ó serpientes del minuto, así denominadas porque matan en poco más de sesenta segundos.

Ali y Schapal se retiraron precipitadamente.

—¡Al agua, Schapal!—dijo Ali cogiendo en brazos á Narsinga.

—Nos matarán, ó caeremos en el banco. Refugiémonos en los árboles: allí estaremos seguros.

—¡Pues no perdamos un instante!

En medio del islote se erguía un grueso *dammar* provisto de multitud de ramas, las cuales ofrecían un refugio bastante cómodo.

Ali levantó á Narsinga, y cuando la vió arriba trepó á su vez, seguido de Schapal y del andamán. Á los pocos minutos se hallaban todos

salvo de aquella formidabile banda de reptiles. Las otras balsas habían llegado ya, y desde su refugio veían los cuatro infelices cómo se retorcián y andaban entre las matas las innumerables serpientes que los andamanes habían soltas do; Habria más de cien reptiles de varias especies, pues Schapal creyó distinguir también el silbido de las *gulabas* y de las boas.

—¡Silbad cuanto queráis—dijo Alí;—no os dejaremos subir! ¡De qué peligro hemos escapado, Narsinga! ¡Malditos salvajes! ¿Quién les habrá sugerido esta idea? Si no es por estos árboles, hubiéramos tenido que desalojar la isla aprisa y corriendo!

—Y ahora estamos más prisioneros que antes—añadió Narsinga.—¿Cómo saldremos de este islote?

—¿Cómo? ¡No sé! La verdad es que nuestra situación va de mal en peor, y voy temiendo que al fin y al cabo caigamos en poder de esos salvajes.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque sin duda el jefe, convencido de que no había de tener la casa flotante, nos ha condenado á una muerte horrible.

—¿Á morir de hambre?

—Ó mordidos por las serpientes.

—Tienes razón; no se atreverán á venir á prendernos. ¿Dónde habrán encontrado tantas serpientes?

—En los bosques.

—¿Será el jefe un encantador de serpientes?

—Pudo aprenderlo durante su estancia en Bengala.

—Entonces, aún puede llamarlas á su lado.

—Sí, si no estuvieran en un islote. Estas serpientes gustan de la humedad, pero no del agua; así que estamos perdidos, como no encontremos un medio para evadirnos.

—No podemos contar con nadie.

—Sí—dijo Narsinga.

—¿Con quién?

—¿Te has olvidado del *partah* de tu hermano?

—¡Eduardo! ¡Pocas esperanzas tengo! ¿Quién sabe adónde le habrá empujado el huracán?

—Sin duda andarán buscándote á estas horas.

—Estamos muy lejos de la costa, y prisioneros.

—Pero hay uno en libertad—dijo Schapal.

—¿Quién?

—*Pandú*: ya sabes lo inteligente que es ese animal.

—¡Es verdad! ¡Si los hubiera encontrado! ¡Esperemos aún!

## XIX

## SITIADOS EN EL ÁRBOL

Cuando amaneció, los sitiados, que durante toda la noche habían estado en guardia, pudieron darse cuenta de quiénes eran los formidables enemigos con quien tenían que habérselas.

Había *nayas negras* de dos metros de largos con la cabeza casi cubierta por una especie de capucha de forma elíptica, bañados en relucían dos ojos amarillos. Serpientes del minuto, las más pequeñas de todas, pues apenas medían quince centímetros de longitud; *gulabas*, las más hermosas de la especie, de color rosa pálido; boas de tres metros de largos, de color verde oscuro, con anillos irregulares y manchas preciosas, por lo que se les da el nombre de pitones atigrados.

Los andamanes acudieron á las orillas del estanque para ver si aún vivían los sitiados, ó si se disponían á lanzarse al agua. En medio de los salvajes aparecía el jefe con la cabeza vendada.

Al ver á los extranjeros refugiados en el árbol en compañía de un compatriota parecía volverse loco de rabia. Aullaban todos con furia, y agitaban las armas en señal de amenaza. Dispararon algunas flechas; pero el islote estaba tan distante, que no llegaron al punto de destino.

—¡Si mis pistolas tuviesen mayor alcance, ya veríais cómo abría la cabeza á vuestro jefe!

El jefe de los andamanes fué calmándose poco á poco, y de pronto vieron que se arrojaba al agua y avanzaba con precaución, como si quisiera hablar á los presos.

—¿Qué queréis?—le dijo Alí.

—Que me escuchen los hombres de Bengala.

—¡Habla, canalla!

—Aún puedo salvaros: mataremos las serpientes, ó las haremos volver.

—¿Eres brujo?

—Oigan los hombres de Bengala las palabras de Mangabo.

—¡Sí; te oigo, señor de Mangabo!

—¿Queréis construir la casa que flota?

—¿Y después?

—Os dejaré en libertad; pero antes has de entregarme las armas que hacen fuego.

—¿Para matarnos con ellas, señor de Mangabo?

—¡No he dicho eso!

—Lo leo en tus ojos.

—¿Me has oído?

—¡Sí; mis armas las tendré yo para que no nos mates cuando nos tengas en tu poder!

—¡Pues moriréis!

—¡Lo veremos!

—No podéis bajar.

—Y tú no puedes venir hasta aquí.

—¡El hambre os obligará á bajar!

—Pues bajaremos.

—¿Y las serpientes?

—¡Las armas matan á las serpientes!

—Nos mataremos en las arenas movedizas.

—¡Probad y veréis, cómo truenan estas armas!

El jefe dió un gruñido y se retiró á la orilla: sus súbditos se dispersaron en torno del pantano para impedir que los sitiados huyeran. Ali y Schapal se pusieron á pensar en el modo de salir de allí antes que el hambre ó el veneno acabaran con ellos.

En hacer las paces con sus enemigos no pensaron ni un momento, pues de sobra habían comprendido que el jefe quería hacerles pagar su astucia. Sin embargo, era preciso salir de aquel islote, que había sido para ellos una verdadera trampa. Carecían de víveres, y el hambre no es un suplicio que pueda soportarse muchos días seguidos.

Ali probó á matar algunas serpientes; pero pronto cayó en la cuenta de que no andaba muy sobrado de municiones y que podía necesitarlas para los andamanes. Mató también un ave que pasó cerca de la copa del árbol; pero la pieza cayó entre las serpientes.

Menos mal que agua no les faltaba, pues inclinando una rama hacia el pantano, Schapal cogía cuanta necesitaban con un vaso hecho con hojas del *dammar*.

Durante el primer día no les ocurrió nada de particular. Una banda de monos *vau-vau* fué á distraer á los prisioneros con sus ejercicios gimnásticos, con sus contorsiones y sus gritos. Eran unos quince ó veinte monos que se instalaron en las copas de unos árboles altísimos de la orilla opuesta.

Aquellos cuadrumanos tenían la piel azulada, la cabeza más ancha que alta, la cara adornada con una barba muy espesa, y los brazos tan largos que, hallándose derechos, con la mano se tocaban el tobillo.

En cuanto vieron que los andamanes se acer-

caban para matarlos á flechazos huyeron á la desbandada.

Después apareció otra bandada de *lares*, otra clase de monos muy comunes en aquellas islas, que no tardaron en huir así que vieron las intenciones de los salvajes.

—¡Allí tanta caza, y aquí tanta penuria! —dijo Ali.—¿Cómo acabará esto?

Schapal, con la cuerda que le servía de cinturón, preparó una hamaca para Narsinga, temiendo que el sueño la venciera y cayese entre las serpientes. Ali y el indio no se atrevían á dormir, y sus temores se vieron realizados. Á eso de la media noche les llamó la atención un golpe seco que se oyó hacia la orilla.

—¿Has oído?

—Sí.

—¿Habrán arrojado al agua algún cocodrilo?

—No hubiera hecho ese ruido. ¿Oyes cómo vienen á estrellarse las olas contra el islote?

—Sí.

—Deben de haber arrojado al agua algo de mucho peso.

—¿Alguna barca?

—Me parece que una masa oscura flota cerca de la orilla.

—Y unas sombras se agitan encima.

—¡Preparémonos, Schapal!

—Se acercarán, y nos coserán á flechazos.

—¡Escondámonos detrás del tronco!

—Despierta á Narsinga y al prisionero.

Entretanto la balsa, que era de grandes dimensiones, se acercaba lentamente. Aunque la obscuridad era muy profunda, los presos distinguieron sobre la balsa á una veintena de hombres que con sendas perchas empujaban la embarcación.

Ali, Schapal, Narsinga y el prisionero se habían escondido detrás del tronco, manteniéndose á horcadas en distintas ramas á alturas diferentes.

—Schapal, encárgate de las municiones, y disponte á cargar las pistolas.

—¡Ya estoy preparado!

En aquel instante se oyó un silbido en las tinieblas, y un dardo pasó á pocas pulgadas del sitio donde estaba el indio, clavándose en una rama.

—¡Ya estáis á tiro —dijo Ali,— y si vuestras flechas llegan hasta nosotros, también mis balas pueden alcanzarlos!

Se inclinó á un lado, y apuntando á la balsa, disparó rápidamente.

Á la detonación respondió una gritería infernal de los salvajes, y las serpientes, espantadas por los chillidos, unieron sus silbidos al extraño concierto.

—¿Has hecho blanco?—dijo Schapal, cargando en seguida la pistola que Ali le había alargado.

—Así lo creo—repuso el capitán.—¡Cuidado con las flechas!

Una nube de dardos fué á clavarse en el tronco del árbol, rompiendo algunas ramas. Ali disparó por segunda vez y se oyó distintamente un rugido de dolor.

—¡Herido, Schapal!

—¿Será el jefe?

—No le he visto en la balsa.

—¡El bandido!

—¡Dame la pistola cargada!

Se oyó otra detonación, seguida de otro lamento.

—¡Se conoce que el plomo hace de las suyas!—dijo Schapal.—Además, sí... ¡Ah! ¡Socorro...!

Ali, sorprendido por las voces, levantó la cabeza y vió al prisionero que se había lanzado sobre el indio, apretándole la garganta y haciendo esfuerzos desesperados por arrojarle fuera del árbol.

Schapal, cogido fuertemente á una rama, no podía defenderse por temor á caer entre las serpientes: se resistía cuanto le era posible; pero el salvaje le apretaba cada vez con más fuerza. De pronto se oyó un golpe seco: el andamán dió un grito y soltó la presa.

Narsinga había dado con una rama en la cabeza al salvaje, y Schapal, que tenía entre los dientes la pistola que acababa de cargar, al verse libre apuntó con la mano izquierda, sosteniéndose con la otra.

El andamán, atontado por el palo, no tardó en reponerse, é iba á arrojarse sobre el indio; pero éste le disparó á quemarropa. Aunque herido, trató de mantenerse sobre el árbol, y hubiera logrado su propósito si Ali no le hubiese cogido por una pierna, arrojándole entre las serpientes.

—¡Gracias, Narsinga!—dijo Schapal.

—¡Las pistolas!—repuso Ali.—¡Pronto, Schapal, que esos bandidos quieren desembarcarse!

—¡Un momento!

La balsa se acercaba al islote, pero sin darse mucha prisa: los salvajes seguían disparando flechas, pero sin resultado, pues el tronco del árbol resguardaba sobradamente á los refugiados.

Ali procuraba apuntar, para no perder ningún

tiro; pero la obscuridad no siempre se lo permitía. El sexto disparo ocasionó la muerte de otro asaltante.

—¡Tres!

—¡No, cuatro!—rectificó Schapal.—El prisionero no puede contarse ya entre los vivos.

—¿Se retiran?

—Todavía no.

—¡Otro que se descubre! ¡Toma!

Otro salvaje cayó herido ó muerto; pero la balsa no retrocedió, aunque tampoco avanzó hacia adelante. Los andamanes comenzaban á tener miedo de las armas de los extranjeros. Las flechas seguían silbando en torno del árbol; de vez en cuando se veía pasar una lanza arrojada por una mano firme.

—¡Tomad!—gritaba Ali, sin dejar de hacer disparos.

—¡Mata otro!—decía Schapal.

—¿Cómo estamos de municiones?

—Cuatro caruchos nos quedan nada más.

—¡Y no se van! ¡Tomad, canallas!

Disparó dos tiros; pero sin resultado.

—¡Schapal!

—¿Qué?

—¡Antes de cinco minutos nos veremos presos ó muertos!

—¡Ahí van las dos últimas balas!

—¿Y después?

—¡El hacha!

—No servirá contra las flechas.

—¡Ten las pistolas!

—No me atrevo á disparar.

—Los salvajes deben de haberse asustado; no adelantan ya.

—Pero no huyen. ¡Disparemos otro más!

Se inclinó hacia un lado y observó: un salvaje se disponía á arrojar su lanza. Ali hizo fuego, y el andamán cayó de rodillas sobre la balsa, rodando después al pantano, donde desapareció.

—¡Ahí va la última!

Ali tembló al coger el arma: dos veces había alargado el brazo; y otras tantas lo había retirado, cuando de pronto un sonoro ladrido se oyó en medio de los bosques.

—¡Schapal! ¿Será Pandú?—gritó Ali.

Á lo lejos se oyó otro ladrido.

Schapal dió un grito de alegría.

—¡Sí, Pandú, Pandú!—voceó.

—¡Y se oyen gritos!—dijo Narsinga.

—¿Dónde?

—¡En el bosque!



—¡Pues toma la última bala!

Y cayó otro salvaje que alborotaba en medio de la balsa.

## XX

## LA ENCALLADURA DEL "PARIAH."

Antes de que ocurriesen estos acontecimientos en la playa de la Pequeña Andamán, el *pariah* tripulado por Eduardo, Oliverio y Harry, presa de las llamas y sin gobierno, marchaba á merced de las olas: la situación del infortunado velero llegó á ser desesperada.

Sin velas, sin palo mayor, con el trinquete ardiendo, sin dirección alguna, podía considerarse como un madero cualquiera abandonado al capricho de las olas y amenazado de estrellarse, pues el viento le empujaba contra las escolleras meridionales de la costa.

Al pronto ni Harry ni Oliverio se dieron cuenta de lo que había hecho Garrovi antes de lanzarse al agua; pero cuando, repuestos de su sorpresa, se acercaron á popa y vieron el timón desprendido nadar sobre las olas, un rugido de desesperación salió de sus pechos.

—¡Estamos perdidos! ¡El miserable sabía lo que hacía!—dijo Harry, arrancándose los cabellos.

—Harry—añadió Oliverio más tranquilo,—la costa se halla á menos de tres millas de distancia; ganémosla.

—Las olas quebrantarán la nave.

—Pero nos salvaremos.

—¡Me parece que no!

—Probemos.

—¡No! ¡Una idea! ¡Cuatro hombres al palo trinquete! ¡Cortadlo, y arrojadlo al agua! ¡Seis hombres á popa con una verga y algunos tablones! ¡Señor Oliverio, déme usted unas cuerdas!

Mientras cuatro indios se disponían á cortar el palo indicado, otros se dirigían á popa con una de las pocas vergas que se habían salvado del incendio.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Oliverio, dando á Harry las cuerdas pedidas.

—Sustituir el timón destrozado por Harry.

—¿Cómo?

—¡Ahora lo verás!

Cogió los tablones y los ató á uno de los extremos de la verga: luego, con clavos, fué asegurando bien la armazón, de modo que resultó una pala de grandes dimensiones. La su-

mergió por la popa, atando el extremo opuesto al gozne superior del timón.

—¿Hay maderos por ahí?—preguntó luego.

—Ése—repusieron los indios.

—Pues haced un palo pequeño, y desplegad una vela de recambio.

Mientras la tripulación se apresuraba á obedecerle con su acostumbrada rapidez, el palo trinquete, cortado por su base, cayó al mar, apagándose al instante, y evitando así que el incendio se propagara.

En el casillo de proa desplegaron los marineros una vela de recambio, sosteniéndola entre dos vergas, que clavaron en el barco. El viento comenzó á henchir la vela. Harry movió la pala que había construido, y vió que la nave obedecía.

—¡Proa á tierra!—exclamó.—¡Y confiemos en Dios!

La playa sólo distaba unas tres millas; pero por aquella parte no ofrecía acceso alguno: delante de ella se extendían largas filas de escollos y bancos.

—¿Por dónde desembarcaremos?—dijo Oliverio.

—Aun no lo sé; la obscuridad me impide ver la costa.

—¿Estás seguro de que ésta es la Pequeña Andamán?

—Seguro.

—¿Y podremos mantenernos en el agua hasta el amanecer?

—Temo que se rompa el timón y el mar nos arroje lejos de aquí.

—¡Hay que buscar un refugio!

—Sí.

—¿Y adónde habrá ido Garrovi?

—¡Que el Demonio le lleve!

—¿Y aquella niña? Sin duda, es inocente.

—¿Cree usted? Pues yo sospecho que fué la que cortó la arboladura.

—¡Ella! ¡Tan pequeña!

—Garrovi no salía nunca de su camarote: estoy seguro.

—Pero ¿cómo estaba á bordo aquella niña?

—No sé.

—¡Quisiera aclarar este misterio!

—Pues es posible que no lo aclaremos nunca: no es posible que Garrovi haya podido llegar á la playa. Se habrá ahogado con la niña... ¡Hola...! ¿Son escollos?

—Sí—gritó Eduardo, que se hallaba á proa.

—¿Hay algún paso?

— Si —repusieron los indios.

— ¡Ya me parece que lo veo!

— ¿No podríamos pasar de largo? —preguntó Oliverio. — Vamos á chocar.

— Después lo veremos.

Delante del *pariah*, á trescientos ó cuatrocientos metros, se veía una larga fila de escollos que se destacaba de la playa y se extendía hacia el Oeste; las olas y el viento llevaban la nave en dirección de los escollos: afortunadamente, en la primera línea de escollos se abría un ancho canal, y Harry, aunque no conocía la profundidad del paso, dirigió la nave por aquella parte, exponiéndose á varar en cualquier sitio.

El *pariah*, arrastrado por las olas, se precipitó por el canal con la velocidad de un caballo desbocado. De pronto dió un encontronazo y se detuvo, inclinándose sobre estribor.

— ¡Hemos encallado! —gritó Harry. ¡Maldito sea Garrovi!

La tripulación se había reunido en la popa, gritando y lamentándose, como si la nave fuera á hundirse en el mar.

— ¡Queréis callar! —dijo Harry.

— ¡Nos vamos á pique!

¡El miedo os lo hace sa.poner!... ¡Señor Oliverio, señor Eduardo!...

¡Aquí estamos!

— Entonces, no hay que lamentar ninguna desgracia.

— ¿Resistirá el *pariah*? —preguntó Oliverio.

— Ha encallado con tanta fuerza, que no habrá quien lo mueva de este sitio.

— ¿Lo hemos perdido?

— Ahora no puedo asegurarlo; pero temo que la cosa sea muy grave.

— ¿Y no podemos intentar nada?

— Absolutamente nada; pero no corremos peligro, pues los escollos defienden el *pariah*.

— Pero si no podemos ponerlo á flote, ¿cómo volveremos á Bengala?

¡Ya veremos más adelante! Vamos á ver si podemos descubrir el banco.

El marinero, seguido por Oliverio, Eduardo y la tripulación, se asomó á proa. En efecto; precisamente delante del canal se extendía un banco de grandes dimensiones: el *pariah*, empujado hacia adelante por los elementos, había conseguido al pronto subir en el banco; pero luego, perdiendo el equilibrio, se empotró en la arena, inclinándose sobre babor y quedando apoyado en una roca gigantesca.

No había peligro de que se fuera á pique; pero como las olas no cesaban de azotarlo, era de temer que la quilla se resintiese. Las carlingas y los puntales de la estiba crujían lastimosamente á cada embite del mar, que levantaba la popa de la embarcación.

— Esperemos —dijo Harry: — la nave es sólida, y no cederá. Lo que convendría es que pasara pronto este temporal.

— ¡Qué desgracia! —exclamó Eduardo. — ¡Naufragar aquí, cuando mi hermano debe de estar tan cerca!

— Le buscaremos de todos modos: en cuanto podamos bajar á tierra, nos pondremos en marcha —dijo Oliverio.

— ¿Y el *pariah*?

— Procuraremos desencallararlo, señor Eduardo —añadió Harry.

¿Y si no se pudiera sacar de aquí?

— Los carpinteros que vienen á bordo me ayudarían á construir otra embarcación mientras ustedes buscan á Alf. Tenemos víveres para cuatro meses, armas para defendernos de los salvajes, y poca prisa en volver á Bengala.

— ¡Es verdad! —dijo Oliverio. —Aguardemos á mañana, á ver si podemos desembarcar y comenzar nuestras pesquisas.

Vana esperanza, pues el mar durante todo el siguiente día continuó tan agitado, que los navegantes no pudieron darse cuenta de la situación del *pariah*. Por fortuna, la nave aguantaba, permaneciendo encallada y apoyada en la roca.

Al atardecer mejoró el tiempo; pero después de las ocho de la noche el vendaval que soplabá del Sur comenzó á azotar la cubierta del barco, revolviendo el mar y encrespando las olas.

Nadie se atrevió á dormir, temiendo que el viento sacara la nave del banco de arena y la estrellase contra las rocas.

Hacia las doce de la noche Harry creyó oír ladrar en la costa vecina.

— ¿Oyen? —preguntó á Oliverio y Eduardo, que le hacían compañía.

— Un perro que ladra desde la playa —afirmó Oliverio después de prestar atención.

— ¿Andará por ahí alguna tribu de salvajes? —preguntó Eduardo.

— No —repuso el marinero. — Nunca he visto perros en estas islas, y hasta creo que los andamanes no los conocen.

— ¿Será el perro de algún náufrago?

— Tal vez.

—Yo juraría haber oído esos ladridos en alguna parte—dijo Eduardo, que escuchaba con gran atención.

—¿Dónde?

—Á bordo de la *Djumna*.

—¡Será posible! ¿Tenía un perro tu hermano?

—Sí; un perrazo negro muy inteligente, que se llamaba *Pandú*.

—¿Nos habrá guiado nuestra buena estrella al sitio donde se encuentra Ali?

—¡No quiero forjarme ilusiones!—repuso Eduardo con vez conmovida.

—¡Escucha!

Eduardo, reteniendo la respiración, escuchó atentamente; pero entre el rugido del mar y los silbidos del viento, los ladridos del perro sólo llegaban á la nave de una manera confusa y débil.

—No me es posible averiguar si es *Pandú*—dijo el muchacho.—¡Si pudiera verle!

—Dentro de poco empezará á amanecer—añadió Harry.

—¡Pruebe á llamarle!—indicó Oliverio.

El muchacho se llevó las manos á la boca, y formando una especie de bocina gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡*Pandú...!* ¡*Pandúuu...!*

Tres ladridos le contestaron.

Eduardo dió un grito de alegría.

—¡Es *Pandú!* ¡Señor Oliverio! ¡Es el perro de mi hermano!

—Harry, ¿será posible desembarcar?

—No: con este oleaje no se puede atravesar el canal. Esperemos á que amanezca.

—¡Busca un medio! Una hora se me haría un siglo en este momento.

—No es posible.

En aquel instante se oyó un ladrido más claro, más cercano.

—¡*Pandú!* ¡*Pandú!*—gritó Eduardo.

—El perro se ha tirado al agua: una masa negra se debate entre las olas

Oliverio se volvió hacia los indios que permanecían en pie detrás de sus jefes, y les dijo:

—¡Veinte rupias á quien coja ese perro!

La cantidad era muy tentadora para aquellos pobres marineros, y suficiente para decidir al menos animoso.

Tres malabares se hicieron atar sendas cuerdas por debajo de las axilas y se precipitaron al mar, mientras sus compañeros sostenían el extremo de los cabos. Ya se veía el perro: era un

animal grande, de pelo negro, que avanzaba la drando y nadando vigorosamente. Las olas le sabían y le bajaban, haciéndole desaparecer entre las aguas; pero pronto sacaba de nuevo la cabeza pugnando por acercarse á la nave.

Los tres malabares, que también luchaban enérgicamente contra el oleaje, procuraban acercarse al perro, uno de ellos se adelantó, y alargando un brazo, cogió al perro por el collar.

—¡Tira!—gritó.

Los marineros comenzaron á retirar rápidamente las cuerdas levantando á los malabares. El perro, comprendiendo que le conducían á la nave, se dejaba llevar. Poco después el nadador subía á bordo, y *Pandú* se arrojaba sobre Eduardo llenándole de caricias, lamiéndole las manos y dando ladridos de contento.

—¡*Pandú...!* ¡Querido *Pandú...!*—exclamó Eduardo, que lloraba de alegría.—¿Me traes noticias de mi hermano? ¿Vive? ¡Pobre animal; no puedes contestarme! Dime, *Pandú*: ¿dónde está Ali?

Al oír aquel nombre el perro se asomó á la nave mirando hacia la playa, y dió tres ladridos.

—¿Está allí Ali?—preguntó Eduardo señalando la costa con el índice.—¡Señor Oliverio, Harry!—añadió con voz lacrimosa.—¡Allí está allí! ¡Dios nos ha protegido!

—Sí—repuso el teniente con voz conmovida.—Allí está cerca, y dentro de poco se lo restituiremos. ¡El Destino nos guardaba esta alegría!

## XXI Y ÚLTIMO

### EL CASTIGO DE GARROVI

Cuando las tinieblas se desgarraron Oliverio, Eduardo y Harry se dispusieron á trasladarse á la costa para comenzar la busca del capitán de la *Djumna*, pues las muestras que *Pandú* había dado no podían ser más concluyentes.

Como el huracán se había calmado, acordaron antes visitar el banco para cerciorarse de si el *pariah* podía hacer de nuevo la travesía, ó si sería conveniente que los carpinteros principiaran la construcción de un barco más pequeño.

Echaron al agua el bote, y Harry, Oliverio y los carpinteros, reconocieron el tronco que la bajamar había dejado casi descubierto.

Con un vistazo se dió cuenta Harry de todo: la encalladura no era tan grave como había supuesto. Aprovechando una marea extraordinaria,

y con un poco de trabajo, la nave podía ser desencallada y puesta nuevamente á flote.

—Mientras los carpinteros cortan dos paños nuevos en la floresta y hacen un timón nuevo también, nosotros podemos ir en busca de Ali Middel—dijo Harry.—Cuando volvamos pondremos á flote el *pariah*.

—¿No habrá padecido mucho la quilla?

—No; estoy seguro. Estas naves se construyen con madera muy resistente.

Regresaron á bordo para ultimar los preparativos de la expedición, se proveyeron de armas, municiones y víveres, y desembarcaron en la playa en compañía de Eduardo, el perro y seis marineros.

—Dejemos que nos guíe el perro—dijo Harry. El consejo estaba demás, pues *Pandú* así que se vió en tierra cogió á Eduardo por las vestiduras, intentando conducirle hacia la playa occidental.

—¡Ya entiendo, *Pandú!*—dijo Eduardo.—¡No tengas miedo; te seguimos!

Al ver el perro que se dirigían hacia donde él indicaba se puso á brincar delante de los viajeros: tan pronto echaba á correr alejándose dando ladridos, como volvía al grupo saltando de torno de ellos, animándolos para que anduvieran á prisa.

Sin embargo, como Harry conocía el terreno, ordenó que avanzaran con toda clase de precauciones: antes de dar un paso se aseguraban de que en el lugar en que iban á pisar reinaba un silencio profundo, pues, según él decía, toda precaución era allí poca, y ya que estaban á punto de encontrar á Ali, no convenía perder ningún hombre.

La costa parecía deshabitada, pues no se veía en ella trazas de habitación, ya reciente, ya antigua: sólo se hallaban bandadas de papagayos de todos los colores imaginables y pavos salvajes, y en las ramas más altas de los árboles muchos monos *¿uenus*, animales muy venerados en la India y que viven en grupos, pues poseen un espíritu de sociedad y congregación muy particular: con frecuencia declaran la guerra á los otros monos para arrojarlos de las florestas donde abundan los árboles frutales.

Al mediodía, después de recorrer unos doce kilómetros, y abriéndose paso á través de una masa espesísima de ébanos de la India, de *borassos* de batel, de cañas de azúcar y palmeras de todas clases, se detuvieron á la sombra de un tamarindo para descansar.

Los tamarindos, muy comunes en la India, son raros en las Andamán: son de aspecto majestuoso y tienen ramas inmensas cubiertas de un espeso follaje que resguarda muy bien del Sol y de la lluvia; tienen la corteza gruesa, oscura y resquebrajada; sus flores son blanco-amarillentas, con listas encarnadas, y brotan en las puntas de las ramas en grupos de nueve ó diez; el fruto que producen es ácido y refrigerante. Los indios se sirven mucho de él, no como medicina, sino como condimento.

Mientras preparaban el almuerzo, Harry, que se había acercado á la playa, vió á *Pandú*, que olfateaba las conchas acumuladas al pie de una roca: el perro las volvía y revolvió con el hocico, y después ladraba volviéndose adonde estaba Eduardo.

—¡Veamos!—dijo el marinero—*Pandú* quiere indicarnos algo.

Avanzó unos pasos; pero en seguida se detuvo, viendo en la arena impresas cuatro huellas humanas: dos pertenecían á un hombre que debía de ir calzado, y las otras dos, á uno que fuera descalzo.

—¡Señor Oliverio! ¡Señor Eduardo!

—¿Qué pasa?—dijo el teniente acudiendo.

—¡Me parece que he descubierto la pista de Ali!

—¡De mi hermano!—exclamó Eduardo.

—Sólo hay una cosa que me hace dudar.

—¿Cuál?

—Que he hallado las huellas de un hombre calzado y otro descalzo, y en los papeles que encontramos de Ali no se decía que hubiese quedado en la *Djumna* ningún marinero.

—No.

—¿Habrá encontrado algún compañero?

—Garrovi no dijo que dejase en la *grab* ningún malabar.

—Se habrá unido á algún salvaje.

—¿Pero qué pruebas tienes de que esas pisadas sean de mi hermano?

—Mire esas conchas vacías que *Pandú* sigue olfateando: estoy seguro de que esas huellas son las suyas. Démonos prisa en comer, y pongámonos en marcha inmediatamente.

Media hora más tarde se ponían todos en movimiento. Llovía; pero ellos no hicieron caso del agua, animados como iban de las mejores esperanzas.

*Pandú* los precedía siempre, costeando la playa; pero los innumerables obstáculos que les salían al paso los obligaban á marchar con más

calma de lo que ellos deseaban. Grandes rocas interrumpían el arenal, y en ellas perdieron la pista que seguían; pero luego, al descender á los terrenos arenosos, volvían á ver las mismas pisadas de antes.

Al anoecer uno de los malabares que se había adelantado se detuvo bruscamente, exclamando:

— ¡Una cabaña!

— ¡Preparad las armas! — dijo Harry.

Al mismo tiempo el perro se lanzaba hacia la cabaña ladrando con furia.

— ¿Estará habitada por los salvajes?

— Está medio derruida: avancemos con prudencia.

Se adelantaron los marineros con los fusiles preparados; pero pronto comprendieron que la cabaña estaba abandonada, pues *Pandú* entraba y salía sin que nadie se lo estorbase. Sin embargo, parecía presa de viva agitación, porque saltaba en torno de la vivienda y daba tristes ladridos, volviendo la cabeza hacia el mar, y luego hacia la floresta.

¿Se habrá despistado el perro?

— ¡*Pandú!* ¡*Pandú!* — gritó Eduardo; pero el can, en lugar de acudir, dió un aullido que tenía un no sé qué de lúgubre.

— ¡Mala señal! — murmuró el marinero. — ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

La cabaña parecía de reciente construcción, pues las hojas que la cubrían estaban aún frescas: una de las paredes se hallaba hundida, como si hubiese cedido á un golpe violento; en las inmediaciones se veían plantas chafadas, ramas caídas, hojas arrancadas, como si aquel lugar hubiera sido teatro de una lucha; El interior de la cabaña estaba vacío; aquí y allá se encontraban algunas almendras de *howah*.

— Aquí se ha librado un combate — dijo Harry. — Se ven en torno de la cabaña muchas huellas de pies descalzos.

— ¿Habrá sido acometido por los salvajes?

— No sé.

— Veamos por los alrededores. Comenzaron á registrar las cercanías, y un malabar vió una flecha despuntada.

— ¡Aquí han estado los salvajes! — dijo Harry cogiendo la flecha.

— ¡Pobre Ali! ¡Le habrán matado!

— Los andamanes son malos; pero no suelen matar á los hombres blancos. Algunos viajeros dicen que son antropófagos; pero yo no lo creo. Le habrán hecho prisionero, pero sin maltratarle.

— Pero ¿quién nos dice que ha sido detenido Ali?

— *Pandú* nos ha guiado.

— ¿Y qué harán con mi hermano?

— No sé; pero, si le han apresado, nosotros le libertaremos: con nueve fusiles hay bastante para hacer huir á una tribu entera.

¿Adónde le habrán llevado?

— Se han internado en la floresta — dijo un malabar: — aquí se ven las pisadas.

— ¡Sigámoslas!

— ¡*Pandú* — gritó Eduardo, — tú nos guiarás!

El perro, sin hacer caso, echó á correr con dirección á la playa; ladraba con furia, y parecía que iba á arrojarse sobre alguien.

— ¡*Pandú!* — repitió Eduardo. — ¡Aquí, *Pandú!*

— ¿Estarían ahí los salvajes? — ¡Sigámosle!

Se encaminaron todos adonde se oían los ladridos del perro. *Pandú* había desaparecido entre las plantas que coronaban una roca; de pronto entre los ladridos se oyeron gritos humanos.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

— ¡Aquí, *Pandú!* — repetía sin cesar Eduardo.

El perro no obedeció tampoco: algo grave debía de ocurrir entre las matas, y para averiguarlo subieron todos precipitadamente á la roca.

El perro se encarnizaba ferozmente en un hombre, el cual, no oponía la menor resistencia; Eduardo cogió al perro por la cola, y le separó de su víctima.

Un grito de horror se escapó de sus labios. El hombre que yacía en el césped era Garrovi; pero en un estado indescriptible: los agudos colmillos del animal, le habían desgarrado la garganta y la parte inferior de la cara, y le había llenado de mordeduras brazos y piernas.

— ¡Garrovi! — exclamó Oliverio. — ¿Se había salvado?

— Pero creo que ahora está bien muerto; ¡*Pandú* ha vengado á su amo!

Se inclinó un poco, y vió que el ex-saniasso no respiraba ya.

— ¡Está muerto!

— Pero ¿y la niña que llevaba consigo?

— Se habrá ahogado: este bribón tenía la piel muy dura, y logró salir ileso de la tempestad.

— Eso no — dijo Oliverio: — tiene una pierna rota.

— ¡Ahora me explico por qué no ha podido rechazar el ataque de *Pandú!* ¡Vamos de aquí! ¡Los tigres se encargarán de sepultarle en su vientre.

— ¿Y la niña? — insistió Oliverio.

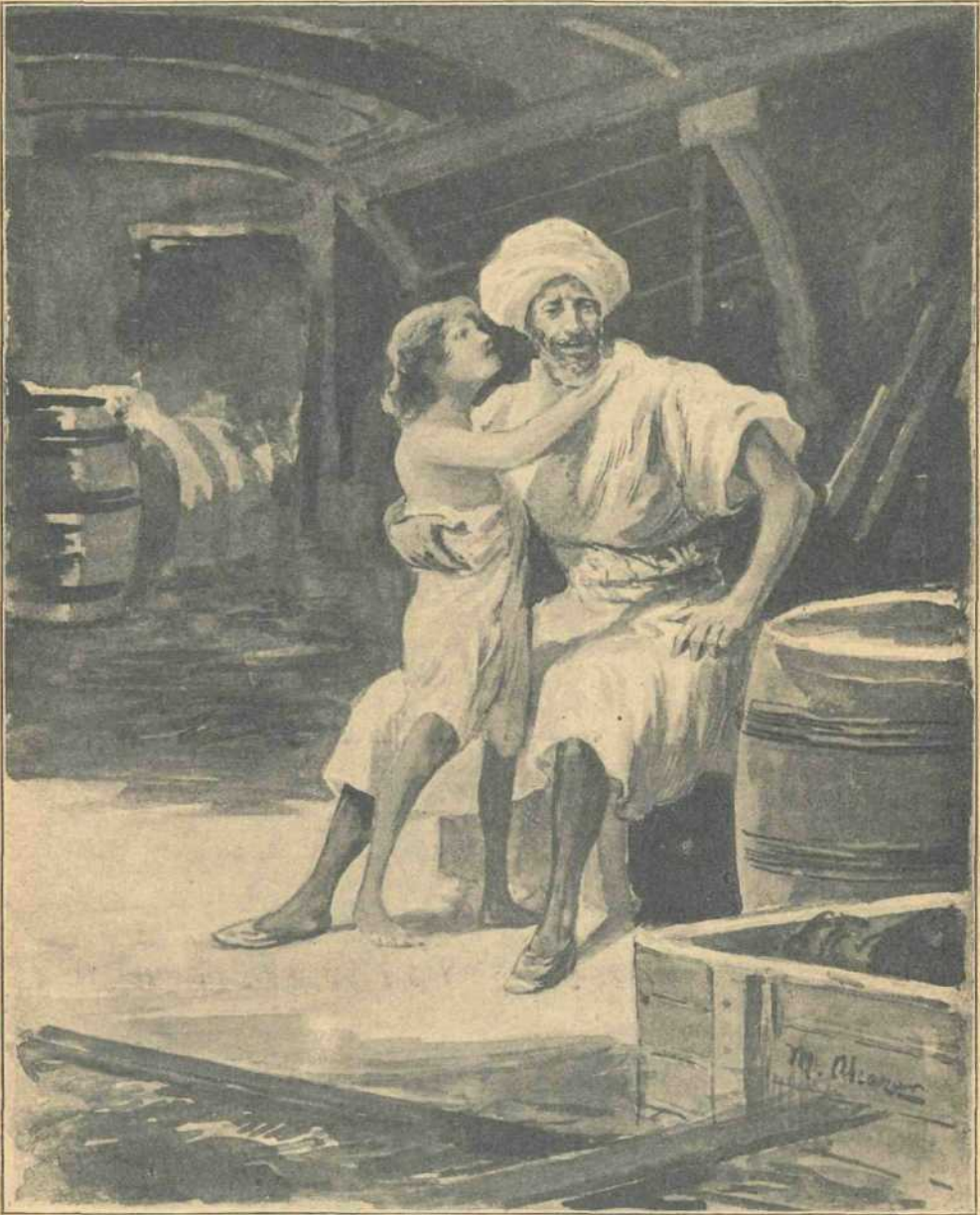
—Si estuviera por aquí, ya la hubiese descubierto *Pandú*.

—Me parece que la busca: no quisiera que le diese una muerte tan cruel.

—Pues alcancémosle.

—¿Habrá vuelto á encontrar las huellas de Ali?

—Es posible; pero no nos aventuremos de



(Pág. 25.)—¡Sí, Narsinga mía! ¡Cómo he temido por tu suerte!

—Iremos con cuidado. ¿Dónde está el perro?  
—Se dirige al bosque.

noche por la floresta. Acampemos aquí, y mañana seguiremos.

Volvieron á la cabaña, la recompusieron como mejor pudieron, y tras una cena no muy abundante se echaron todos á descansar, menos un marinero que se quedó de guardia. Como estaban fatigados, no tardaron en dormirse; pero cuando el segundo marinero estaba relevando al primero los ladridos del perro los despertaron con sobresalto.

Harry, Eduardo y Oliverio se pusieron en pie al primer ladrido, y salieron al campo con las armas en la mano.

—¿Qué pasa?

—No lo sé—dijo el malabar que hacía la guardia;—pero el perro está muy desazonado.

—¿No has visto nada?

—No.

—Pues cuando el perro ladra, por algo será.

—¡Soltad al perro!—dijo Harry.

Un marinero soltó á *Pandú*, el cual así que se vió libre, se metió por entre los árboles, ladrando con furor.

—¿Habrá descubierto á la niña de Garrovi?

—Pronto saldremos de dudas.

Oliverio, Harry, Eduardo y los marineros siguieron al perro. *Pandú*, despues de recorrer unos cincuenta metros, se detuvo ante un espeso grupo de árboles.

—¡Aquí, *Pandú*!—gritó Eduardo, temiendo que si el perro descubría á la niña se le tirase á la garganta.

El inteligente animal obedeció; pero en seguida volvió á los árboles, ladrando cada vez con mayor fuerza.

—¿Quién estará escondido ahí?

—¿Serán los salvajes?

—¿Ó algún tigre?

El anciano avanzó resueltamente con la escopeta cargada y el dedo en el gatillo. Una voz ronca, salvaje, le advirtió que allí se ocultaba alguien; pero no era el aullido de una fiera: era la voz de un hombre.

—¡Pst!—exclamó el marinero.—¡Un negro!

En efecto; un andamán de baja estatura armado de una lanza, se hallaba acurrucado entre las plantas. Al ver al marinero se puso en pie, colocándose en una actitud defensiva.

—¡Eh, hombrecito; baja esa lanza si no quieres que te meta una bala en la cabeza!

El salvaje, que no debía de comprender el inglés, en lugar de obedecer dió un salto atrás y blandió la lanza; pero los malabares, más ligeros que él, le cogieron por los brazos y le quitaron el arma de las manos.

—Muy útil puede sernos esta captura—dijo Harry.

—¿Por qué?

—Porque este salvaje nos dirá adónde han llevado á Ali: debe de pertenecer á la tribu que le ha detenido, pues no se halla muy distante de la cabaña donde estábamos durmiendo.

—¿Te comprenderá?

—Puede que conozca el bengalí: los andamanes hacen frecuentes viajes á Bengala.

—Pruebe—dijo Eduardo.—¡Tengo tales deseos de saber lo que ha sido de mi hermano!

El anciano no se lo hizo decir dos veces. Interrogó al prisionero; pero sin resultado: el andamán le escuchaba con gran atención y no parecía entender una palabra.

—Déjame á mí—dijo un malabar,—que conozco algo la lengua de los salvajes de estas islas.

Le dijo unas palabras, y el preso le contestó.

—¡Me entiende!

—Traduce lo que yo te diga y lo que él te responda—dijo Harry.

—No te haremos nada, con tal que contestes á nuestras preguntas: si no nos engañas, te dejaremos libre y te regalaremos un cuchillo.

—Pregunta—dijo el andamán.

—¿Has visto un hombre blanco en esta costa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Le prendieron cerca de la costa.

—¿Cuándo?

—Hace dos noches.

—¿Quién?

—Mi tribu.

—¿Le han matado?

—No, porque huyó.

—¿Y dónde está ahora?

—Sitiado en medio de un pantano.

—¿Lejos de aquí?

—No lo sé.

—¿Sabrías decirnos dónde?

—No, porque hay muchos en estos bosques.

—¿Iba solo el hombre blanco?

—No: va con un hombre que tiene la piel como tú y con una niña.

—¿Una niña?—dijeron Harry y Oliverio, cuando el malabar tradujo la respuesta.—¿Quién será?

—¿Será la de Garrovi?

—¿Cómo pudo caer en sus manos?

—¿Quién será el hombre que acompaña á Ali?—añadió el marinero.—¿Será algún indio

que sobreviviera al desastre de la *Djumma*?

—Los documentos que hallamos nada decían.

—¡Señor Oliverio, señor Harry—interrumpió Eduardo,—mi hermano está sitiado, y de un momento á otro puede ser muerto ó herido!

—¡Es verdad; partamos sin detenernos!

Intentaron por última vez convencer al salvaje para que les sirviera de guía; pero en vista de que se obstinaba en negar que sabía el sitio donde el pantano se hallaba, le dejaron en libertad, entregándole el cuchillo prometido, arma preciosa para los isleños, que no saben trabajar el hierro.

La gente se puso en marcha á través de la selva, á pesar de la obscuridad reinante, pero parecía que *Pandú* había perdido la pista, pues no caminaba siempre en la misma dirección: los hacía describir grandes curvas; á lo mejor volvía sobre sus mismos pasos, y otras veces regresaba hacia la playa.

Al amanecer se hallaron á poca distancia del mar; pero habían adelantado varias millas hacia el Septentrión. Tuvieron que detenerse de nuevo, pues la caminata nocturna los había fatigado. Á las diez volvieron á internarse en la floresta; pero sin dar con la pista de Ali. *Pandú* trabajaba en vano.

Por la tarde se sentaron en un claro del bosque. Todos estaban descorazonados, y Eduardo lloraba. Comenzaban á desesperar y á temer que el infeliz capitán cayese en manos de sus sitiadores.

Vencidos por el cansancio se adormecieron al fin: pero de pronto los despertaron unos agudos y penetrantes aullidos que se oyeron hacia Levante. *Pandú* se puso á ladrar, y los hombres se levantaron cogiendo las armas.

—¿Quién nos ataca?

—Nadie,—repuso un marinero;—pero parece ser que en la floresta se libra un combate, porque hemos oído algunos disparos.

—¿Tiros? ¿No os habéis equivocado?

—No; estamos seguros.

—Los andamanes no poseen armas de fuego.

—¡Oid!

En la floresta se oyeron nuevos aullidos, y después un disparo de arma de fuego.

—¡Los salvajes están atacando á mi hermano!

—¡Lo temo!

—¿Dónde está *Pandú*?—dijo Oliverio.

—Ha echado á correr por el bosque.

—¡Adelante! ¡Eso indica que ha olido á su amo!—repuso el oficial.

Los nueve exploradores avanzaron precipitadamente entre aquel laberinto de troncos, césped, raíces y cañas. Los gritos continuaban, y de vez en cuando se oían algunos disparos, y los ladridos de *Pandú*.

Llevarían andados unos setecientos á ochocientos pasos, cuando Harry, que marchaba á la cabeza, se detuvo gritando:

—¡Quietos! ¡Á tierra!

Todos obedecieron la orden: á doscientos pasos un grupo de salvajes se agitaba á la orilla de un estanque, aullando y blandiendo sus lanzas.

—¿Los salvajes?

—¡Sí!

En aquel instante, en medio de la arboleda, se vió brillar un relámpago, seguido de una detonación y de los furiosos ladridos de *Pandú*.

—¡Un tiro de pistola!

—¡Es mi hermano!

—¡Fuego contra aquellos salvajes!—gritó Harry.

Los nueve fusiles, disparados al unísono, hicieron retumbar la floresta los andamanes. Al oír aquella descarga y al ver caer á algunos compañeros huyeron á la desbandada refugiándose en los bosques.

Oliverio, Eduardo, Harry y los malabares se precipitaron hacia el pantano en cuya ribera ladraba *Pandú*.

—¡Ali, hermano mío! ¿Eres tú?—gritó Eduardo.

—¡Mil rayos! ¿Quién me llama?—exclamó una voz que partió de un grupo de árboles situado en el islote que se hallaba en medio del estanque.

—¡Ali...! ¡Ali...! ¡Por fin te encuentro!

—¡Eduardo! ¿Eres tú? ¡Schapal, Narsinga, nos hemos salvado! ¡Eduardo! ¡Haz fuego contra aquella balsa! ¡No tongo municiones!

Hasta entonces Harry y sus acompañantes no habían visto una balsa en que iban algunos andamanes, y que se dirigía á escape hacia la orilla vecina. Antes de que los extranjeros hiciesen fuego, los salvajes llegaron á tierra y se perdieron entre los árboles.

—¡Ali! ¡Baja!—dijo Eduardo.—¡Han huido los enemigos!

—¡Imposible! La isla está plagada de serpientes, y no podemos bajar.

—¡Amigos—dijo Oliverio,—á la balsa, y vamos á salvarles!

—¡Cuidado, que estos reptiles son venenosos!—exclamó Ali.



—¡Tenemos armas, y los exterminaremos! —repusieron Harry y el teniente.

## CONCLUSIÓN

Dos horas después, cuando los malabares hubieron dado muerte á todos los reptiles, ya á golpes, ya prendiendo fuego á las plantas donde las serpientes se ocultaban, Ali, Schapal y Narsinga descendieron de su árbol protector.

Cuando el capitán se halló en presencia de su hermano la alegría le hizo enmudecer, y permaneció ante él callado é inmóvil.

—¡Ali! ¡Querido hermano! —exclamó Eduardo arrojándose al cuello.—¡Te he llorado por muerto!

—¡Mil rayos! —gritó al fin el marinero apretando al muchacho contra su pecho. ¿No es un sueño? ¿Eres Eduardo?

—¡Ya lo ves, Ali; yo soy!

—¡Si llegáis á retrasaros un poco, puede que no me hubierais encontrado vivo! ¿Estos marineros...?

—¡Señor Oliverio, Harry! —dijo Eduardo; y volviéndose hacia su hermano añadió:—Da las gracias á estos valientes que han vencido mil obstáculos para venir á salvarte.

El capitán, todo conmovido, se quitó el sombrero y dió la mano á sus salvadores, diciendo:

—¡Gracias, caballeros! ¡Nunca olvidaré cuanto ustedes han hecho por mí!

Oliverio y Harry, en vez de darle la mano al intrépido capitán de la *Djumna*, le abrazaron efusivamente.

—Pero... ¿cómo se encuentra contigo la niña de Garrovi?

—Sepan ustedes que esta inteligente criatura me ha prestado grandes servicios y que me ha salvado del puñal de Garrovi.

—¿Le has visto? —preguntó Eduardo.

—No; porque si le hubiera visto, no viviría ya.

—Ya no vive: *Pandú* te ha vengado.

Ali miró á Narsinga: la niña había inclinado

la cabeza sobre el pecho, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

El capitán la cogió en brazos, diciendo:

—¡Has perdido un padre malo, Narsinga; pero has encontrado otro mejor: yo te prohijo!

—¡Y yo seré tu hermano! —añadió Eduardo.

La niña sonrió entre lágrimas, y besando al marinero, repuso:

—¡Gracias, padre mio...!

Algunas horas más tarde sin el menor contratiempo regresaron al *pariah* Ali, Narsinga, Schapal y sus salvadores.

Durante el camino Ali les contó las extraordinarias aventuras que le habían acontecido en la isla.

Una semana después, cuando los marineros terminaron la recomposición del barco, aprovechando una marea extraordinaria consiguieron poner el *pariah* á flote.

Se alejaron sin sentimiento de aquellas inhospitalarias costas, y pusieron la proa hacia Bengala. Tras un viaje feliz, favorecido por el monzón, anclaron en Calcuta.

El presidente de la *Young-India*, prevenido de su llegada, pasó á bordo del *pariah*, y abrazó á Ali y á sus valerosos salvadores.

Cuando supo que el capitán había adoptado á Narsinga, regaló á la niña el *bengalow* de Garrovi, y Oliverio, adquirida una nueva *grab*, confió su mando al animoso Ali.

Narsinga no abandonó nunca á su padre adoptivo ni á Eduardo, ni se olvidó de los servicios del teniente ni de Harry.

Sin embargo, en el fondo de su alma guardaba aún algo del cariño que había profesado al exsaniasso, y siempre que oía su nombre se ponía triste.

Recordaba que aquel hombre la recogió un día moribunda y hambrienta en la polvorienta carretera de Rangpur, que la quiso como si fuera su hija, y que por ella había cometido una serie inacabable de infames traiciones y horribles crímenes.

Fin de la novela.

# IMPORTANTE

---

Al comenzar el próximo año 1911 se cumplirán cinco de la aparición de LA NOVELA DE AHORA. En este lapso de tiempo hemos publicado cerca de doscientos volúmenes, y sin duda ha presidido el acierto en nuestra empresa, puesto que el público, tanto español como americano, nos ha ayudado con su favor continuo y siempre creciente.

Este éxito, más que satisfactorio, nos permite y nos impulsa á corresponder con quienes han dado á LA NOVELA DE AHORA floreciente y próspera vida, y así lo haremos desde el primer número del próximo año, introduciendo notables mejoras en la parte artística, y extremando, si cabe, nuestro cuidado en la selección de firmas y obras, las cuales, como siempre, estarán, cuando sean extranjeras, esmeradamente traducidas, y, además, serán en su mayoría de nuestra exclusiva propiedad; es decir, que sólo en LA NOVELA DE AHORA podrán leerse. Hemos de atender como hasta aquí á la satisfacción de las diversas preferencias literarias de nuestros lectores, y continuaremos procurando que todas las novelas que les ofrezcamos tengan, sea el que quiera su carácter, interés sobrado para contentar á todos ellos.

*LA DIRECCIÓN*

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406333284